

Rudolf Steiner

TEOSOFÍA

Teosofie



“Colección Antroposofía”

ÍNDICE

Prólogo, *página 3.*

Introducción, *página 7.*

LA ENTIDAD HUMANA, *página 11.*

- I. La Entidad Corporal del Hombre**, *página 14.*
- II. La Entidad Anímica del Hombre**, *página 16.*
- III. La Entidad Espiritual del Hombre**, *página 17.*
- IV. Cuerpo, Alma y Espíritu**, *página 18.*

LA REENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU Y EL DESTINO,
página 36.

LOS TRES MUNDOS.

- I. El Mundo Anímico**, *página 54.*
- II. El Alma en el Mundo Anímico después de la Muerte**,
página 64.
- III. El Mundo del Espíritu**, *página 73.*
- IV. El Espíritu en el Mundo del Espíritu después de la Muerte**, *página 79.*
- V. El Mundo Físico y su Relación con el Mundo Anímico y Espiritual**, *página 89.*
- VI. Las Forma: Pensamiento y el Aura Humana**, *página 97.*

EL SENDERO DEL CONOCIMIENTO, *página 106.*

OBSERVACIONES Y NOTAS, *página 120.*

PRÓLOGO

Lo que se dijo con motivo de publicarse la segunda edición puede decirse también en la presente. Asimismo, se han intercalado en ésta algunas ampliaciones y notas que nos parecen importantes para la mejor comprensión de lo que explicamos; en cambio, no hemos sentido ninguna necesidad de introducir modificaciones esenciales en el contenido de las ediciones primera y segunda y también en lo que hemos expresado sobre él propósito de esta obra cuando se publicó por primera vez. Tampoco el prólogo de la segunda edición necesita ser modificado; por eso lo reproducimos aquí tal como salió en la primera edición con el agregado de lo que se dijo en la segunda.

En este libro se dará una descripción de algunas partes del mundo suprasensible. Quien concede valor únicamente al mundo físico juzgará estas descripciones como una vana creación de la fantasía; pero quien anhela conocer el sendero que conduce más allá del mundo de los sentidos, comprenderá, en seguida, que es sólo por el conocimiento de otro mundo, que la vida humana adquiere valor e importancia. No tiene justificación el temor de muchos, que por causa de semejantes conocimientos el hombre se aparte de lo que se llama la vida real; por el contrario, por medio de ellos, se hará capaz de tomar una posición firme y segura en esta vida, aprendiendo a conocer las causas, mientras que, sin tales conocimientos, tiene que buscar a tientas, como un ciego, el camino a través de los efectos. La realidad sensible adquiere significado sólo por medio del conocimiento de lo suprasensible; de consiguiente, quien la obtiene no se hace inhábil, sino más hábil para la vida. Sólo quien comprenda perfectamente la vida puede convertirse en un hombre verdaderamente práctico.

El autor de este libro no describe cosa alguna de la cual no pueda dar testimonio con su propia experiencia, con ese género de experiencia que se adquiere en este campo, nada se expondrá que no haya sido experimentado por el autor.

Pero esta obra no deberá leerse como se suele leer libros en nuestra época, el lector tendrá que conquistar con asiduo trabajo cada página y, alguna vez también una simple frase. Y esto se ha hecho así deliberadamente, porque únicamente de esta manera el libro será lo que tiene que ser para el estudioso. Para quienes quieran recorrerlo solamente resultará como si no lo hubieran

leído absolutamente; las verdades que aquí se enuncian tienen que ser experimentadas. Solamente en este sentido la Ciencia Espiritual tiene valor.

Este libro no puede ser juzgado con el criterio de la ciencia corriente, si el punto de vista para tal juicio no ha sido adquirido del mismo libro. Pero si el crítico acepta este punto de vista, ciertamente verá que cuanto aquí se expone no está en contradicción con el verdadero espíritu de la ciencia. El autor sabe que no ha querido ponerse en conflicto con su propia escrupulosidad científica en una sola palabra de su obra.

Si alguien quisiera encontrar por otra vía las verdades que se exponen en este libro, podrá encontrarlas también en la *“Filosofía de la Libertad”*. Los dos libros, por distintos caminos tienden al mismo fin; el estudio de uno no es indispensable para la comprensión del otro, aun cuando para algunos pueda resultarle beneficioso.

Quien quiera hallar en las páginas que siguen las últimas verdades quizá sufra alguna desilusión. El autor ha querido dar por el momento solo las verdades fundamentales del vasto campo de la Ciencia Espiritual.

Ciertamente, es propio de la naturaleza humana querer que se responda en seguida a cuestiones como las del principio y el fin del mundo, el objeto de la existencia y de la esencia de Dios, pero quien, en cambio de palabras y conceptos intelectuales, procura verdadero conocimiento para la vida, deberá saber que en un escrito que trata del principio del conocimiento espiritual, no se deben decir cosas que corresponden a grados más elevados de la sabiduría. Sólo a quien comprenda estos principios le resultará clara la manera como se deben exponer los problemas de orden superior; de esto se ocupa el mismo autor en la obra *“La Ciencia Oculta”* que es la continuación de ésta.

Como complemento del prefacio a la segunda edición se agregan aquí las siguientes palabras.

Actualmente quien ofrece al público una exposición de hechos suprasensibles debe saber dos cosas: primero, que nuestra época tiene necesidad de cultivar los conocimientos suprasensibles; segundo, que en la presente vida intelectual predominan innumerables ideas y sentimientos que para mucha gente hacen aparecer semejantes descripciones como un farrago de sueños fantásticos. La época actual tiene necesidad de conocimientos superiores, porque todo lo que el hombre aprende en torno al Universo y a la vida, hace surgir en él una cantidad de preguntas a las que sólo se puede responder mediante las verdades suprasensibles; y puesto que es inútil hacerse ilusiones, todo lo que nos dice la actual corriente intelectual en torno a los fundamentos de la existencia, no es una respuesta para el alma que siente más

profundamente, sino una serie de preguntas alrededor de los grandes enigmas del Universo y de la vida. Es posible que por algún tiempo alguien se ilusione creyendo haber dado con “los resultados de hecho rigurosamente científicos” y con las consecuencias que algún pensador moderno haya educido, la solución de los problemas de la existencia: pero cuando el alma desciende a las profundidades a que debe llegar, se comprende verdaderamente a sí misma; entonces lo que al principio parecía ser una solución se le aparecerá como un estímulo al formularse la verdadera pregunta. Y la respuesta a esta pregunta no debe satisfacer únicamente una curiosidad del género humano, porque de ella depende la tranquilidad interna y la armonía de la vida del alma. La conquista de esa respuesta no sólo satisface la sed de saber, sino que hace al hombre capaz para el trabajo y para su misión en la vida, mientras que la falta de solución de esos problemas paraliza su alma y, finalmente, su cuerpo. El conocimiento de lo suprasensible no es simplemente algo para nuestras necesidades teóricas, sino para la verdadera práctica de la vida. Por esto, teniendo presente el género de vida intelectual de ahora, el conocimiento espiritual es un campo de conocimiento indispensable para nuestra época.

Por otra parte, nos hallamos ante el hecho de que muchos rechazan con la mayor energía lo que para ellos sería más necesario. Es tan convincente para muchos el poder de ciertas opiniones construidas “sobre la base de seguras experiencias científicas”, que no pueden menos de considerar como completamente desprovisto de sentido el contenido de un libro como éste. Quien se disponga a exponer los conocimientos suprasensibles, no debe hacerse ilusiones absolutamente a este respecto. Es, naturalmente, grande la tentación de exigir a un autor de este género, que aduzca “las pruebas indiscutibles” de sus asertos. Pero quien pida esto, no se da cuenta que se engaña a sí mismo, porque pide, sin ser perfectamente consciente, no las pruebas inherentes al asunto mismo, sino las que él quiere o las que está en condiciones de reconocer. El autor sabe que este libro no contiene nada que no pueda ser reconocido por quien se funda en las nociones actuales de la Naturaleza; está convencido que han sido satisfechas todas las exigencias de la ciencia natural; y que, precisamente por esto, se puede juzgar bien fundada la descripción que aquí da de los mundos superiores. La mente habituada a las concepciones de la ciencia natural debería sentirse familiarizada con este género de descripciones; quien piensa así, juzgará ciertas discusiones de la manera caracterizada por la frase, verdaderamente profunda, de Goethe: “No es posible refutar una doctrina falsa que se funda sobre la convicción, que lo falso es verdadero. Las discusiones son perfectamente inútiles para quienes

reconocen como verdaderas, únicamente las pruebas que están conformes con su manera de pensar, pero quien conoce la esencia de la “prueba”, sabe perfectamente que el alma humana encuentra la verdad por otras vías que no por las de la discusión”. Con este convencimiento se da a la publicidad la presente edición de este libro.

INTRODUCCIÓN

Cuando Johann Gottlieb Fichte, en el otoño de 1813 daba al público su *enseñanza* como fruto maduro de una vida enteramente consagrada al servicio de la verdad, decía al comienzo de ella: “Esta ciencia presupone un nuevo órgano de sentido interior, por el cual se revela un mundo nuevo, que no existe para el hombre corriente”. Y a continuación demostraba por medio de una comparación, cuan incomprensible había de ser ésa, su enseñanza, para aquel que la juzgara según los conceptos que le transmitieran los sentidos ordinarios: “imaginaos un mundo habitado por ciegos de nacimiento, que conocen de los objetos y de las relaciones entre ellos, sólo lo que pueden concebir por medio del tacto. Habladles de los colores y de los otros fenómenos que solamente existen por medio del color y para la vista. Vuestro discurso no tendrá sentido para ellos, y podríais daros por contentos si os lo dijeran, porque así os daríais cuenta de vuestro error, y cesaríais de hablarles, porque sería inútil ya que no podríais abrirles los ojos”. Ahora bien, el que habla al hombre de cosas semejantes a las que trata Fichte, se encuentra muy a menudo en situación análoga a la del vidente entre ciegos de nacimiento. Sin embargo, estas cosas son las que se refieren a la verdadera entidad humana y a su más elevada meta. Y creer que es necesario “cesar de hablar porque es inútil”, sería lo mismo que desesperar de la humanidad. Al contrario, no debe dudarse un instante de que, con relación a estas cosas, es posible “abrir los ojos” de quien demuestre buena voluntad para ese fin. Con esta suposición han hablado y escrito todos aquellos que sentían haber desarrollado el “órgano del sentido interno” para conocer el verdadero ser del hombre que se oculta a los sentidos externos. Esta es la razón por la cual desde los tiempos más remotos siempre se ha hablado de tal “sabiduría oculta”. El que ha adquirido algo de ella, siente que tal conquista es tan segura, como con ojos perfectos se tiene un concepto seguro de los colores; para él, esta “sabiduría oculta” no requiere “pruebas”. Sabe, además, que no puede carecer de pruebas nadie que, como él, haya desarrollado el “sentido superior”. A tal persona puede hablársele; lo mismo que uno que haya viajado puede hablar de América a quienes no la han visto, pero que pueden formarse idea de ella, porque verían todo lo que el viajero ha visto, si se les presentara la oportunidad.

Pero el que ve lo sobrenatural, no debe hablar tan sólo para los

investigadores del mundo espiritual. Tiene que dirigir sus palabras a la humanidad entera, pues tiene que informar sobre cosas que a toda ella conciernen. Sabe, además, que sin el conocimiento de esas cosas, uno no puede, en el verdadero sentido de la palabra, llamarse y vivir como “ser humano”, y aun cuando se dirige a todos, sabe, no obstante, que hay diferentes grados de comprensión para lo que ha de comunicar. Sabe que también aquellos que están lejos aún del momento en que puedan iniciar investigaciones espirituales por sí mismos, pueden entenderle porque el *sentimiento* y la *comprensión* para la verdad son inherentes a *todo* hombre. Y comienza a dirigirse a esa capacidad de comprensión que puede brotar en toda alma sana. Sabe que en esta comprensión existe una fuerza que paulatinamente conducirá a grados superiores de conocimiento. Este sentimiento que, al principio, no ve *nada absolutamente* de lo que se le dice, es precisamente la fuerza mágica que abre los “ojos del espíritu”. Este sentimiento surge en la obscuridad. El alma no *ve*, pero por este mismo sentimiento llega a compenetrarse del *poder de la verdad*; y luego, gradualmente la verdad se apodera del alma y abre en ella el “sentido superior”. Una persona tardará más, otra menos, pero quien tenga paciencia y firmeza conseguirá su objeto. Porque si no es posible operar a todos los que son físicamente ciegos, el ojo espiritual puede abrirse *en cada uno*, siendo este despertar sólo cuestión de tiempo.

La erudición y la cultura científica no son condiciones indispensables para abrir este “sentido superior”. Puede desarrollarse en el hombre sencillo como en el de mayor ilustración. Lo que en nuestros días se acostumbra llamar “ciencia única”, puede llegar hasta a constituir un obstáculo para alcanzar tal fin. Porque esta ciencia, únicamente, reconoce como “real” lo que perciben los sentidos comunes. Y por altos que sean sus méritos con relación al conocimiento de *esta* realidad, cuando se declara competente para dictaminar en todo lo que concierne al saber, crea abundantes prejuicios que impiden la consecución de las realidades superiores.

A lo que se acaba de decir, se objeta con frecuencia que existen “límites infranqueables” para nuestros conocimientos y que, no pudiendo pasar de estos límites, debiéramos desechar todos los conocimientos que no respetaran tales “límites”. De modo que se considera muy presuntuoso al hombre que pretende saber algo sobre cosas que, según muchos, se encuentran más allá de los “límites” de la capacidad humana para conocerlas. Al formularse semejante objeción, no se considera que a los conocimientos superiores les deba preceder el *desarrollo* de las capacidades para obtener tales

conocimientos. Lo que *antes* de tal desarrollo se encuentra más allá de dichos límites, estará enteramente al alcance de nuestro conocimiento, una vez despertadas las capacidades que dormitan en todos nosotros. Sin embargo, hay algo en esto, que se debe considerar con atención. Uno podría decir: ¿De qué sirve hablar a la gente de cosas que están fuera de su alcance, desde que no tiene desarrollado el poder de percibir las?. Pero tal razonamiento es erróneo. Ciertamente, se requieren ciertas facultades para hacer investigaciones y encontrar las cosas de que se trata, pero los *resultados* que se obtienen son comprensibles a *toda* persona a quien se les comuniquen, si se emplea una lógica imparcial y un criterio sano para juzgar la verdad. El contenido de este libro es tal, que quien lo perciba con mente amplia y sentimiento sano, y desee desenvolver sus facultades de pensar de manera amplia y sin prejuicios, obtendrá la sensación de que es posible ocuparse de los enigmas de la vida humana y de los fenómenos del Universo, con resultado satisfactorio. Puede, cada uno, formularse la pregunta: si lo que aquí se manifiesta es cierto ¿Habrá en ello una explicación de la vida que pueda satisfacer?. Y encontrará que *su propia vida* le da la confirmación.

En cambio, para ser *Maestro* en estas regiones superiores de lo existente, no basta, simplemente, con que se haya despertado en el hombre el sentido para percibir las. Para tal propósito es indispensable que haya adquirido la *ciencia* de esas regiones, como se requiere poseer ciencia para ser maestro en lo que concierne a la realidad común. La *vista superior* no basta para ser un *sabio* en las cosas del mundo espiritual, como nadie llega a la sabiduría en el mundo físico sólo con el perfecto desarrollo de sus sentidos. Y como es cierto que ambas realidades — la corriente y la espiritual — son, simplemente, dos aspectos de una sola entidad fundamental, el hombre ignorante de los conocimientos elementales, muy probablemente lo será también de los superiores. Este hecho crea un sentimiento de inmensa responsabilidad en quien — por vocación espiritual — siente que tiene que hablar de las regiones espirituales de lo existente, y le impone modestia y reserva. Pero este hecho no debe ser un impedimento para ocuparse de las verdades superiores ni para aquellos que por su género de vida no pueden dedicarse al estudio de las ciencias comunes. Porque si bien uno puede cumplir perfectamente con sus deberes de hombre sin saber nada de botánica, zoología, matemáticas o de otras ciencias, no puede, en toda la amplitud de la palabra ser *hombre*, sin haber percibido algo de la esencia y del destino del hombre revelado por el saber de lo suprasensible.

A lo más alto a que el hombre puede elevar su mirada, lo llama *Divino*,

y debe pensar que su ulterior destino tiene que estar relacionado con esa Divinidad. Por esta razón, tenemos derecho a llamar *Sabiduría Divina* o *Teosofía* a la sabiduría que está más allá de lo que perciben los sentidos, y que revela al hombre su propio ser y su destino. Puede denominarse *Ciencia Espiritual* al estudio de los fenómenos espirituales en el hombre y en el Universo. Pero tratándose especialmente del ser espiritual del hombre, como ocurre en este libro, emplearemos el término *Teosofía*, que ha sido usado en el mismo sentido desde hace siglos.

Animados por el propósito que acabamos de enunciar, daremos en esta obra una concepción teosófica del mundo. El autor no expondrá nada que para él no sea un *hecho*, del mismo modo que un fenómeno físico es un hecho para la vista, el oído y el intelecto común. Se trata, en verdad, de experiencias al alcance de cualquiera que se decida a entrar en el *Sendero del conocimiento*, que tiene un capítulo en esta obra. Frente a los hechos del mundo suprasensible, es preciso reconocer que el pensamiento recto y el sentimiento sano, son aptos para comprender los verdaderos conocimientos que se pueden obtener en los mundos superiores, y que esta misma comprensión constituye una sólida base que equivale a un paso importante hacia el desarrollo de la capacidad vidente, aunque para obtener esta última se requiere algo más. Desdeñar este sendero y querer penetrar en los mundos superiores sólo por *otros* métodos, significa cerrarse la vía al verdadero conocimiento superior. Tener por norma no reconocer la existencia de los mundos superiores hasta después de haberlos visto, es un obstáculo para llegar a conocerlos. La voluntad de querer comprender por medio del recto pensamiento lo que más tarde podrá estar al alcance de nuestra observación, favorece el desarrollo de la facultad vidente, estimula fuerzas esenciales del alma que conducen a esta facultad.

LA ENTIDAD HUMANA

Las siguientes palabras de Goethe indican admirablemente el punto de partida de una de las vías por las cuales la entidad humana puede ser conocida: “Apenas el hombre se apercibe de los objetos que lo rodean, los examina con relación a sí mismo; y con razón, porque para él, todo depende del hecho de que le agraden o le disgusten, lo atraigan o le repelan, que le sean útiles o nocivas. Esta manera tan natural de mirar o juzgar las cosas, parece tan fácil como necesaria; no obstante, se expone a innumerables errores que a menudo le humillan y le amargan la vida. Tarea mucho más difícil se preparan aquellos que, por vivo deseo de saber, tienden a observar las cosas de la Naturaleza en sí mismas y en sus relaciones recíprocas, desde que tienen que prescindir de las normas que como hombres les hacían considerar las cosas en relación a sí mismos, esto es, dejan de guiarse por el agrado, el desagrado, la atracción o la repulsión, la utilidad o el daño; deben renunciar a sus propias impresiones y, como hombres indiferentes y casi divinos, estudiar e investigar lo que existe y no lo que les agrada. Así, el botánico ha de ser indiferente a la belleza o utilidad de las plantas: debe estudiar su estructura y sus relaciones con el resto del reino vegetal, y como el Sol a todo da vida y lo ilumina, así también el investigador debe dirigir su mirada serena a todo, indistintamente. La norma para juzgar las cosas y alcanzar conocimientos de las mismas, la debe hallar no en sí mismo, sino en las manifestaciones de los objetos que observa”.

Este pensamiento de Goethe dirige nuestra atención sobre tres puntos diversos: el primero nos lo dan los objetos, de los cuales obtenemos informes de continuo por la intervención de nuestros sentidos, por los que podemos palpar, oler, gustar, oír y ver; el segundo consiste en las impresiones que recibimos de los objetos, y que se manifiestan en nosotros como agrado y desagrado, deseo o repulsión, cuando los juzgamos con simpatía a unos y con antipatía a otros, útiles a unos y a otros nocivos; finalmente, el tercero, es el conocimiento que adquirimos “como seres casi divinos”, con respecto a esos objetos: es el secreto que se nos revela sobre su existencia y actividad.

Estos tres campos se distinguen netamente en la vida humana; por esto el hombre se apercibe de estar vinculado con el mundo de modo triple. El primer modo está representado por lo que nos rodea, y se acepta como un simple hecho; por el segundo, consideramos al mundo como cosa propia —

como algo que tiene importancia para nosotros —. El tercero lo consideramos como una meta a la que debemos aspirar incesantemente.

¿Por qué razón el mundo se le aparece al hombre bajo este triple aspecto?. Nos lo enseñará una sencilla reflexión: Si atravesamos un prado, las flores manifestarán sus colores a nuestros ojos: éste es el hecho que aceptamos como tal. Nos alegramos de lo esplendoroso de aquellos colores; con esto transformamos ese hecho en un asunto personal. Por medio de nuestros sentimientos relacionamos a las flores con nuestra existencia. Supongamos que después de un año pasamos nuevamente por aquel prado: habrá nuevas flores y experimentaremos alegría otra vez. El placer experimentado el año anterior reaparecerá en forma de recuerdo: estaba dentro de nosotros, mientras los objetos que eran la causa han desaparecido. Pero las flores que vemos ahora, son de la misma especie de las del año pasado, y han crecido obedeciendo a las mismas leyes. Si nosotros hubiéramos adquirido algunas nociones sobre aquellas especies, y sobre aquellas leyes, volveríamos a encontrarlas en las flores de este año como las conocimos en las del año pasado, y podremos entonces razonar de esta manera: “Desaparecieron las flores del año pasado, la alegría que nos causaron ha permanecido sólo en nuestra memoria; está vinculada únicamente con *nuestra propia* existencia. En cambio, los conocimientos que hemos adquirido de aquellas flores el año pasado, y que volvemos a encontrar ahora, permanecerán mientras semejantes flores se produzcan. Esto es algo que se nos ha revelado, pero que no depende de nuestra existencia, como de ella depende nuestra alegría”. Nuestras sensaciones de placer están *en nosotros*, pero las leyes y la característica de aquellas flores están *fuera de nosotros*, en el mundo.

Así el hombre se relaciona continuamente de tres modos con las cosas del mundo. Ahora bien, sin agregar interpretación alguna, y tomando este hecho sencillamente como se nos presenta, resulta que el hombre tiene *tres aspectos en su ser*, que podemos relacionar con las tres palabras *cuerpo, alma* y *espíritu*. Con estas tres palabras queremos indicar sólo estos tres aspectos de la naturaleza humana, y nada más por ahora: quien las relacionara con alguna idea preconcebida o alguna hipótesis, arriesgaría comprender mal lo que expondremos en seguida. Por *cuerpo* entendemos aquí aquello por medio de lo cual se manifiestan al hombre los objetos que le rodean — como en nuestro ejemplo, las flores del prado —. Con la palabra *alma*, queremos indicar aquello por medio de lo cual el hombre relaciona los objetos con su propia existencia, y experimenta por ello agrado y desagrado, placer y disgusto, alegría y dolor. Por *espíritu*, entendemos lo que se revela en el nombre,

cuando contempla los objetos, según la expresión empleada por Goethe, “como un ser casi divino”. En este sentido el hombre está constituido por: ***cuerpo, alma, espíritu.***

Mediante el cuerpo, el hombre puede ponerse en relación momentánea con los objetos; mediante el alma, conserva las impresiones que éstos le han causado, y mediante el espíritu, se le revela el íntimo contenido de los mismos objetos. Sólo considerando al hombre bajo estos tres aspectos, se puede tener la esperanza de llegar al conocimiento de su ser, porque estos tres aspectos, lo presentan emparentado con el resto del mundo de una manera triple.

Mediante el cuerpo, el hombre tiene afinidad con los objetos que se evidencian desde afuera a sus sentidos. Su cuerpo se compone de los elementos del mundo externo, y las fuerzas externas obran también en él. Como observa los objetos exteriores con sus sentidos, así también puede contemplar su propia existencia física, pero le es imposible contemplar del mismo modo la existencia del alma. Con los sentidos físicos podemos percibir todo lo que hay en nosotros de procesos físicos, mientras que tales sentidos no nos dan la capacidad de percibir las sensaciones de agrado y desagrado, de alegría y de dolor ni en nosotros ni en los demás. Mientras la existencia física del hombre se manifiesta a la vista de todos, la vida del alma es un campo inaccesible a la percepción física; el hombre la lleva en su interior como en un mundo ***suyo propio.*** A través del espíritu, en cambio, el mundo externo se manifiesta al hombre de una manera superior. Es verdad que en su interioridad se le revela lo oculto del mundo externo, pero él, en espíritu, por así decirlo, sale de sí y deja que los objetos le hablen de ellos mismos; de lo que tiene importancia, no para él, sino para ***ellos.*** Así, cuando un hombre contempla la bóveda estrellada pertenecen a él la admiración y la alegría que siente en el alma, pero las leyes eternas de las estrellas, que él comprende con su mente, con el ***espíritu,*** no le pertenecen a él sino a las estrellas.

Por lo que antecede se ve que el hombre es habitante de ***tres mundos.*** Mediante su ***cuerpo*** pertenece al mundo que percibe por medio de ese mismo cuerpo; mediante el ***alma*** se construye ***su propio mundo,*** y por medio del ***espíritu*** se le manifiesta un mundo superior a los otros dos.

Es evidente que sólo se puede adquirir una clara comprensión de dichos tres mundos y de la forma como el hombre participa en ellos, examinándolos de tres modos diferentes, puesto que son esencialmente diversos.

I. LA ENTIDAD CORPORAL DEL HOMBRE

El cuerpo del hombre puede ser conocido mediante los sentidos físicos, y el método de contemplarlo no puede ser diverso de aquel con que se aprende a conocer los demás objetos que se perciben con los sentidos. Como se examinan los minerales, las plantas y los animales, así también se puede examinar al hombre. El está emparentado con estas tres formas de existencia. Como los minerales, construye su cuerpo con las sustancias de la Naturaleza; como las plantas, crece y se reproduce; como los animales, percibe los objetos que lo rodean, y basándose en las impresiones que recibe, forma sus experiencias interiores. Se puede, de consiguiente, atribuir al hombre una existencia mineral, vegetal y animal.

La diferencia de estructura de los minerales, de los vegetales y de los animales, corresponde a las tres formas de sus respectivas existencias; y es precisamente esta estructura — la forma — que es percibida por los sentidos, y la que sólo puede ser llamada cuerpo. El cuerpo humano, sin embargo, difiere del animal, lo que debe ser reconocido por todos, cualquiera sea la opinión que se tenga del parentesco del hombre y del animal. Hasta el materialista más convencido, que niega todo lo que es anímico, no podrá menos que admitir la siguiente sentencia enunciada por Carus en su obra *Organon der Natur und der Geistes*: “Es verdad que la estructura más íntima del sistema nervioso, y sobre todo, del cerebro es aún un problema insoluble para los fisiólogos y los anatomistas; pero es un hecho absolutamente reconocido que la complejidad de esos órganos acreciéndose continuamente en la serie animal, alcanza en el hombre tal grado que no se encuentra en ningún otro organismo. Este hecho es de la mayor importancia por el desarrollo de la inteligencia en el hombre, y podemos aseverar que nos da ya una explicación suficiente. Donde el cerebro está precariamente desarrollado, donde su pequeñez e imperfección sé manifiesta como en los microcéfalos o en los idiotas, es cosa evidente que no se podrá hablar de la manifestación de ideas originales y de la facultad del conocimiento: de la misma manera que no se podrá esperar la propagación de la especie, de un hombre que tenga los órganos de la generación completamente atrofiados. La estructura normal, vigorosa y bella de todo el cuerpo humano, y del cerebro en particular, no podrá ciertamente substituir al genio, pero proporcionará, seguramente, la

primera y más indispensable condición para la posibilidad de conocimientos superiores.

Como se atribuyen al cuerpo humano estas tres formas de existencia: mineral, vegetal y animal, se le debe atribuir también una forma de existencia particular además de aquéllas: la *humana*. Mediante su forma de existencia mineral, el hombre está emparentado con lo que es visible; mediante la vegetal, con todos los seres que crecen y se reproducen y, por la animal, con todos los seres que perciben el ambiente circundante y que, en base a impresiones exteriores adquieren experiencias interiores. Por su forma de existencia humana, él forma un reino en sí, mirándolo solamente desde el punto de vista físico.

II. LA ENTIDAD ANÍMICA DEL HOMBRE

La entidad anímica del hombre difiere del cuerpo, dado que tiene un mundo interior que le es *propio*, y esta “propiedad” nos resulta evidente apenas dirigimos la atención aun sobre la más simple sensación de los sentidos. Antes que nada, nadie puede saber si otro percibe la más simple sensación de idéntica manera como él la percibe. Sabemos que hay personas que no perciben los colores (daltonismo completo), por lo cual ven los objetos de un tinte gris de diversa intensidad; otros, afectados sólo de daltonismo parcial, no son capaces de distinguir determinados colores; para éstos, las imágenes del mundo, como se las dan sus ojos, son diferentes de las de los hombres normales. Lo mismo, poco más o menos, puede decirse de los demás sentidos y no se requiere más para tener la evidencia de que, hasta la más simple sensación pertenece al “mundo interior”. Con los sentidos físicos uno puede percibir un objeto rojo que también otro puede ver, pero a uno no le será posible percibir la sensación del rojo que tiene otra persona. Por esto debemos considerar la sensación de los sentidos como fenómeno *anímico*; y si nos damos bien cuenta de este hecho, cesaremos de considerar las experiencias interiores como *simples* procesos cerebrales o algo similar. Inmediatamente a la sensación sigue el *sentimiento*, agradable o desagradable, según el caso. Se trata de impulsos de la vida interior anímica. Con sus sentimientos el hombre agrega un segundo mundo al que desde afuera obra sobre él. Y a esto agrega una tercera cosa: la voluntad. Mediante ésta, el hombre reacciona hacia el mundo externo e imprime a éste su propio ser interno. En las acciones volitivas el alma se expande, por así decirlo, hacia lo externo. Los actos del hombre se distinguen de los hechos que ocurren en la naturaleza externa, justamente porque están improntados de su vida interior. Así el *alma* se contrapone, como cosa propia del hombre, al mundo externo: él recibe los estímulos del mundo externo, pero de conformidad con éstos, se forma un *mundo propio suyo*. La corporeidad sirve de base al ser anímico del hombre.

III. LA ENTIDAD ESPIRITUAL DEL HOMBRE

No obstante, la vida anímica del hombre no está determinada sólo por su cuerpo. No vaga sin dirección ni meta, de una impresión de los sentidos a otra, ni obra bajo la impresión de cualquier estímulo que le es transmitido desde afuera o por los procesos fisiológicos de su cuerpo, sino que *reflexiona* sobre sus percepciones y sus acciones. Reflexionando sobre las percepciones, adquiere conocimientos sobre los objetos, y mediante la reflexión sobre sus propias acciones, establece un nexo racional en toda su vida. El hombre sabe que cumple dignamente con su deber de tal, sólo cuando se deja guiar, tanto en sus conocimientos como en sus acciones, por *pensamientos justos*. Lo anímico, por tanto, se encuentra ante una doble necesidad; es determinado por las leyes que dicta el cuerpo por necesidad natural; en cambio, por las leyes que lo guían al recto pensar, se deja regular espontáneamente porque reconoce su necesidad. En lo referente a las leyes de la formación de la materia, el hombre está sometido a la Naturaleza; en cambio, a las leyes del pensamiento se somete voluntariamente. Por esto el hombre adquiere el derecho de pertenecer a un orden más elevado que aquel al que pertenece por su cuerpo físico, y éste es el orden *espiritual*. Tanto como difiere el cuerpo del alma, difiere a su vez ésta del espíritu. Mientras se habla solamente de las moléculas de carbono, hidrógeno, ázoe, oxígeno, que se encuentran en el cuerpo humano, naturalmente, no se trata del alma: la vida de ésta empieza ahí donde comienza la sensación, esto es, cuando el hombre dice: “siento un sabor dulce”, o “experimento un placer”.

Igualmente no se trata del espíritu mientras se contempla sólo las experiencias anímicas que el hombre experimenta cuando se abandona por completo al mundo externo y a la vida del cuerpo. La vida anímica es más bien la base para la del espíritu, exactamente como la vida del cuerpo es la base para la del alma. Del cuerpo físico se ocupa el naturalista, del alma, el psicólogo y del espíritu el investigador de las cosas espirituales. Aquellos que quieren adquirir con el pensamiento el conocimiento de la naturaleza del hombre deben, ante todo, llegar a comprender claramente la distinción entre cuerpo, alma y espíritu, mediante reflexiones sobre su propio ser.

IV. CUERPO, ALMA Y ESPÍRITU

El hombre puede formarse un concepto justo de sí mismo, sólo cuando ha comprendido bien la importancia de la facultad de pensar en su propio ser. El cerebro es el instrumento corpóreo del pensamiento; como el hombre sólo puede precisar los colores si tiene los ojos normalmente desarrollados, así también el cerebro, especialmente constituido, le sirve para pensar. Todo el cuerpo humano ha sido construido de manera de llegar al coronamiento en el órgano del espíritu, el cerebro. Se comprenderá la estructura del cerebro, si se lo contempla considerando su función de ser el instrumento corpóreo del espíritu pensante. Esto se comprende en seguida dirigiendo una mirada comparativa al desarrollo en el reino animal. En los anfibios, el cerebro es todavía pequeño con relación a la médula espinal; en los mamíferos resulta mayor la proporción, y en el hombre alcanza las dimensiones máximas en relación con el resto del cuerpo.

Existen no pocos prejuicios opuestos a estas observaciones en torno al *pensamiento*. Muchas personas tienden a restar importancia al *pensamiento* y a considerar como superior la “vida íntima de los sentimientos”, la “sensibilidad”, diciendo que no es por medio del “árido pensamiento”, sino más bien por el calor de los sentimientos y su fuerza inmediata que nos elevamos a conocimientos superiores. Los que hablan así, temen disminuir la intensidad de los sentimientos si llegan a pensar con claridad. Esto es cierto en el caso corriente de pensar únicamente en cosas de utilidad práctica. Pero por los pensamientos que nos elevan a las regiones superiores de la existencia se verifica lo contrario. No hay sentimiento o entusiasmo alguno que pueda ser comparado al ardor, a la belleza y elevación despertados por pensamientos puros, transparentes como cristal, que se refieren a los mundos superiores. Los sentimientos más elevados no son aquellos que se nos presentan “espontáneamente”, sino aquellos que se adquieren a consecuencia de un trabajo enérgico del pensamiento.

El cuerpo humano tiene la estructura adecuada para la función del *pensar*. Las mismas substancias, las mismas fuerzas que se hallan en el reino mineral, están combinadas en el cuerpo humano, de tal modo que gracias a este conjunto se puede manifestar el pensamiento. Esta construcción mineral, formada de conformidad a lo que está destinada, será designada en este

estudio *el cuerpo físico* del hombre.

Esta construcción mineral, ordenada para tener como centro al cerebro, nace por *reproducción*, y *adquiere* su forma desarrollada *por crecimiento*. La reproducción y el crecimiento, el hombre, los tiene en común con las plantas y los animales; por la reproducción y el crecimiento lo que vive se distingue del mineral, que no tiene vida. La vida nace de la vida mediante el germen; la prole se adhiere a los antepasados en el sucederse de las vidas. En cambio, las fuerzas por las cuales se forma un mineral han de buscarse en las mismas materias que lo componen. El cristal de roca se forma mediante las fuerzas propias del sílice y del oxígeno que en él se hallan combinados; pero si queremos encontrar las fuerzas que plasman un roble, deberemos buscar por un camino más largo a través del germen de las plantas madre y padre de este árbol; y la forma del roble se transmite en la reproducción de los antepasados a los descendientes. En lo que vive existen fuerzas *internas* determinantes *innatas*. Sólo una concepción primitiva de la Naturaleza podría opinar que los animales inferiores, inclusive los peces, pudieran generarse del fango: la forma de lo que vive se reproduce mediante la *herencia*. El modo de desarrollo de un ser viviente, depende únicamente de aquellos que han sido sus padres, o, con otras palabras, de la *especie* a la cual pertenece. Las materias de las que está constituido se cambian incesantemente, mientras la *especie* permanece durante toda la vida y se transmite por herencia a la prole. La *especie* es, entonces, la que determina la combinación de los elementos de un organismo; y podemos llamar a las fuerzas que generan la especie: *fuerza vital*. Como las fuerzas minerales encuentran su expresión en los cristales, así la fuerza vital la encuentra en la especie, o formas de la vida vegetal o animal.

El hombre percibe las fuerzas minerales mediante sus sentidos físicos, pero sólo puede percibir aquellas por las cuales ha desarrollado los sentidos correspondientes. Sin ojos no tendría percepción de la luz, y del sonido sin oídos. Los organismos inferiores han desarrollado apenas una especie del sentido del tacto, de manera que para ellos sólo existen las fuerzas minerales que son reconocibles por este sentido. En la misma medida que aumenta en los animales superiores el desarrollo de los otros sentidos, el mundo circundante que el hombre percibe se hace para ellos más variado, más rico. Depende, por tanto, de los órganos de un ser viviente, si lo que existe en el mundo externo, existe también para el mismo ser como percepción o sensación. Lo que existe en el aire como un determinado movimiento, resulta en lo interno del hombre una sensación de sonido. En cambio, el hombre no percibe la fuerza vital con sus sentidos ordinarios. *Ve* los colores de una planta, huele el perfume, pero la

fuerza vital se substraer a *este* género de observación. Pero como el ciego de nacimiento no tiene derecho a negar la existencia de los colores, igualmente los sentidos ordinarios no tienen derecho a negar la existencia de la fuerza vital. Los colores existirán para el ciego de nacimiento apenas el cirujano le abra los ojos. Así también para la percepción del hombre, cuando se hayan desarrollado en él los órganos correspondientes, existirán las numerosas *especies* de plantas y de animales creados por medio de la fuerza vital, y no sólo los *individuos*. Con el desarrollo de este órgano se abre al hombre todo un mundo nuevo, porque desde ese momento percibe no solamente los colores, etc., de cada ser viviente, sino que percibe la vida misma de estos seres vivientes. En cada planta, en cada animal percibe, además de la forma física, también *la forma espiritual, llena de vida*. Para designarla con un término, llamaremos a esta forma espiritual el *cuerpo etérico* o cuerpo vital.

El autor de este libro, mucho tiempo después de la redacción del mismo (ver la revista "Das Reich", 4º libro del primer año), ha dado a lo que aquí se ha llamado cuerpo etérico o vital, el nombre de cuerpo de las fuerzas formativas. Se ha sentido inducido a darle este nombre, porque considera que nunca se podrá hacer lo suficiente para prevenir el malentendido, que el cuerpo etérico del cual se pretende hablar aquí pueda ser confundido con la fuerza vital de la antigua ciencia material. Cuando se tratara de rechazar esta antigua idea de una fuerza vital por la ciencia natural moderna, el autor se atiene, en un sentido determinado, al punto de vista del opositor de una fuerza semejante. Porque con esto se quería explicar el modo especial de obrar de las fuerzas inorgánicas en el organismo. Pero lo que en el organismo obra inorgánicamente no ejercita en aquél acción distinta de aquella que manifiesta en el campo del mundo inorgánico. Las leyes de la naturaleza inorgánica son las mismas, tanto en el organismo como en el cristal, etc.; pero en el organismo existe algo que no es inorgánico: esto es la vida formativa. Como base de esto, está el cuerpo etérico o cuerpo de fuerzas formativas. Con la adopción de éste, la legítima tarea de los estudios naturales no sería estorbada en sus investigaciones en el mundo de los organismos por lo que se observa en la naturaleza inorgánica referente a acciones de fuerza y podría rechazar la idea, de que tal acción pueda ser modificada en el organismo por una especial fuerza vital. El investigador espiritual habla del cuerpo etérico, en cuanto se manifiesta alguna cosa de más en el organismo de lo que se manifiesta en la materia inanimada. A pesar de toda esto, el autor de este

libro no se siente dispuesto a sustituir el nombre de cuerpo etérico por el de cuerpo de fuerzas formativas, pues todo el contexto de este libro excluye la posibilidad de un malentendido para cualquiera que tenga deseo de ver. Este malentendido podría producirse sólo cuando aquel nombre se adoptase en algún trabajo que no tenga semejante contexto. (Compárese esto también con lo que se dice al final en “Observaciones aisladas y notas a agregarse”).

Para el investigador de la vida espiritual, estas cosas se presentan del modo siguiente: para él, el cuerpo etérico no es meramente el resultado de las materias y de las fuerzas del cuerpo físico, sino que es una entidad autónoma, real, por cuya acción las mencionadas materias y fuerzas físicas están dotadas de vida. En el sentido de la Ciencia Espiritual, se puede decir de un cuerpo puramente físico, de un cristal, por ejemplo, que tiene su forma, a causa de las fuerzas físicas formativas que están en él. Pero un cuerpo viviente no tiene la forma que le es propia por virtud de estas fuerzas puramente *físicas*, porque en el momento en que la vida se retira de él y lo abandona a las solas fuerzas físicas, se disgrega. El cuerpo vital es una entidad mediante la cual, en todos los instantes de la vida se preserva el cuerpo físico de la disgregación. Para ver el *cuerpo etérico*, para percibirlo en otro ser, es indispensable haber despertado *el órgano de la visión espiritual*. Sin este órgano, se podrá admitir, por razones de lógica, la existencia del cuerpo etérico, pero se le puede ver con el *ojo espiritual*, precisamente como se ven los colores con el ojo físico. La denominación de *cuerpo etérico* no debería ser chocante para nadie, pues el éter que aquí se menciona es una cosa diferente del éter hipotético de la ciencia física. Debe aceptarse esta denominación simplemente como un medio adecuado para designar lo que se ha descrito. Como la estructura del cuerpo físico refleja su destino, así también el cuerpo etérico; igualmente éste puede ser comprendido considerándolo en relación con el espíritu pensante. El cuerpo etérico del hombre difiere del de los animales y del de las plantas, por su estructura ordenada según el espíritu pensante. Ahora bien, como el hombre pertenece por su cuerpo físico al mundo mineral, por su cuerpo etérico pertenece al “mundo vital”. Después de la muerte, el cuerpo físico se disuelve en el mundo mineral y el cuerpo etérico en el mundo vital. Se indica como *cuerpo* lo que da *figura, forma* de cualquier género a un ser. El término *cuerpo* no se debe confundir con lo que se entiende por forma corporal material. El término *cuerpo* en el sentido que se le atribuye en este libro, puede ser adoptado también por lo que toma forma anímica y espiritual.

El cuerpo etérico es una cosa exterior del hombre. Apenas se

manifiestan en el hombre las sensaciones, la interioridad responde a los estímulos del mundo externo; pero en este mundo externo no se conseguirá encontrar la sensación, por más minuciosas que sean las investigaciones que se realicen. Los rayos luminosos penetran en el ojo y, dentro de éste, llegan a la retina. Ahí provocan (en el llamado pigmento visual) procesos químicos y el efecto de este estímulo se propaga, a través del nervio óptico, hasta el cerebro, donde se verifican otros procesos físicos. Si pudiéramos observarlos veríamos, simplemente, procesos físicos, lo mismo que se observan en el mundo externo. Si somos capaces de observar el cuerpo etérico, veremos que el proceso físico cerebral es, al mismo tiempo, el proceso vital. Pero la **sensación** del color azul, por ejemplo, percibido por aquel que ha recibido los rayos luminosos, no la hallaremos ciertamente por esta vía; la sensación nace únicamente en el alma de éste. Por consiguiente, si el ser de ese hombre estuviese constituido, únicamente, por el cuerpo físico y por el cuerpo etérico, las sensaciones no podrían ocurrir. La actividad por la cual se efectúa la sensación es esencialmente distinta de la acción de la fuerza vital formativa; a ésta se agrega una experiencia interior provocada por aquella actividad, mientras que sin ella se tendría un simple proceso vital, como se observa también en las plantas. Si nos imaginamos como el hombre recibe impresiones sensorias de todas partes, tendremos al mismo tiempo que representárnoslo como la fuente de la referida actividad que se dirige hacia todas las direcciones de las que él recibió aquellas impresiones; sus sensaciones responden en la dirección de cada impresión que recibe. Llamaremos a esta **fuerza** de actividad **alma sensible (Alma sensible: alma del sentimiento)**. Esta alma sensible es tan real cuanto lo es el cuerpo físico. Si un hombre estuviera delante de nosotros y, haciendo abstracción de su alma sensible, quisiéramos representárnoslo sólo como un cuerpo físico, sería lo mismo que si de un cuadro nos representáramos solamente la tela.

Con respecto a la percepción del alma sensible, debemos repetir lo que se ha dicho para el cuerpo etérico. Los ojos físicos son “ciegos” a su respecto y lo es también aquel órgano con el cual la vida puede ser percibida como vida. Pero como mediante aquel órgano el cuerpo etérico puede ser percibido, del mismo modo, mediante un órgano más elevado, el mundo interno de las sensaciones resulta un género especial de percepciones suprasensibles. El hombre, entonces, no sólo percibe las impresiones del mundo físico y del mundo etérico, sino que **ve** realmente las sensaciones. Ante un hombre dotado de tal órgano, el mundo de las sensaciones de otro ser se hace evidente como una realidad externa. Es necesario distinguir entre las experiencias del mundo

propio de las sensaciones y la contemplación del mundo de sensaciones de otro ser. En el mundo propio de las sensaciones, cada hombre puede mirar naturalmente; pero el mundo de sensaciones de otro ser es *visible* únicamente para el *clarividente* que tenga abiertos los “ojos espirituales”. Si el hombre no es clarividente, conoce el mundo de las sensaciones solamente como un mundo interior, como experiencias ocultas de su propia alma; así que haya abierto el *ojo espiritual*, resplandece a su vista exterior espiritual lo que de otra manera vive solamente en la *interioridad* de los demás seres.

Para evitar malentendidos, debemos decir, explícitamente, que el clarividente no experimenta en sí mismo lo que otro ser tiene en sí como contenido de su mundo de sensaciones. Este ser experimenta las sensaciones desde el punto de vista de su interioridad; en cambio, el clarividente percibe una revelación, una manifestación del mundo de las sensaciones.

El alma sensible depende, con respecto a su actividad, del cuerpo etérico, porque extrae de éste lo que debe hacer resplandecer como sensaciones, y como el cuerpo etérico es la vida en el cuerpo físico, indirectamente el alma sensible depende también de este último. Las sensaciones de distintos colores, se hacen posibles sólo mediante ojos sanos y perfectos. De esta manera, la corporeidad ejerce una acción sobre el alma sensible. Esta, se halla por lo tanto, determinada y limitada en su actividad por el cuerpo; vive dentro de los límites que le traza la corporeidad. El *cuerpo* es construido con sustancias minerales y es vivificado por el cuerpo etérico, limitando, a su vez, al alma sensible. Luego, quien posee el órgano antes mencionado para *ver* al alma sensible, reconoce que ésta está limitada por el cuerpo. Sin embargo, los límites de la misma no coinciden perfectamente con los del cuerpo físico; el alma sensible sobresale algo los de este último. Esto hace evidente que tiene más poder que el cuerpo físico. No obstante, aquella fuerza que le pone límites, emana del cuerpo físico. De manera que entre el cuerpo físico y el cuerpo etérico, por una parte, y el alma sensible, por otra, se halla todavía otro elemento especial de la entidad humana: es el *cuerpo anímico* o cuerpo sensible. Se podría decir también, que una parte del cuerpo etérico es más sutil que la otra, y que forma con el alma sensible una unidad, mientras la parte más densa forma una especie de unidad con el cuerpo físico. Pero como se ha dicho, el alma sensible se extiende más allá del cuerpo anímico.

Lo que más arriba hemos llamado sensación, es sólo una parte del ser anímico. (Ha sido escogido el término *alma sensible*, por razones de simplicidad). Con las sensaciones están relacionados los sentimientos de

placer y de disgusto, los impulsos, los instintos, las pasiones. Todo lo que tiene el mismo carácter de vida del propio ser como las sensaciones, y como éstas, depende del cuerpo físico.

El alma sensible tiene reciprocidad de acción no sólo con el cuerpo, sino también con el pensamiento, con el espíritu. Ante todo se sirve del pensamiento. El hombre se forma pensamientos sobre sus sensaciones, y de este modo se instruye respecto del mundo externo. El niño que se ha quemado reflexiona sobre el hecho y concluye con el pensamiento “el fuego quema”. Así también el hombre no sigue ciegamente sus impulsos, instintos y pasiones; las reflexiones le procuran la ocasión de satisfacerlos. Todo lo que llamamos cultura material sigue completamente esta dirección; esta cultura consiste en los servicios que el pensamiento presta al alma sensible. Inmersa en las fuerzas de pensamientos dirigidas a este objeto, ha sido la fuerza del pensamiento que ha construido buques, ferrocarriles, teléfonos, telégrafos, etc. La mayor parte de todo esto sirve para satisfacer las necesidades y deseos creados por el alma sensible. La fuerza pensativa penetra al alma sensible de manera parecida a como la fuerza vital formativa penetra al cuerpo físico. La fuerza vital normativa relaciona el cuerpo físico con los antepasados y descendientes, y lo coloca de este modo en un complejo de leyes que no conciernen a la simple mineralidad. Así también la fuerza del pensamiento coloca al alma dentro de un orden de leyes a las cuales ella, como simple alma sensible, no pertenece. Mediante el alma sensible, el hombre es afín a los animales. También en ellos observamos la presencia de sensaciones, impulsos, instintos, pasiones. Pero los animales siguen sus impulsos inmediatamente, no los entretienen con *pensamientos* independientes que trascienden la experiencia inmediata. Esto se verifica también, hasta un cierto grado, en los hombres menos evolucionados. La simple alma sensible es por esto, diferente del evolucionado elemento anímico superior que pone a su servicio al pensamiento. Llamaremos *alma racional (Alma racional: alma-razón o alma razonadora)* a esta alma servida por el pensamiento. La podríamos llamar también *ánimo*.

El alma racional interpenetra al alma sensible; quien posee el órgano para *ver* el alma, ve al alma racional como una entidad independiente con respecto a la simple alma sensible.

* * *

Mediante el pensamiento, el hombre se eleva por encima de su vida

interior, adquiriendo algo que se extiende más allá de su alma. Es para él una natural convicción que las leyes del pensamiento están de acuerdo con la ordenación del Universo; de consiguiente, se considera perteneciente al Universo, porque existe tal acuerdo. Este acuerdo es uno de los hechos importantes por los que el hombre aprende a conocer su propio ser. El busca la verdad en su alma, y a través de esta verdad se expresa no sólo el alma, sino que se expresan las cosas del mundo. Lo que se reconoce como verdad por el pensamiento, tiene su valor independiente que se refiere a las cosas del mundo y no sólo a la propia alma. Con la admiración que experimentamos en la contemplación del cielo estrellado, por ejemplo, vivimos en nosotros mismos, pero los pensamientos que formamos con respecto a la órbita de cada cuerpo celeste, tienen la misma importancia para el pensamiento de los demás como para nosotros. Sería absurdo hablar de *nuestra* admiración si nosotros no existiéramos, pero no es igualmente absurdo hablar de nuestros pensamientos; *aun sin referirlos a nosotros*, porque la verdad que nosotros pensamos hoy era verdad también ayer, y lo será igualmente mañana, aun cuando sólo nos preocupe hoy. Si un determinado conocimiento nos causa placer, este placer tiene importancia sólo mientras viva en nosotros: pero *la verdad* del conocimiento tiene importancia independientemente de aquel placer.

Al concebir una verdad, el alma se adueña de algo que lleva en sí su propio valor y este valor no desaparece, con el sentimiento del alma, como que no nació de él. Lo que realmente es una verdad no nace ni muere, tiene una existencia que no puede abolirse. El hecho de que ciertas “verdades” humanas tengan sólo un valor pasajero, porque más tarde se las reconoce como errores totales o parciales, no contradice cuanto ahora se ha dicho, porque el hombre debe reconocer que la verdad existe en sí misma, aunque *sus* pensamientos no sean más que manifestaciones fugaces de las verdades eternas. Aun aquel que, como Lessing, dice que se contenta con la eterna aspiración hacia la verdad, porque la verdad pura y completa no puede existir sino en Dios, no niega con esto el valor eterno de la verdad, antes bien, lo confirma, porque sólo aquello que tiene un valor eterno en sí puede suscitar aspiraciones eternas. Si la verdad no fuese en sí independiente, si ella adquiriese su valor y su importancia por intermedio del sentimiento del alma humana, entonces la meta que ella representa, no podría ser la misma para *todos* los hombres. Por el hecho de que aspiramos a ella, tenemos que reconocer *la independencia de su ser*.

Cuanto hemos dicho para la Verdad, vale también para lo que es *verdaderamente* bueno; lo moralmente bueno es independiente de tendencias

y pasiones, por cuanto no se deja dominar por éstas, sino que las domina. Placer y disgusto, deseo y repulsión, pertenecen al alma personal del hombre, el deber es superior a lo que agrada o desagrada. El hombre puede asignarle un valor tan alto al deber, como para sacrificarle hasta la vida. El hombre es tanto más elevado cuanto más ha purificado sus afecciones, lo que le agrada o le desagrada, de manera que sin coerción o sujeción cumpla con el deber que él reconoce como su deber. Lo que es moralmente bueno tiene, como la verdad, su valor eterno en sí, no lo recibe del alma sensible.

El hombre, dando vida en su interioridad a lo Verdadero y a lo Bueno, existentes por sí mismos, se eleva por encima de la simple alma sensible. El Espíritu Eterno resplandece en esta alma y le enciende una luz imperecedera. El alma, en cuanto vive en esta luz, participa de la Eternidad y une a ésta su propia existencia. Lo que el alma contiene en sí de lo Bueno y de lo Verdadero es *su parte inmortal*. Lo que de eterno resplandece en el alma será llamado *alma consciente (Alma-conciencia)*. Se puede hablar también de conciencia refiriéndose a las manifestaciones inferiores del alma. También las sensaciones más comunes son objeto de la conciencia. Y en este sentido, también a los animales se les puede atribuir conciencia. Aquí, con la denominación *alma consciente*, nos referimos al núcleo de la conciencia humana, *el alma dentro del alma*. El alma consciente, por lo tanto, es considerada aquí como un elemento especial del alma, que se distingue del alma racional. Esta última está todavía enredada en las sensaciones, en los instintos, en las emociones, etc. Cada hombre sabe como le parecen verdaderas en primer término aquellas cosas que él prefiere por sus sentimientos, etc. Pero la verdad *duradera* es aquella que se ha desvinculado de *toda* intromisión de la simpatía o de la antipatía de parte de los sentimientos, etc. La verdad es siempre la misma, aun cuando todos los sentimientos personales se rebelen, y aquella parte del alma en la cual vive *esta verdad*, es la que llamamos alma consciente.

Por tanto, se deben distinguir en el alma, como ya se hizo con el cuerpo, tres partes: *alma sensible, alma racional y alma consciente*. Y como desde lo inferior la corporeidad ejerce una influencia *limitadora* sobre el alma, así el espíritu, desde lo alto, ejerce una acción *expansiva*, porque cuanto más contiene el alma de lo Verdadero y de lo Bueno, tanto más todo lo que hay de eterno se extiende y se expande en ella. Para aquel que es capaz de *ver* el alma, el esplendor que emana del hombre por la expansión de lo que tiene de eterno, es igualmente real, como lo es para el ojo físico la luz que se irradia de una llama. Para el clarividente, el hombre corpóreo es sólo *una parte de todo*

el hombre. El cuerpo físico, como forma más grosera, está en medio de otras formas, que lo compenetran y recíprocamente se interpenetran. El cuerpo etérico, como forma vital, colma el cuerpo físico. Extendido en toda dirección, más allá del cuerpo etérico, se ve el cuerpo anímico (forma astral); y éste es sobrepasado en extensión por el alma sensible, después por el alma racional, la que se acrece a medida que acoge en sí la mayor suma de lo Bueno y de lo Verdadero. Porque lo Verdadero y lo Bueno efectúan la expansión del alma racional. El hombre que viviese únicamente según sus inclinaciones, lo que le agrada y lo que le desagrada, tendría un alma racional cuyos límites coincidirían con los de su alma sensible. El conjunto de aquellas formaciones, en medio de las cuales aparece el cuerpo físico como envuelto en una nube, se llama *Aura Humana*. Es por medio de ésta que la *entidad del hombre* se enriquece cuando se la considera del modo que este libro trata de describir.



En el curso de la evolución infantil, se presenta un momento en la vida, en que, por vez primera el hombre, frente al resto del mundo, se siente un ser independiente. Para los individuos muy sensibles tal momento es una experiencia importante. El poeta Jean Paul refiere en su autobiografía: “No olvidaré jamás el acontecimiento interno, no referido hasta ahora a nadie, que fue el momento en que asistí al nacimiento de mi autoconciencia; y puedo todavía indicar el lugar y el tiempo. Fue en los primeros años de mi infancia. Una mañana estaba yo en el portal de mi casa, mirando hacia la izquierda, donde se apilaba la leña, cuando en un instante la visión interna *yo soy un yo*, descendió sobre mí como un rayo y me quedó imborrablemente impresa. En aquel instante, mi *yo* se había visto a sí mismo por primera vez y para siempre. No es posible creer en un engaño de mi memoria, desde que ningún relato de otras personas pudo mezclarse a un acontecimiento en el Sanctissimum más íntimo del hombre y del cual la novedad solamente podía hacer que las minucias de las circunstancias me quedasen en la memoria”. Es un hecho conocido que los niños, hablando de sí mismos, dicen: “Carlos es bueno”, “María quiere esto o aquello”; se encuentra natural que hablen así, como si se tratase de otros, porque no son conscientes todavía de su ser independiente, porque la conciencia del sí mismo no ha nacido aún en ellos. Mediante la autoconciencia, el hombre se designa a sí mismo como un ser independiente, separado de todo lo demás, como un *yo*. En el *yo*, el hombre comprende todo

lo que experimenta como entidad física y, anímica.

Cuerpo y alma son los vehículos del **yo**, éste actúa en ellos. El alma tiene su centro en el **yo**, como el cuerpo lo tiene en el cerebro. Las sensaciones surgen en el hombre por los estímulos del mundo exterior; los sentimientos también *se* manifiestan como efectos del mundo externo, y la voluntad igualmente, desde que ella se realiza en acciones exteriores. En cambio, el **yo**, como verdadera esencia del hombre, permanece completamente invisible. Jean Paul tiene razón cuando llama al reconocimiento de su “yo”, un acontecimiento que tiene lugar “en el Santuario más íntimo del hombre”, porque éste está completamente solo con su **yo**. Este **yo** es el hombre mismo. Esto le da derecho a considerar a este **yo**, como su verdadero ser; por esto puede indicar su cuerpo y su alma como los *involucros* en que él vive, como las condiciones corpóreas por medio de las cuales actúa. En el curso de su evolución, aprende a emplear estos instrumentos cada vez más al servicio de su **yo**. La palabra **yo**, es un nombre que se distingue de todos los otros nombres. Quien reflexione de manera apropiada sobre la naturaleza de este nombre, gana al mismo tiempo el acceso al conocimiento de la entidad humana en el sentido más profundo. Cualquier otro nombre puede ser empleado por todos de la misma manera, respecto al objeto al que corresponde ese nombre. Cualquiera puede llamar mesa a una mesa o silla a una silla. Pero para el nombre **yo** no es así. Ninguno puede emplearlo para designar a otra persona; cada cual sólo puede dar este nombre al referirse a sí mismo. El nombre **yo**, si se debe referir a *mí*, no puede jamás llegar a mi oído desde afuera; sólo desde lo interno, sólo *de sí mismo* el alma puede designarse como **yo**. Por lo tanto, cuando el hombre dice **yo**, a sí mismo, comienza a hablar de él algo que no tiene nada que ver con *ninguno* de los mundos de los cuales son extraídas las “envolturas” más arriba descritas. El yo se hace cada vez más dueño del cuerpo y del alma. También este hecho halla su expresión en el Aura humana.

Cuanto más dominio tiene el **yo** sobre el cuerpo y el alma, más variada, más diferenciada y más rica en colores es el aura. Esta influencia del yo sobre el aura, es visible al “clarividente”; no obstante, el mismo “yo es invisible aun para él, permaneciendo realmente oculto en el Sanctissimum del hombre”. Pero el yo absorbe los rayos de aquella luz que se enciende como luz eterna en el hombre. Como éste recoge las experiencias del cuerpo y del alma en el **yo**, así también deja afluir todos los pensamientos de verdad y de bondad en el **yo**. Las percepciones de los sentidos se manifiestan al **yo** por un lado, y por el otro, se muestra el *espíritu*. Cuerpo y alma están dedicados al yo para servirlo;

pero éste se entrega al Espíritu para que lo compenetre. El **yo** vive en el cuerpo y en el alma, pero el espíritu vive en el **yo**; y lo que del espíritu existe en el **yo** es eterno, porque el **yo** adquiere esencia y valor de aquello con que está en conexión. En cuanto vive en el cuerpo físico, está sujeto a las leyes del mundo mineral; mediante el cuerpo etérico, está sujeto a las de reproducción y crecimiento; en virtud del alma sensible y del alma racional está sometido a las leyes del mundo anímico, y en cuanto acoge en sí a lo espiritual, queda sometido a las leyes del espíritu. Lo que es formado por las leyes minerales y por las leyes de la vida, nace y muere, pero el espíritu nada tiene que ver con principio y fin.

El **yo** vive en el alma. Si las manifestaciones más elevadas del **yo** pertenecen al alma consciente, es necesario decir también que este **yo**, irradiando en ella, vive en toda el alma y, a través de ésta, manifiesta su acción sobre el cuerpo. En el **yo** vive el espíritu. Irradia sobre el **yo** y habita en él como en su involucro, precisamente como el **yo** vive en el cuerpo y en el alma como en sus involucros. El espíritu forja al **yo** desde lo interno hacia lo externo, mientras el mundo mineral lo forja desde afuera hacia lo interno. El espíritu que forma un **yo** y vive como **yo**, será llamado **Seidad Espiritual**, porque se manifiesta como **yo** o **sí mismo** del hombre. La diferencia entre la Seidad Espiritual y el alma consciente puede ser definida de la manera siguiente: el alma consciente **está en contacto** con la verdad existente por sí misma, e independientemente de toda simpatía o antipatía; la Seidad Espiritual lleva consigo **esta misma verdad**, pero acogida y guardada por el **yo** que la ha individualizado y acogido en el ser independiente del hombre. Por el hecho de que la Verdad eterna sea así individualizada y se reúna con el **yo** en una entidad, el mismo **yo** adquiere la eternidad.

La Seidad Espiritual es una manifestación del mundo espiritual en el **yo**, como por otra parte la percepción de los sentidos, es una manifestación del mundo físico en el **yo**. En aquello que es rojo, verde, claro, oscuro, duro, blando, cálido, frío, se manifiesta a nosotros el mundo físico; en lo que es Bueno y Verdadero se manifiesta el mundo espiritual. En el mismo sentido como las manifestaciones del mundo físico se llaman sensaciones, así, la manifestación de lo espiritual será llamada **intuición**. Hasta el más simple pensamiento contiene intuición, puesto que no se le puede tocar con la mano ni ver con los ojos; se recibe del espíritu por intermedio del **yo**. Si un hombre muy evolucionado y otro menos evolucionado contemplan una plantad lo que vive en el **yo** del primero es ciertamente diferente de lo que vive en el **yo** del segundo, y sin embargo, las sensaciones de ambos han sido despertadas por el

mismo objeto. La diferencia reside en esto: que el primero es capaz de formar pensamientos en torno de aquel objeto, mucho más perfectos que el segundo. Si los objetos se manifestaran sólo por medio de las sensaciones, no podría haber progreso en la evolución espiritual. La Naturaleza es sentida también por el salvaje, pero las leyes de la misma, se revelan sólo al pensamiento fecundado por la intuición en el hombre, que en su evolución ha llegado a un grado más alto. Los estímulos del mundo exterior son sentidos también por el niño como estímulos de la voluntad, pero los imperativos de lo moralmente bueno sólo se le revelan más tarde, en el transcurso de su desarrollo, cuando aprende a vivir en el espíritu y a comprender sus revelaciones.

Como sin los ojos no habría sensación de los colores, así tampoco puede haber intuición sin los pensamientos elevados de la Seidad Espiritual. Como la sensación no crea a la planta en la cual aparece el color, así la intuición no crea lo espiritual, de lo cual sólo da noticias.

Mediante la intuición, el *yo* humano que vive en el alma, atrae los mensajes de lo alto, del Mundo Espiritual, como mediante las sensaciones recibe los mensajes del mundo físico; obrando de esta manera, introduce el Mundo Espiritual en la vida personal del alma, como por medio de los sentidos introduce el mundo físico. El alma, es decir, el *yo* que resplandece en ella, abre sus puertas por dos lados: por una parte, hacia el mundo físico y, por la otra, hacia lo espiritual.

Ahora bien, como el mundo físico sólo puede transmitir noticias de sí mismo al *yo*, sólo porque con materias y fuerzas físicas construye un cuerpo en el que vive el alma consciente y poseer los órganos apropiados para percibir las cosas físicas externas, así también el Mundo Espiritual, con las materias propias y fuerzas espirituales construye un cuerpo espiritual, en el cual el *yo* vive y percibe las cosas espirituales por medio de las intuiciones. (Es evidente que las expresiones substancia espiritual, cuerpo espiritual, tomadas literalmente, contienen una contradicción, pero las empleamos aquí para relacionar el pensamiento a lo que corresponde desde el punto de vista espiritual al cuerpo físico del hombre).

De la misma manera como en el mundo físico, cada cuerpo humano es construido como una entidad independiente, así también, se forma el cuerpo espiritual en el Mundo Espiritual. En este mundo existe para el hombre un “fuera” y un “dentro”, lo mismo que en el mundo físico, y como el hombre recoge del ambiente físico las materias y las elabora dentro del cuerpo físico, así también acoge del mundo externo espiritual, la espiritualidad y se la apropia. Lo espiritual es el alimento eterno del hombre. Como éste nace del

mundo físico, así nace también del espíritu por virtud de las leyes eternas de lo Verdadero y de lo Bueno. Está separado del Mundo Espiritual que lo circunda, como está separado, como un ser independiente, de la totalidad del mundo físico. A este ser espiritual independiente, lo llamaremos **Hombre-Espíritu**.

Si examinamos el cuerpo físico del hombre, encontramos las mismas materias y fuerzas que se hallan fuera de él, en el resto del mundo físico. Así también en el Hombre-Espíritu; dentro de él palpitan los elementos del Mundo Espiritual exterior. En él son activas las fuerzas del Mundo Espiritual. Como un ser viviente y sensible está encerrado en una piel física, igualmente ocurre en el Mundo Espiritual. La “piel espiritual” que separa al Hombre-Espíritu del mundo de la unidad espiritual, lo hace en este Mundo Espiritual un ser espiritual independiente, que vive en sí mismo y que percibe intuitivamente el contenido espiritual del mundo. Esta “piel espiritual” será llamada **Involucro Espiritual** (Involucro Aurico).

Es indispensable tener presente que esta “piel espiritual” se va extendiendo continuamente con el progreso de la evolución humana, de manera que la individualidad espiritual de un hombre (su Involucro Aurico) es susceptible de crecimiento ilimitado.

El Hombre-Espíritu *vive* dentro de este involucro espiritual construido por la **fuerza** vital espiritual, lo mismo que el cuerpo físico es construido por la fuerza vital física. En la misma forma como se habla de un cuerpo etérico, se debe hablar también de un espíritu etérico con respecto al Hombre-Espíritu. Este espíritu etérico será llamado Espíritu Vital. La entidad espiritual del hombre se divide, por tanto, en tres partes: **Hombre Espíritu, Espíritu Vital y Seidad Espiritual**.

Para el clarividente, en el mundo espiritual, esta entidad espiritual del hombre, es una realidad perceptible, como parte superior verdaderamente espiritual del **Aura**. *Ve* dentro del involucro espiritual, al hombre espiritual como Espíritu Vital, y *ve*, también, como este Espíritu Vital va creciendo continuamente, mediante la absorción de alimento espiritual del mundo espiritual exterior. Además, percibe cómo, después de esa absorción, el involucro espiritual se va ensanchando y, cómo el hombre espiritual resulta cada vez más grande. Considerado desde el punto de vista del “espacio”, este “engrandecimiento” es naturalmente, sólo una **imagen** de la realidad. A pesar de esto, en la representación de esta imagen, el alma humana es dirigida hacia la correspondiente Realidad Espiritual. La diferencia entre la entidad espiritual del hombre y la entidad física, consiste, precisamente, en que esta última tiene una extensión limitada, mientras que la primera, puede crecer infinitamente;

porque lo que absorbe de alimento espiritual tiene un valor eterno. El aura humana aparece, entonces, compuesta de dos partes que se interpenetran, de las cuales una está formada y coloreada por la vida física del hombre, y, la otra, por su existencia espiritual. El **yo** señala la separación entre las dos, de tal modo, que lo físico **sacrifica** sus propiedades para construir un cuerpo capaz de albergar un alma, mientras que, de un modo similar, el **yo** se dispone a que el espíritu se desenvuelva dentro de sí, el que a su vez compenetra al alma y le da la meta en el Mundo Espiritual. Mediante el cuerpo, el alma está contenida en el mundo físico, en tanto que, por medio del hombre espiritual, le crecen alas para remontarse en el Mundo Espiritual.

* * *

Si queremos comprender al hombre integral, lo debemos considerar como constituido por todas las partes que hemos mencionado. El cuerpo está constituido por materias del mundo físico, de una manera adecuada al **yo** pensante. Está compenetrado de fuerza vital por lo que viene a ser cuerpo etérico o cuerpo vital. Este, como tal, se abre al mundo exterior por medio de los sentidos y viene a ser cuerpo anímico; a éste lo compenetra el alma sensible, y forma con él una unidad. El alma sensible no recibe sólo las impresiones del mundo externo en forma de sensación, sino que tiene vida propia que fecunda por una parte, por medio del pensamiento, y por otra, por medio de las sensaciones. Resultando así el alma racional, lo que le es posible porque se entreabre a lo alto a las intuiciones como hacia lo inferior a las sensaciones. Actuando así es alma consciente. Esto le es posible porque el mundo espiritual crea en ella el órgano intuitivo, de modo análogo como el mundo físico le forma los órganos de los sentidos. Como éstos transmiten las percepciones mediante el cuerpo anímico, así el espíritu le transmite las intuiciones a través del órgano de la intuición. En consecuencia, el hombre espiritual queda vinculado con el alma consciente, formando con ella una unidad, así como el cuerpo físico y el alma sensible están unidos en el cuerpo anímico. El alma consciente y la Seidad Espiritual forman una unidad; en esta unidad el hombre espiritual **vive** como Espíritu Vital, así como el cuerpo etérico forma la base corpórea vital para el cuerpo anímico. Y como el hombre físico está encerrado en la piel física, así el Hombre-Espíritu en el involucro espiritual. La constitución del hombre **completo** puede ser representada entonces como sigue:

- a) Cuerpo físico;
- b) Cuerpo etérico o vital;
- c) Cuerpo anímico;
- d) Alma sensible;
- e) Alma racional;
- f) Alma consciente;
- g) Seidad Espiritual;
- h) Espíritu Vital;
- i) Hombre-Espíritu.

El cuerpo anímico c) y el alma sensible d) son una unidad en el hombre terrestre, como también el alma consciente f) y la Seidad Espiritual g). Resultando entonces *siete* partes en el hombre terrestre:

- 1) El cuerpo físico;
- 2) El cuerpo etérico o vital;
- 3) El cuerpo anímico sensible;
- 4) El alma racional;
- 5) El alma consciente, llena de espíritu;
- 6) El Espíritu Vital;
- 7) El Hombre-Espíritu.

En el alma resplandece el *yo*, que recibe su contenido del espíritu, resultando así el vehículo del hombre espiritual. Por este hecho el hombre tiene parte en los “tres mundos” (el mundo físico, el mundo anímico y el Mundo Espiritual). Por medio del cuerpo físico, del etérico y del anímico, está enraizado en el mundo físico y mediante la Seidad Espiritual, el Espíritu Vital y el Hombre-Espíritu se eleva floreciendo en el Mundo Espiritual. Pero el *tronco* que tiene las raíces en una parte y florece en otras, *es el alma misma*.

Se puede, conservando la armonía con la constitución del hombre, citada más arriba, representarla también en forma más simple. Si bien el *yo* humano resplandece en el alma consciente, compenetra, sin embargo, todo el ser anímico. Las partes de este ser anímico no están nítidamente separadas como las partes corpóreas: se interpenetran en un sentido más elevado. Si se considera el alma racional y el alma consciente como los involucros pertenecientes al *yo* y a éste como núcleo de las mismas, entonces, se puede dividir al hombre en cuerpo físico, cuerpo vital, cuerpo astral y *yo*. La expresión cuerpo astral sirve aquí para indicar el conjunto de cuerpo anímico y

del alma sensible. Esta expresión se encuentra en la literatura antigua y la empleamos aquí libremente, para expresar lo que reside en la entidad humana, más allá de la perceptibilidad sensoria. Si bien el alma sensible es, en cierto modo, impulsada también por el *yo*, no obstante, está tan estrechamente conexas al cuerpo anímico que, para ambas consideradas en conjunto, está justificado el empleo de una expresión única. Ahora bien, cuando el *yo* está interpenetrado por la Seidad Espiritual, entonces esta seidad se presenta de manera que el cuerpo astral es transformado por lo que emana del elemento anímico. Influencian al cuerpo astral antes de aquella interpenetración los deseos, las pasiones del hombre en cuanto son sentidas y actúan en él las percepciones sensorias. Las percepciones sensorias se producen por medio del cuerpo anímico, que representa un vehículo en el hombre que le es construido por el mundo exterior. Los instintos, los deseos y las pasiones, etc., nacen en el alma sensible en cuanto ésta es impulsada por fuerzas de la interioridad, antes que esta interioridad se abandone a la Seidad Espiritual. Si el *yo* se interpenetra de la Seidad Espiritual, entonces el alma a su vez, invade el cuerpo astral con esta Seidad Espiritual. Y esto se verifica de manera que los instintos, los deseos y las pasiones son iluminadas por aquello que el *yo* ha recibido del espíritu. El *yo*, en virtud de su participación en el Mundo Espiritual, ha llegado entonces a dominar en el mundo de los instintos, de los deseos, etc. Cuanto más lo realiza, tanto más la Seidad Espiritual se hace evidente en el cuerpo astral, el que, a su vez, viene a resultar transformado.

El cuerpo astral aparece entonces, él mismo, como una entidad en dos partes: una transformada, y, otra, no transformada. Por esto, la Seidad espiritual, en su manifestación en el hombre, puede ser indicada como cuerpo astral transformado. Un proceso similar se verifica en el hombre cuando acoge en su *yo* al Espíritu Vital. Se transforma entonces el cuerpo vital, que es compenetrado por el Espíritu Vital. Este se manifiesta de manera que el cuerpo vital viene a ser diferente de lo que era antes. Se puede decir, entonces, que el Espíritu Vital es el cuerpo vital transformado. Y si el *yo* acoge en sí al Hombre-Espíritu, recibe entonces la poderosa fuerza para compenetrar el cuerpo físico. Es natural que lo que del cuerpo físico es así transformado *no* se pueda percibir con los sentidos físicos. Del cuerpo físico ha resultado Hombre-Espíritu precisamente la parte que se ha espiritualizado. Existe entonces, físicamente, para la percepción de los sentidos, y en cuanto lo físico se ha espiritualizado es percibida por la facultad cognoscitiva espiritual. A los sentidos exteriores, aun aquella parte física que es interpretada por la espiritualidad, se evidencia sólo físicamente. Basándose en todo esto se puede

representar la constitución del hombre, también de esta manera:

- 1) Cuerpo físico;
- 2) Cuerpo vital;
- 3) Cuerpo astral;
- 4) Yo, como núcleo anímico;
- 5) Seidad Espiritual, como cuerpo astral transformado;
- 6) Espíritu Vital, como cuerpo vital transformado;
- 7) Hombre-Espíritu, como cuerpo físico transformado.

LA REENCARNACIÓN DEL ESPÍRITU Y EL DESTINO

Entre el cuerpo y el espíritu, vive el alma. Las impresiones que le llegan por intermedio del cuerpo son pasajeras; existen sólo mientras el cuerpo abre sus órganos a las cosas del mundo exterior. Nuestros ojos perciben el color de la rosa sólo mientras ella está presente, y mientras el mismo ojo la contempla. Es necesario, entonces, la presencia tanto del objeto en el mundo exterior, como la del órgano corpóreo, para que una impresión, una sensación o una percepción pueda producirse. En cambio, aquello que es reconocido en nuestro espíritu como *verdad* con respecto a la rosa, no es fugaz ni momentáneo, y también en cuanto a su verdad, no depende absolutamente de nosotros, desde que sería igualmente verdad aunque no nos hubiésemos encontrado jamás ante la rosa. Aquello que reconocemos por medio del espíritu, se basa en un elemento de la vida anímica, por medio del cual el alma se relaciona con un contenido del mundo que se manifiesta en ella, independientemente de las bases transitorias del cuerpo. No importa si lo que se manifiesta es por sí mismo imperecedero en todos sus aspectos; lo que importa es que la manifestación se verifique en el alma, de manera que al verificarse, no entre en consideración la base corpórea transitoria de *ésta*, pero sí lo que en ella es independiente de este elemento perecedero. El elemento permanente *en el alma*, entra en observación, desde el momento en que percibe que ésta tiene experiencias que no están limitadas por su parte perecedera. No importa tampoco si estas experiencias resultan desde el principio, conscientes por medio de funciones transitorias de la organización corpórea, sino que se trata que contengan *algo* que, aunque vive en el alma es, en su verdad, independiente de los procesos transitorios de la percepción. El alma, al hallarse en el medio, entre el cuerpo y el espíritu, está colocada entre lo transitorio y lo perdurable, pero es también *la mediadora* entre lo presente y lo perdurable, porque conserva lo presente para tener el recuerdo. Con esto, libra a lo momentáneo de su fugacidad y lo acoge en lo perdurable de su espíritu. Le da también un sello de perdurabilidad a las cosas fugaces, desde que, en su vida, el alma no se abandona únicamente a los estímulos pasajeros sino que determina por sí misma las cosas, y en éstas, incorpora su propia naturaleza, por medio de las acciones que lleva a cabo. Mediante la memoria

el alma conserva lo que era *ayer*, mediante la acción prepara lo que será *mañana*.

Nuestra alma debería percibir siempre de nuevo el color rojo de la rosa, para tenerlo presente si no lo retuviéramos por medio de la memoria. Lo que permanece después de una impresión externa, lo que puede ser retenido por el alma, puede, independientemente de las impresiones exteriores, hacerse nuevamente *representación*. Mediante esta facultad, el alma hace del mundo exterior un mundo suyo interior, de manera que puede retenerlo, por medio de la memoria, para el recuerdo, e independientemente de las expresiones recibidas, vivir con él una vida interior propia. Así, la vida anímica resulta el efecto duradero de las impresiones transitorias del mundo exterior.

Pero también la acción adquiere perpetuidad después que ha sido impresa en el mundo exterior. Si cortamos la rama de un árbol, ha ocurrido algo mediante nuestra alma que cambia el curso de los acontecimientos en el mundo exterior. Aquella rama de árbol hubiera tenido un porvenir bien diferente si no hubiera intervenido nuestra acción; hemos dado origen, por tanto, a una serie de efectos que no se hubieran producido sin nuestra existencia. Lo que hemos hecho *hoy* permanece para *mañana* y se convierte en duradero mediante nuestra *acción*, de la misma manera que nuestras impresiones de ayer se han vuelto duraderas para nuestra alma por medio de la memoria.

De esta durabilidad adquirida por medio de la acción, la conciencia habitual no se forma una representación, del mismo modo como la que tiene por medio de la *memoria*, o sea, la perpetuidad de una experiencia basada sobre la percepción. Pero el *yo* del hombre, ¿No se encuentra acaso vinculado con las modificaciones que se verificaron en el mundo por medio de la acción, del mismo modo como lo está con el recuerdo resultante de una experiencia?. El *yo* juzga distintamente de las nuevas impresiones, según que tenga o no éste o aquel recuerdo. Pero, en su calidad de *yo*, ha entrado también en otra relación con el mundo según que haya o no llevado a cabo ésta u otra acción. La existencia o la no existencia de alguna relación del mundo con mi *yo*, depende del hecho de que por medio de una acción nuestra, hayamos o no producido una impresión sobre otra persona. Después de haber producido una impresión sobre el ambiente, somos seres distintos en nuestras relaciones con el mundo. La razón de lo que se alude aquí, no se observa de la misma manera como se observan las modificaciones del *yo*, resultantes de la adquisición de un recuerdo; se explica porque el recuerdo, apenas formado, se une con la vida anímica que siempre hemos experimentado como propia nuestra, mientras

que, el efecto exterior de la acción, liberada de esta vida anímica, se desenvuelve y tiene consecuencias, que son diferentes de lo que de ella queda en el recuerdo. Sin embargo, prescindiendo de esto, es necesario admitir que, después de toda acción cumplida, queda en el mundo algo cuya característica le ha sido impresa por el *yo*. Si se reflexiona verdaderamente sobre el asunto de que tratamos, se llegará a la pregunta: ¿No podría ser que las consecuencias de una acción cumplida, a cuya naturaleza se le ha dado la impronta del *yo*, tenga una tendencia a volver hacia el *yo*, lo mismo que una impresión conservada en la memoria tiende a reproducirse cuando se presenta la relativa causa externa?. Lo que se conserva en la memoria espera que se presente tal causa. Pero ¿No podría ocurrir que lo que se conserva con el carácter del *yo* en el mundo exterior, espere también, para volver *desde afuera* al alma, lo mismo como el recuerdo se presenta desde el interior a esta alma, cuando la provoca una determinada causa?. Aquí planteamos el problema sólo en forma de interrogación porque, ciertamente, podría ser que no se presentase jamás la circunstancia, por la cual, aquellas consecuencias de una acción que ya tienen el carácter del *yo*, puedan encontrar al alma humana. Pero que existan como tales y que, por su existencia, determinen la relación del mundo con el *yo*, se hace evidente en seguida como una idea posible, con tal que se siga atentamente con el pensamiento lo que hay en el asunto. En las consideraciones que siguen, se indagará si en la vida humana existe algo que desde el punto de vista de esta idea “posible”, nos señale una realidad.

* * *

Examinemos ante todo la memoria. ¿Cuál es su origen?. Evidentemente su causa es bien diversa de las sensaciones o percepciones. Sin el ojo no podemos tener una sensación del color azul, pero por medio del ojo, no tenemos ciertamente el recuerdo del azul. Para que el ojo nos de esta sensación, es necesario que se le presente un objeto de ese color. La corporeidad dejaría hundir en la nada nuevamente todas las impresiones si, al formarse la representación actual por medio de la percepción, no se desenvolviese al mismo tiempo algo en relación entre el mundo exterior y el alma, algo que tiene en el hombre, consecuencias, de manera que, más tarde, por medio de procesos que se desarrollan *en él*, puede tener nuevamente una representación de aquello que antes, desde afuera, le habría producido una representación. Quien haya adquirido práctica en la observación de lo anímico, podrá encontrar que es completamente equivocada la expresión que

parte de la opinión siguiente: que uno tiene una representación y que, mañana, por medio de la memoria, *esta* representación vuelve a presentarse, habiéndose conservado durante este tiempo en alguna parte del hombre. No; la representación *que ahora* tenemos, es un hecho que se desvanece con el momento actual.

Cuando se produce el recuerdo, se verifica en nosotros un proceso que es consecuencia de algo que ha ocurrido *aparte* de la provocación de la representación actual, en cuanto a la relación entre el mundo exterior y nosotros. La representación provocada por el recuerdo es nueva, *no* es la originaria conservada. El recuerdo consiste en la capacidad de tener una representación nueva y no el resurgimiento de una representación. Lo que se presenta *de nuevo*, es algo diferente de la representación misma. Esta observación se hace aquí, porque en el campo espiritual científico, es necesario que en ciertas cosas se forme un concepto *más exacto*, del que se acostumbra en la vida ordinaria y hasta en la ciencia corriente. “Recordar” significa: experimentar algo que por sí mismo no existe más; relacionamos una experiencia pasada con nuestra vida presente. Eso es verdad para cualquier recuerdo. Pongamos un ejemplo: encontramos a una persona y la reconocemos por haberla visto ayer; sería para nosotros absolutamente desconocida si no pudiéramos relacionar la imagen que mediante la percepción nos hicimos ayer de ella, con la impresión recibida hoy. La imagen actual nos es dada por la percepción, esto es, por el organismo sensorio. Pero ¿Qué es lo que evoca en nuestra alma la imagen de ayer?. Es la misma entidad, dentro de nosotros, que estaba presente en nuestra experiencia de ayer, y que presencia también ésta de hoy: es aquella que antes hemos llamado *alma*. Sin esta fiel conservadora del pasado toda impresión exterior resultaría siempre nueva para el hombre. Es verdad que el alma imprime en el cuerpo, como un signo, el proceso por medio del cual los sucesos se vuelven recuerdos, pero es precisamente el alma, que debe hacerse esta impronta y, después, percibir su propia impresión, como percibe algo del mundo exterior. De esta manera ella es la conservadora del recuerdo.

Como conservadora del pasado, el alma recoge continuamente tesoros para el espíritu. Que sepamos distinguir lo verdadero de lo falso, se debe a que, como hombres, somos seres pensantes, capaces de adueñarnos de la verdad por el espíritu. La verdad es eterna y se nos podrá revelar siempre de nuevo en los objetos, aunque nos olvidemos totalmente del pasado, y cada impresión nos resultase nueva. Pero el espíritu, en nuestra interioridad, no se limita a las impresiones del momento, el alma extiende su horizonte al pasado

y cuanto más de él pueda el alma llevar al espíritu, tanto más lo enriquece. Así pues, él alma transmite al espíritu lo que ella ha recibido del cuerpo. El espíritu del hombre, por esto, en todo instante de la vida, lleva dos cosas dentro de sí: primero, las leyes eternas de lo Verdadero y de lo Bueno; segundo, el recuerdo de las experiencias del pasado. Toda acción suya se cumple bajo la influencia de estos dos factores. Si queremos comprender el espíritu de un hombre, debemos saber dos cosas de él: cuánto le haya sido revelado por el Eterno y cuántos tesoros del pasado han sido acumulados en él.

Estos tesoros, sin embargo, no permanecen en el espíritu sin alteración. Las impresiones que el hombre adquiere de sus experiencias, se desvanecen gradualmente de la memoria, pero sus frutos no perecen. Nadie recuerda todas las experiencias por que pasó durante la infancia, cuando aprendía el arte de leer y de escribir, pero nadie sabría leer ni escribir si no hubiera tenido aquellas experiencias y si no hubieran quedado conservados los frutos en forma de capacidades. Y ésta es, precisamente, la transformación que el espíritu efectúa sobre los tesoros de la memoria; abandona a su suerte a lo que conduce a las imágenes de cada experiencia, extrayendo sólo la fuerza para aumentar las aptitudes. De esta manera, no pasa ninguna experiencia sin ser utilizada: el alma la conserva como recuerdo y el espíritu se apropia lo que puede enriquecer sus facultades y el contenido de su vida. El espíritu humano *crece* por las experiencias asimiladas. Si las experiencias pasadas no se encuentran acumuladas en el espíritu como en un depósito, se encuentran, en cambio, *los efectos* en las capacidades que el hombre ha adquirido.

* * *

Hasta ahora hemos considerado el espíritu y el alma dentro de los límites señalados por el nacimiento y la muerte, pero no podemos detenernos aquí. El que quisiera hacer esto, se parecería al que quisiera considerar al cuerpo humano dentro de esos límites. Ciertamente, también dentro de éstos, se pueden encontrar muchas cosas, pero con lo que está entre el nacimiento y la muerte, no se podrá jamás explicar *la forma humana*. Esta no puede constituirse directamente por simples fuerzas y materias físicas, sino que puede provenir únicamente de otra forma igual a la suya, transmitida por vía de reproducción. La materia y las fuerzas físicas construyen el cuerpo durante la vida; las fuerzas reproductivas de él generan otro cuerpo que debe tener la misma forma y que, por consiguiente, será vehículo del mismo cuerpo vital.

Todo cuerpo vital es una repetición del que tuvo anteriormente; *sólo por esto* no puede aparecer con cualquier forma, sino con la que ha heredado. Las fuerzas que nos dieron forma humana, estaban depositadas en nuestros antepasados. Pero también el espíritu del hombre se manifiesta en una forma determinada.

(La palabra *forma*, naturalmente, se emplea aquí en sentido espiritual). Las formas del espíritu son de la mayor diversidad en cada persona. No hay dos personas que tengan la misma forma espiritual. En este campo, es necesario hacer las observaciones con la calma y objetividad que se emplean en el plano físico. No se puede decir que las diferencias entre los hombres con respecto al espíritu, provengan de la diversidad de ambiente, de educación, etc. No es así, absolutamente, puesto que dos personas en condiciones iguales de ambiente y educación se desarrollan de manera totalmente distinta. Por esto es indispensable admitir que ambos han emprendido el camino de la vida con predisposiciones o aptitudes completamente distintas. Nos encontramos aquí ante un hecho importante, que en el momento que se le reconoce todo su alcance, arroja mucha luz sobre la naturaleza del hombre. Quien no quiera preocuparse más que del aspecto material de los acontecimientos, podría decir, indudablemente, que las diversidades individuales de las personalidades humanas provienen de las diferentes propiedades de los gérmenes materiales. (Y si se tiene en cuenta las leyes de la herencia descubiertas por Gregorio Mendel y ampliadas, posteriormente, por otros, semejante opinión puede mantenerse también con los argumentos que la justifican, aparentemente, ante el juicio científico). Pero quien juzga así, sólo demuestra no saber discernir la verdadera relación que existe entre el hombre y sus experiencias. Porque de un atento examen, basado en la realidad, resulta que las circunstancias exteriores actúan sobre personas distintas, de modo distinto, a través de algo que directamente no entra en la reciprocidad de relación con la evolución física. La investigación exacta en este campo, demuestra que lo que proviene de las disposiciones físicas se puede distinguir de lo que nace de la recíproca acción entre el hombre y sus experiencias, pero que sólo puede concretarse porque en la misma alma se realiza esta reciprocidad de acción. Se observa claramente que el alma se encuentra en relación con algo en el mundo exterior que, *por su naturaleza*, no puede tener ninguna relación con disposiciones en gérmenes materiales.

Por su forma física los hombres se distinguen de los seres animales que habitan la Tierra. Pero, dentro de límites determinados, los hombres son iguales entre sí, en cuanto a esta forma física se refiere. No existe más que una

sola especie humana. Por grandes que sean las diferencias de raza, religión y personalidad, siempre, en cuanto a lo físico, la semejanza entre hombre y hombre es mayor que entre el hombre y una especie cualquiera de animales. Todo lo que caracteriza a la especie humana está determinado por transmisión hereditaria de los antepasados a los descendientes, y la forma humana está sujeta a esta ley de herencia. Como un león hereda su conformación física de sus antepasados leones, así también el hombre hereda su forma física de sus antepasados humanos.

Tal como se presenta a nuestra vista la semejanza física de los hombres entre sí, así, igualmente, se revelan a la mirada espiritual exenta de prejuicios las diferencias de sus formas espirituales. Un hecho bien evidente nos hace manifiesta esta diversidad: la existencia de la biografía de cada hombre. Si cada hombre fuera simplemente un ejemplar de determinada especie, no sería posible una biografía personal. Un león, una paloma, pueden interesarnos en cuanto pertenecen a la especie de los leones y de las palomas; habremos comprendido a cada ejemplar individual, en todo lo que tiene de esencial, cuando hayamos descrito los caracteres de la especie. Poco importa en este campo, si tenemos que habérsela con el padre, el hijo o el nieto; lo que de ellos puede interesarnos es, precisamente, común a las distintas generaciones. En cambio, lo que da importancia al hombre, principia justamente ahí donde él no es más miembro de alguna determinada especie, sino un ser individual. No habremos comprendido perfectamente lo esencial del señor X describiendo a su hijo o a su padre: tenemos que conocer su propia biografía. Quien reflexione sobre la importancia de la biografía se apercibirá que, bajo el aspecto espiritual, ***cada hombre constituye por sí mismo una especie.*** Aquellos que entienden por biografía, únicamente, una descripción de los acontecimientos externos de cada vida, podrán sostener que se puede escribir, lo mismo para cada hombre, también una biografía para cada perro; pero quien describe en la biografía las verdaderas características de un individuo, comprende bien que la misma representa algo que corresponde, en el reino animal, a la descripción de toda una especie. Naturalmente no se trata que, de un animal y, con más razón si es inteligente, no se pueda decir algo en sentido biográfico; se trata de que la biografía humana no es comparable a la de un animal, sino que ésta equivale a la descripción de toda una especie animal. Siempre existirán quienes querrán refutar esta afirmación, diciendo que los domadores de animales, por ejemplo, saben cuánto se distingue un animal de otro, de la misma especie. Quien juzga de esa manera, demuestra que no es capaz de distinguir la diversidad individual de aquella diversidad que ha sido

adquirida a través de la individualidad.

Ahora bien; como el género o la especie, en el sentido físico, puede ser comprendido si se lo considera como resultado de la herencia, así también, el ser espiritual puede comprenderse solamente admitiendo una análoga *herencia espiritual*. Hemos recibido nuestra forma humana física como herencia de nuestros antepasados humanos, pero ¿De dónde proviene lo que se exterioriza en nuestra biografía personal?. Como hombre físico, se repite en nosotros la forma de nuestros antepasados, pero, ¿Qué cosa se repite como hombre espiritual?. Quien quisiera sostener que el contenido particular de nuestra biografía no necesita de ulteriores explicaciones, y debe ser aceptado sin más ni más, podría, con igual derecho, sostener que ha visto en cualquier parte un montón de tierra, de la cual las masas se coordinaban por sí mismas hasta formar un hombre viviente.

Como hombres físicos, procedemos de otros hombres físicos, desde que tenemos la forma de toda la especie humana; los caracteres de la especie pudieron, por tanto, ser adquiridos dentro de la especie misma, por herencia. Como hombre espiritual cada uno tiene su forma propia, como tiene su propia biografía. Por tanto, esta forma no la hemos adquirido de otro, sino cada uno de sí mismo. Y como no hemos venido al mundo con tendencias espirituales indefinidas, sino con disposiciones espirituales bien definidas, que determinaron el camino de nuestra vida, como se expresa precisamente en nuestra biografía, nuestro trabajo sobre nos mismos no puede haber sido iniciado con nuestro nacimiento. Como hombre espiritual, debemos haber existido antes del nacimiento. En nuestros antepasados, no hemos existido ciertamente, porque ellos, como hombres espirituales, son diferentes de nosotros; nuestra biografía no se explica por la de ellos. Más bien, como seres espirituales, debemos ser la repetición de individualidades de cuyas biografías resulte comprensible la nuestra. Otra posibilidad que se podría admitir, antes de proseguir, sería ésta: que este algo evolucionado que es el contenido de nuestra biografía se lo debemos solamente a una vida espiritual anterior al nacimiento, anterior a la concepción. Esta idea, sin embargo, estaría justificada sólo cuando se quisiera admitir que la influencia del ambiente circundante que actúa sobre el alma humana, en el mundo físico, sea de igual género a lo que el alma obtiene de un modo, únicamente, espiritual. Semejante admisión es contradictoria a la observación realmente exacta. Porque lo que de este ambiente físico circundante ejerce una acción determinante sobre el alma humana, es tal que actúa como algo posteriormente experimentado en la vida física, sobre algo experimentado anteriormente de modo igual. Para observar

exactamente estas relaciones, es necesario adquirir la capacidad de ver cómo existen en la vida del hombre impresiones activas, que ejercen tales acciones sobre disposiciones del alma, como el encontrarse ante una acción que ha de cumplirse respecto a lo que en la vida física ya se ha practicado; sólo que tales impresiones no encuentran, precisamente, algo ya practicado en esta vida inmediata, aunque sí disposiciones anímicas que son influenciables de igual modo, como lo son las capacidades adquiridas por medio de la práctica. Quien penetre con la mirada en estas cosas, adquiere la idea de vidas terrestres que deben haber precedido a la vida actual. No puede limitarse a pensar en simples experiencias espirituales que hayan precedido esta vida terrestre. La forma física, por ejemplo, de la que Schiller estaba revestido, había sido heredada de sus antepasados. Pero como aquella forma física no podía haber nacido del suelo, de la misma manera no podía haber nacido la entidad espiritual de Schiller. El tenía que ser la repetición de otro ser espiritual, por su biografía se puede explicar la suya, precisamente como la forma física de Schiller se puede explicar por la reproducción humana. Como la forma física humana es siempre una repetición, una reencarnación de la esencia de la especie humana, igualmente el hombre espiritual debe ser el renacimiento *del mismo* hombre espiritual, porque como hombre espiritual, cada uno es su propia especie.

Se podrá objetar que todo lo expuesto no son más que razonamientos especulativos y se podrán pedir pruebas exteriores, como estamos habituados a tenerlas en las ciencias naturales. A esto se debe replicar que la reencarnación del hombre espiritual es un proceso que no pertenece al campo de los hechos físicos externos, sino que se efectúa enteramente en el campo espiritual, y a esto ninguna de nuestras facultades *ordinarias* tiene acceso, exceptuando *el pensamiento*. Quien no quiera tener confianza en la fuerza del pensamiento, no podrá instruirse respecto de los hechos espirituales superiores. Para quien ha abierto los ojos espirituales, los razonamientos enunciados tienen la misma fuerza persuasiva que un acontecimiento que tuviera lugar ante sus ojos físicos. Quien atribuye a una de esas pruebas, construidas de acuerdo al método de la investigación científica natural corriente, mayor fuerza persuasiva que a las explicaciones dadas más arriba, en torno al significado de la biografía, podrá ser un gran científico, en el sentido corriente de la palabra, pero estará muy lejos del camino de la investigación espiritual.

Uno de los prejuicios más arraigados es el de querer explicar las cualidades espirituales de una persona mediante la herencia de parte del padre, de la madre o de otros antepasados. Será difícil convencer, por medio de

razonamientos, a quien tenga el preconcepto de que Goethe por ejemplo, haya heredado del padre y de la madre lo que era su verdadero ser: no será muy accesible a las razones desde que en él se halla una profunda antipatía hacia la observación libre de prejuicios. La sugestión materialista le impide ver en su verdadera luz la relación entre una y otra cosa.

En todo lo que ha sido expuesto se han dado las bases para continuar la observación en la entidad humana, más allá del nacimiento y de la muerte. Dentro de los límites trazados entre el nacimiento y la muerte, él hombre pertenece a los tres mundos: de la corporeidad, del alma y del espíritu. El alma constituye el eslabón entre el cuerpo y el espíritu, compenetrando al tercer principio del cuerpo humano, esto es, el cuerpo anímico, con la capacidad de sensaciones y compenetrando como alma consciente el primer principio del espíritu, la Seidad Espiritual. Por esto, durante la vida, el alma toma parte tanto en el cuerpo como en el espíritu, y tal participación se expresa en toda su existencia. De la organización del cuerpo anímico depende el modo en que el alma sensible puede desenvolver sus facultades; y por otra parte, depende de la vida del alma consciente hasta qué punto la Seidad Espiritual se desarrollará dentro de ella. El alma sensible manifestará relaciones tanto más perfectas con el mundo exterior, cuanto más el cuerpo anímico se haya perfeccionado, y la Seidad Espiritual resultará tanto más rica y potente, cuanto más alimento reciba del alma consciente. Ya se ha demostrado que, durante la vida, tal alimento es procurado a la Seidad Espiritual, por medio de las experiencias asimiladas y de los frutos de las mismas; puesto que esta recíproca influencia entre el alma y el espíritu, sólo puede efectuarse naturalmente ahí donde el alma y el espíritu se encuentran juntos, se interpenetran, es decir, en la unión de la Seidad Espiritual con el alma consciente.

Examinemos primero la recíproca acción entre el cuerpo anímico y el alma sensible. El cuerpo anímico, como hemos visto, es la parte más sutil de la corporeidad, pero todavía pertenece a esta última y depende de ella. El cuerpo físico, el etérico y el anímico, bajo ciertos aspectos, forman un conjunto. Por esto también el cuerpo anímico está comprendido en las leyes de la herencia física, mediante la cual el cuerpo recibe su forma; y como es la forma más voluble, más inestable de la corporeidad, presenta entonces las condiciones más indefinidas e inestables de la herencia. Por tanto, mientras el cuerpo físico muestra diferencias menores, según las razas, nacionalidades, etc., y mientras en el cuerpo etérico (aunque presente variantes mayores en cada hombre) predominando todavía la uniformidad, para el cuerpo anímico la diversidad es muy notable. En él se manifiesta lo que percibimos como

características externas personales del hombre; por tanto, es también el vehículo de aquellas características personales que son, por herencia, transmitidas por los padres, abuelos, etc., a sus descendientes. Es verdad que el alma, según lo hemos expuesto anteriormente, lleva una vida completamente suya, se encierra en sí misma con sus simpatías y antipatías, con sus sentimientos y pasiones. Pero ella, no obstante, actúa en su conjunto, y este conjunto se manifiesta, por consiguiente, también en el alma sensible y, como ésta interpenetra, en cierto modo ocupa el cuerpo anímico, éste se forja según la naturaleza del alma y, por consiguiente, como vehículo de la herencia, transmite las inclinaciones, las pasiones, etc., de los antepasados a los descendientes. A esto se refiere Goethe cuando dice: “De mi padre heredé la estatura y la conducta seria de la vida; de mi madre la naturaleza alegre y la tendencia de fantasear”. Naturalmente, el genio no le vino ni de uno ni de otro. De este modo vemos cuáles de sus modalidades anímicas el hombre transmite, por así decirlo, a la línea de la herencia física. Las materias y las fuerzas del cuerpo físico se encuentran en iguales condiciones en todo el ambiente de la naturaleza física externa, de la cual son constantemente extraídas y absorbidas, y después nuevamente restituidas a ella. En el curso de pocos años, las materias físicas que componen nuestro cuerpo físico se renuevan por completo. Que esta masa de materia tome la forma del cuerpo humano y que se renueve de continuo dentro del mismo, se debe a que el cuerpo etérico la mantiene unida. La forma de este último, es determinada no sólo por los procesos que ocurren entre el nacimiento, o la concepción, y la muerte, sino que depende de las leyes de la herencia que alcanzan más allá del nacimiento y de la muerte. Que por vía de herencias puedan transmitirse también las cualidades anímicas y que, por tanto, el proceso de la herencia física adquiera también una trama anímica, estriba su razón en que el cuerpo anímico puede ser influenciado por el alma sensible.

¿Cómo se desenvuelve la acción recíproca entre el alma y el espíritu?. Durante la vida, el espíritu está vinculado al alma del modo que se ha indicado anteriormente: el alma recibe del espíritu la facultad de vivir en lo Verdadero y en lo Bueno y de expresar al espíritu mismo en su propia vida, en sus impulsos, inclinaciones y pasiones al espíritu. La Seidad Espiritual lleva del mundo del espíritu al *yo* las leyes eternas de lo Verdadero y de lo Bueno, las cuales, mediante el alma consciente, se incorporan a las experiencias propias de la vida del alma. Las experiencias mismas son pasajeras, pero sus frutos son permanentes. La Seidad Espiritual, por haber estado vinculada a ella, recibe una impresión duradera. Si al espíritu humano se le presenta una

experiencia que se parezca a otra con la cual se encontró relacionado otra vez, la reconoce y se conduce con respecto a ella de manera diferente de lo que haría si la encontrase por primera vez. Sobre este principio está basado todo lo que llamamos “aprender”; y los frutos de este aprendizaje son facultades adquiridas. De tal manera, los frutos de la vida transitoria se imprimen en el espíritu eterno. ¿Y, acaso no percibimos estos frutos?. ¿En qué cosa consisten las disposiciones que hemos mencionado como característica del hombre espiritual?. Son, ciertamente, las diversas facultades que el hombre trae consigo cuando principia su vida terrena. Estas facultades, bajo ciertos aspectos, son absolutamente iguales a aquellas que podemos adquirir también durante la vida. Tomemos por ejemplo, un hombre de genio: sabemos de Mozart que, niño aún, era capaz de escribir de memoria una extensa obra musical, después de haberla oído una sola vez. Esto le era posible porque era capaz de abarcar instantáneamente todo el conjunto. Dentro de determinados límites, el hombre aumenta también, durante la vida, su capacidad de abarcar rápidamente la síntesis y el nexo de las cosas, de manera que adquiere nuevas capacidades. Lessing ha dicho que mediante el cultivo de la observación crítica adquirió algo que se aproximaba mucho al genio. Si no se quiere considerar como milagro semejantes facultades especiales, basadas sobre disposiciones congénitas, es indispensable entonces, admitir que sean frutos de experiencias habidas por la Seidad Espiritual, por medio de un alma. Han sido impresas en esta Seidad Espiritual, y como no han podido serlo en la presente vida, tenemos que admitir, pues, que lo han sido en una vida anterior. El espíritu humano es su propia especie. De la misma manera como el hombre, como ser físico genérico, transmite sus cualidades a su prole, dentro de la propia especie, así también el Espíritu transmite sus propias cualidades dentro de su especie, esto es, en sí mismo. ***En cada vida el espíritu humano comparece como repetición de sí mismo, con los frutos de las experiencias habidas en el curso de las existencias precedentes.*** La vida presente, por tanto, es la repetición de otras vidas y trae consigo lo que la Seidad Espiritual se ha incorporado de la vida anterior. Cuando la Seidad Espiritual acoge en sí algo que puede fructificar, se compenetra de Espíritu Vital. Como el cuerpo vital repite la forma dentro de la especie, así el Espíritu Vital, da al alma existencia individual en las vidas consecutivas.

De las consideraciones que preceden, ha sido avalorada la idea de que la causa de determinados acontecimientos de la vida del hombre, ha de buscarse en las repetidas vidas terrenas consecutivas. Esta representación adquiere su pleno significado a través de una observación originada en experiencias

espirituales, de la manera que se adquieren cuando nos encaminamos por el Sendero del Conocimiento que se describe al final de este libro. Aquí se quería demostrar solamente que una observación ordinaria, exactamente orientada por el pensamiento, basta para conducir a esta representación. Indudablemente que una observación semejante no podrá más que esbozar la representación, y ella no podrá protegerla eficazmente de las objeciones de una observación inexacta, no dirigida debidamente por el pensamiento. Por otra parte, es exacto que quien adquiere una representación por medio de la observación ordinaria guiada por el pensamiento, se prepara a la observación suprasensible, porque desarrolla algo que es necesario tener antes de esta observación suprasensible, así como es necesario el ojo, antes de la observación sensible. Quien objetara que por medio de la formación de tal representación se nos pueda autosugestionar la observación suprasensible, demuestra solamente su incapacidad de penetrar súbitamente la realidad con mente abierta y que, por este hecho precisamente, autosugestiona sus propias objeciones.

De este modo las experiencias del alma son conservadas duraderamente, no sólo entre los límites del nacimiento y la muerte sino más allá aún de esta. El alma imprime sus propias experiencias, no solamente en el espíritu, que en ella se refleja, sino que la imprime, como ha sido demostrado, también, en el mundo externo mediante **la acción**. Lo que el hombre realizó ayer, existe hoy como efecto. Una imagen de la relación entre causa y efecto a este propósito, nos la proporciona la comparación entre el sueño y la muerte. Muchas veces el sueño ha sido llamado el hermano menor de la muerte. Cuando nos levantamos por la mañana, reanudamos las actividades que fueron interrumpidas por la noche. En las condiciones ordinarias de la vida no es posible que por la mañana, al reanudar nuestras actividades, lo hagamos de un modo arbitrario, sino que debe ser la continuación del trabajo dejado ayer, si queremos que exista orden y coherencia en nuestra vida. Nuestras acciones de ayer determinan las que deberemos efectuar hoy. Con lo que hemos llevado a cumplimiento ayer, hemos creado nuestro destino de hoy. Por un tiempo dado, nos hemos apartado de nuestra actividad, pero ésta nos pertenece y nos atrae nuevamente después que hemos estado alejados algún tiempo. Nuestro pasado está ligado a nosotros, continúa viviendo en nosotros en el presente y nos seguirá también en el futuro. Si los efectos de nuestra actividad de ayer no debiesen ser nuestro destino de hoy, esta mañana no nos hubiéramos **despertado**, sino que deberíamos necesariamente haber sido creados de nuevo de la nada. En las condiciones ordinarias de la vida, sería absurdo que no habitáramos una casa que nosotros mismos nos hemos hecho construir. Como

el hombre no es creado de nuevo cada mañana, de la misma manera no lo es el espíritu cuando emprende el camino de su vida terrena. Procuremos comprender bien lo que sucede al principiar este camino de la vida. Compárese un cuerpo físico que recibe su forma por medio de las leyes de la herencia. Este cuerpo resulta vehículo de un espíritu que repite una vida anterior en forma nueva. En medio de estos dos está el alma, que lleva una vida propia, limitada en sí misma. Las simpatías y antipatías, los deseos y las pasiones están a su servicio y, además, ella pone a su servicio el pensamiento. Como alma semiente, recibe las impresiones del mundo exterior y las transmite al espíritu, para que éste extraiga los frutos para lo perdurable. Ella, como se ve, tiene parte de mediadora, y si cumple con esa parte, ha satisfecho su misión. El cuerpo le provee las impresiones; ella las transforma en sensaciones, las conserva en la memoria como representaciones y las cede al espíritu para que las lleve a través de la vida perdurable. El alma es aquello por lo cual el hombre pertenece a su vida terrena. Por medio del cuerpo, pertenece a la especie física humana; por él, el hombre forma parte de tal especie. Con el espíritu vive en un mundo superior. El alma relaciona temporariamente los dos mundos.

Pero el mundo físico al que llega el espíritu humano no es para él un campo de acción desconocido; éste tiene impresas las huellas de sus acciones. Por tanto, existe algo en este campo que pertenece al espíritu, que lleva la impronta de su ser, y que tiene afinidad con él. Como el alma, en el pasado, transmitió al espíritu las impresiones del mundo externo, para que en él se hicieran duraderas, así el alma, como órgano del espíritu, transformó las facultades que éste le confiriera en acciones, que son también duraderas en sus efectos. Con esto, el alma ha impregnado verdaderamente aquellas acciones, y en los efectos de sus acciones, el alma del hombre continúa viviendo una segunda vida independiente. Esto proporciona la ocasión de observar cómo las vicisitudes del destino se producen en esta vida. Algo ocurre en la vida del hombre; de primera intención, tiende a considerar a tal ocurrencia como algo que sucede casualmente en el curso de su vida; pero puede darse cuenta cómo él mismo es el resultado de tales casualidades. Quién se considere a sí mismo a los cuarenta años de su vida y, frente a la pregunta en torno a la naturaleza de su alma, no quiera detenerse en una representación vana y abstracta del *yo*, puede decirse a sí mismo: “Yo soy otra cosa que el resultado de lo que, conforme al destino, ha ocurrido hasta hoy en mi vida”. ¿Acaso no sería diferente si, por ejemplo, a los veinte años, hubiese tenido una serie de experiencias distintas de las que ha tenido?. Entonces no buscaría a su yo

solamente en aquellos impulsos evolutivos, que parten del interior, sino en aquello que desde el exterior determina el curso de su vida. En lo que “le sucede”, reconocerá el propio *yo*. Si nos abandonamos sin otras preocupaciones a esta idea, entonces basta un paso ulterior en la observación más íntima de la vida, para ver, en lo que nos sucede en determinada experiencia del destino, algo que se apodera del *yo* desde el exterior, del mismo modo como el recuerdo actúa desde el interior para hacer reflejar nuevamente una experiencia pasada. De este modo podemos hacernos capaces de percibir, en las experiencias del destino, cómo una acción anterior del alma toma el camino hacia el *yo*, así como en el recuerdo una experiencia pasada toma el camino hacia la representación, cuando se presenta el motivo exterior. Anteriormente ha sido considerada posible la idea de que las consecuencias de la acción puedan volver nuevamente al alma humana. En su actual vida terrena, con respecto a las consecuencias en determinadas acciones, está excluido semejante encuentro, porque esta vida terrena tiene, precisamente, que cumplir esa acción. La experiencia está entonces en el cumplimiento de la acción. Una determinada *consecuencia* de la acción no puede, en tal caso, presentarse al alma, así como no se puede recordar una experiencia que esté realizando ahora. Solamente puede tratarse, a este respecto, de experiencias que son consecuencias de acciones que no encuentran al *yo*, con las disposiciones que este *yo* tiene en la vida terrena en la que lleva a cabo la acción. La mirada puede dirigirse solamente hacia consecuencias de acciones de otras vidas terrenas; por consiguiente, apenas se siente que la experiencia del destino que, aparentemente, nos sucede, está relacionada con el *yo*, como lo está aquello que, de la interioridad este mismo *yo* se forma, no se puede menos que pensar que semejante experiencia del destino tenga que ver con las consecuencias de acciones de vidas terrenas anteriores. Se ve cómo una concepción íntima de la vida, guiada por el pensamiento, nos conduce a admitir lo que parece paradójal para la conciencia ordinaria, esto es, que las experiencias que nos trae el destino en una vida terrena se relacionan con las acciones de vidas terrenas precedentes. Esta representación, sin embargo, puede obtener su pleno contenido sólo por medio del conocimiento suprasensible; sin éste, queda apenas esbozado. No obstante, ella prepara a su vez al alma para que, partiendo de la conciencia ordinaria, pueda ver la verdad de aquella representación mediante una observación verdaderamente suprasensible.

Sólo una parte de la acción está en el mundo externo; la otra está en uno mismo. Un simple ejemplo sacado de la ciencia natural podrá hacer clara esta

relación del *yo* con la acción. Los animales inmigrados en la caverna de Kentucky dotados de órganos visuales, perdieron su facultad de ver, como consecuencia de su vida en las cavernas. La permanencia en la oscuridad hizo cesar a sus ojos en su función. Como en aquellos ojos cesó la actividad física y química que acompaña a la función de ver, la comente nutritiva que antes era empleada en aquella actividad, afluye desde entonces hacia otros órganos. Ahora, dichos animales pueden vivir en aquellas cavernas porque determinaron mediante una acción — la entrada en dichas cavernas — las condiciones de su vida futura; su inmigración ha resultado una parte de su destino: un ser que haya cumplido una acción queda sujeto a los resultados de la acción. Así es también para el espíritu humano; el alma ha podido transmitirle ciertas facultades sólo en cuanto ella era activa; estas facultades están de acuerdo con las acciones. Por medio de una acción efectuada por el alma, vive en esta última una disposición plena de fuerza para efectuar otra acción que es fruto de la primera. Esto es algo que el alma lleva en sí como una necesidad hasta que esta segunda acción haya sido cumplida. Se puede decir también, que por medio de una acción se imprime en el alma la necesidad de cumplir la consecuencia de esta acción.

Verdaderamente, mediante sus acciones, el espíritu humano ha preparado su destino: en una nueva vida se encontrará ligado a los hechos cumplidos por él en la vida anterior. Cualquiera podría preguntarse: ¿Cómo puede ser esto, si el espíritu humano, en su nueva encarnación, es transferido a un mundo completamente distinto de aquel que dejó hace ya tiempo?. Semejante pregunta está fundada sobre una idea muy superficial del encadenamiento del destino. Si uno de nosotros se trasladara de América a Europa, se encontraría también en un ambiente completamente nuevo: su nueva vida en Europa dependería enteramente de la vida precedente en América. Por ejemplo, si en ésta ha sido un obrero mecánico, su vida en Europa tomaría una dirección bien diferente a la que hubiera tomado si hubiera sido empleado bancario. En el primer caso, también en Europa se encontraría probablemente con que tendría que trabajar en mecánica; en el segundo, en alguna institución bancaria. En todo caso, su vida presente determinará las condiciones de su nuevo ambiente, atrayendo por así decir, de todo el ambiente, aquellas cosas que le son afines. Lo mismo acontece con la Seidad Espiritual: se rodea en la vida, necesariamente, de lo que le es afín, como continuación de la vida anterior. Por esto, el sueño es una buena imagen de la muerte, porque también durante el sueño el hombre está alejado del campo de acción en el cual lo espera su destino. Mientras dormimos, los

acontecimientos continúan desarrollándose en aquel campo y durante ese tiempo no tenemos influencia alguna sobre aquel desarrollo. No obstante, nuestra vida, cada nuevo día, depende de los efectos de las acciones realizadas en el día anterior. Realmente, nuestra personalidad se reencarna cada mañana de nuevo, en el mundo de nuestra actividad. Podríamos decir que, durante el día, nos incorporamos otra vez a aquello que en la noche estuvo separado de nosotros. Así ocurre también con las acciones efectuadas en las encarnaciones precedentes. Están unidas a él como su destino, como la vida en las cavernas oscuras está unida a los animales que perdieron la vista debido a la inmigración en ollas. Como dichos animales no pueden vivir sino en aquel ambiente al cual ellos mismos se han transferido, así el espíritu humano puede vivir sólo en aquel ambiente que, por sus propias acciones, él mismo se ha creado. El curso directo de los acontecimientos hace que encontremos a la mañana el estado de cosas que hemos creado en el día anterior; y la afinidad de nuestro espíritu, nuevamente incorporado con las cosas del ambiente, tiene por efecto que, volviendo a encarnarnos, encuentre un ambiente correspondiente al resultado de nuestras acciones en la vida precedente. De todo esto se puede formar una idea de cómo el alma está incorporada a la entidad del hombre. El cuerpo físico está sometido a las leyes de la herencia, en cambio el espíritu torna a reencarnar siempre de nuevo, llevando consigo por ley, los frutos de las vidas precedentes a las nuevas vidas. El alma vive en el presente; no obstante, esta vida en el presente no es independiente de las vidas pasadas, desde que el Espíritu al encarnarse, trae consigo el destino de las encarnaciones anteriores y este destino determina la vida. Las impresiones que sufrirá el alma, los deseos que podrá satisfacer, las alegrías y dolores por los cuales pasará, los hombres que encontrará, todo esto depende de la naturaleza, de las acciones llevadas a cabo por el Espíritu en otras encarnaciones. Las almas con quienes el alma ha estado unida en una vida, deberán ser encontradas en la siguiente, porque los actos que entre ellas se han realizado, deben tener sus consecuencias. Un alma tiende a la reencarnación simultáneamente con aquellas que han estado unidas a ella y recíprocamente. En consecuencia, la vida del alma es el resultado del destino creado por el mismo espíritu humano. Por tanto, tres son las cosas que determinan el curso de la vida del hombre entre el nacimiento y la muerte, y por esta razón, depende de una manera triple de factores que están más allá de estos dos términos. El cuerpo está sujeto a las leyes de la *herencia*; el alma está sometida al destino que ella misma se ha creado. Este destino que el hombre se ha creado, es lo que se llama *karma*, usando un término antiguo; y el

espíritu obedece a las leyes de la *reencarnación*, de las repetidas vidas terrestres.

Por tanto, podemos expresar las relaciones entre el espíritu, el alma y el cuerpo, del modo siguiente: el espíritu es eterno; la corporeidad está sometida al nacimiento y a la muerte según las leyes del mundo físico; la vida del alma que está sometida al destino, se interpone para unir al espíritu con la corporeidad durante el curso de una vida terrestre. Para todo ulterior conocimiento sobre la entidad del hombre es necesario conocer los “tres mundos” a los que pertenece. De esto trataremos en el capítulo siguiente.

El pensamiento vivo que observa sin prejuicios los fenómenos de la vida y no teme considerar las ideas que se le presentan, hasta sus últimas consecuencias, *puede llegar*, mediante la sola lógica, a la idea de las vidas terrenas sucesivas y a las leyes del Destino. De la misma manera como es verdad que para el clarividente se presentan las vidas anteriores como en un libro abierto, así también, así también, la verdad de todo esto puede presentarse con la misma claridad a la razón que lo contempla. (Compárese esto que se ha dicho con las “Observaciones y notas” que se hallan al final del libro).

LOS TRES MUNDOS

I. EL MUNDO ANÍMICO

El examen del hombre ha demostrado que pertenece a tres mundos. El mundo de la corporeidad física provee las materias y las fuerzas que constituyen el cuerpo; el hombre adquiere conocimientos de este mundo por medio de las percepciones de los sentidos físicos externos. El que se fia únicamente de estos sentidos y desarrolla solamente las facultades de percepción de dichos sentidos, no puede adquirir noción alguna de los otros dos mundos, esto es, del mundo anímico y del mundo espiritual. Adquirir la persuasión de la realidad de un objeto o de un ser, depende de que se tenga un órgano o un sentido para percibirlo. Naturalmente, es fácil caer en malentendidos si, como aquí se ha dicho, los órganos de la percepción superior son llamados sentidos espirituales; porque cuando se habla de sentidos, de hecho se los relaciona con la idea del físico; tanto es verdad, que el mundo físico es también caracterizado con el nombre de mundo sensorial, en oposición al mundo espiritual. Para evitar este malentendido, es necesario tener en cuenta que hablamos de sentidos superiores figuradamente. Como los sentidos físicos perciben lo que es físico, del mismo modo, los anímicos y espirituales perciben lo que es anímico y espiritual. Usamos el término *sentido* únicamente para designar los órganos de percepción. El hombre no tendría noción alguna de luz o de color si no tuviera los ojos sensibles a la luz, ni podría saber nada del sonido si los oídos no fuesen sensibles al sonido. A este respecto, dice el filósofo Lotze: “Donde no existiese el ojo sensible a la luz y el oído abierto al sonido, todo el mundo sería oscuro y silencioso. No habría en él luz ni sonido, como no podría haber dolor de muelas si no existiese dentro de éstas un nervio sensible al dolor”. Para comprender en su verdadero sentido todo cuanto se ha dicho, es necesario considerar cuan diferente debe aparecer el mundo a aquellos organismos inferiores, que poseen solamente sobre toda la superficie de su cuerpo una especie de sentido del tacto. Luz, color y sonido no existen, ciertamente, para semejantes organismos en igual sentido como para los demás seres provistos de ojos y oídos. Quizás ejercen también un efecto sobre ellos las vibraciones del aire causadas por un disparo de fusil, si éstas le llegan; pero para que tales vibraciones se manifiesten al

alma como una detonación, es necesario que haya un órgano auditivo; de la misma manera, es necesario un órgano visual para que ciertos procesos en la materia sutilísima del éter, se manifiesten como luz y color. El hombre sabe algo de un objeto, de un ser, únicamente si recibe una impresión o un efecto mediante uno de sus órganos. Estas relaciones del hombre con el mundo de la Realidad están expresadas magistralmente en las siguientes palabras de Goethe: “Verdaderamente, nos fatigamos en vano para expresar la naturaleza de una cosa. No percibimos más que efectos; y una historia completa de tales efectos quizás abarcaría la naturaleza de aquella cosa. En vano nos cansaremos de describir el carácter de un hombre; en cambio, si reunimos todas sus acciones, las obras que ha llevado a cabo, se nos presentará al instante una imagen de su carácter; los colores son las actividades de la luz, actividades y sufrimientos. Los colores y la luz tienen entre sí relaciones estrechísimas, pero a ambas debemos considerarlas como pertenecientes a toda la Naturaleza, porque es toda la Naturaleza que por aquel medio se quiere revelar de un modo particular al sentido de la vista. Así también la Naturaleza se revela a otros sentidos... desciende a hablar a otros sentidos, a sentidos conocidos, mal conocidos y desconocidos; así, se habla a sí misma y a nosotros por medio de mil fenómenos. Para aquel que está atento nunca está muerta ni muda”. Sería un error interpretar estas palabras como si ellas cegasen la posibilidad de conocer la naturaleza esencial de las cosas. Goethe no entendía decir que se perciben solamente los efectos de una cosa, y que detrás de los efectos está oculta la naturaleza de la cosa. Más bien, consideraba que no se debe hablar de ningún modo de tal esencia oculta. La naturaleza esencial de una cosa no está detrás de la manifestación de la misma; más bien se revela a través de la manifestación. Sólo que esta esencia es frecuentemente de tanta variedad, que puede manifestarse a otros sentidos también en otras formas. Lo que se manifiesta pertenece a la esencia, pero por causa de la limitación de los sentidos, no es toda la esencia. Esta concepción de Goethe está perfectamente de acuerdo con todo lo espiritual científico como nosotros lo entendemos.

Como en el cuerpo se desarrollan los ojos y los oídos como órganos de percepción, como sentidos para los procesos físicos, así el hombre es capaz de desarrollar dentro de sí los órganos de percepción anímicos y espirituales, por medio de los cuales se le abre el mundo anímico y espiritual. Para quien no posee tales sentidos espirituales, estos mundos son tinieblas y silencio, como el mundo corpóreo lo es para un ser privado de los órganos de la vista y del oído. En verdad, la relación del hombre con estos sentidos superiores es

diferente de su relación con los sentidos físicos. Del desarrollo perfecto de estos últimos se encarga la Madre Naturaleza, sin la ayuda del hombre. En cambio, el desarrollo de los sentidos superiores, necesita que trabaje él mismo; tiene que cultivar el alma y el espíritu si quiere recibir el mundo anímico y el espiritual, tal como la Naturaleza ha trabajado y cultivado su cuerpo, para que él pueda percibir las cosas del ambiente físico y se pueda orientar. Semejante desarrollo de los órganos superiores, que la Naturaleza por sí misma no ha desarrollado todavía, no es contrario a la Naturaleza, pues en sentido más elevado todo lo que el hombre realiza pertenece a la Naturaleza. Sólo quien pretenda que el hombre deba permanecer en ese grado de evolución en el cual ha sido puesto por la mano de la Naturaleza, podría llamar contrario a la misma el desarrollo de los sentidos superiores. Este desconocería el significado de tales órganos en el sentido de la frase citada de Goethe, pero debería entonces combatir toda educación del hombre porque ésta también continúa la obra de la Naturaleza. Y aun más, debería oponerse a la operación de los ciegos de nacimiento, porque pueden ser comparados a ellos, después de la operación, los que por sí mismos han despertado los sentidos superiores, del modo descrito en la última parte de este libro. A los que han despertado el sentido espiritual, el mundo se les aparece dotado de nuevas cualidades, muy variado en procesos y en hechos de los que los sentidos físicos no revelan nada; y comprenden que nada se agrega arbitrariamente a la realidad mediante tales órganos superiores, pero que sin éstos les hubiera quedado oculta la parte esencial de aquella realidad. El mundo anímico y el espiritual no están juntos al mundo físico o fuera de éste, no están separados del mismo modo en el espacio, pero como para el ciego de nacimiento, después de la operación, el mundo, antes oscuro, irradia luz y color, así ocurre a aquel que ha despertado al alma y al espíritu; objetos que se le manifestaban sólo físicamente, le revelan sus propias cualidades anímicas y espirituales. Indudablemente, estos mundos contienen también procesos y entidades que no son, ciertamente, conocidos por aquellos que no han despertado para la percepción anímica y espiritual. (Más adelante se tratará en forma más particularizada el desarrollo de los sentidos superiores; momentáneamente, describiremos aquí sólo estos mundos superiores. Quien niega la existencia de dichos mundos, demuestra simplemente no haber desarrollado todavía sus órganos superiores. La evolución de la humanidad no termina en ningún grado: prosigue siempre).

A menudo, involuntariamente, nos imaginamos los órganos superiores demasiado semejantes a los físicos; pero es necesario darse cuenta que, con respecto a tales órganos, se trata de formaciones espirituales o anímicas; por

tanto, no debe suponerse que lo que se percibe en los mundos superiores sea, simplemente, materia más enrarecida, como nebulosa. Mientras se suponga semejante cosa, no se podrá llegar a una idea clara de lo que verdaderamente entendemos aquí por mundos superiores. Para muchas personas, no sería difícil, como lo es en realidad, conocer algo de estos mundos superiores — al principio, naturalmente, las cosas más elementales —, si no se imaginasen, que lo que deben percibir, debe ser algo semejante a lo físico, pero enrarecido. Luego de dejar sentada esta premisa, no quieren creer, generalmente, de lo que se trata en realidad. Lo encuentran irreal, no lo reconocen como algo satisfactorio. Ciertamente, los grados superiores de la evolución espiritual, no son de fácil acceso, pero el grado en que se llega a reconocer la naturaleza del mundo espiritual, y esto ya es mucho, no sería tan difícil de obtener, si la gente quisiera, ante todo, liberarse del prejuicio de creer que lo anímico y lo espiritual sean algo así como lo físico, pero más sutil.

Como no conocemos a un hombre completamente, cuando no tenemos más que la representación de su apariencia exterior, del mismo modo conocemos el mundo que nos rodea, ya que no sabemos de él más que lo poco que nos revelan los sentidos físicos. Así como para nosotros un retrato adquiere vida, se anima, cuando la persona representada nos es tan familiar que conocemos hasta su alma, así llegamos a comprender, bien el mundo físico cuando aprendemos a conocer su fundamento anímico y espiritual. Por esto, nos parece más útil, tratar primero los mundos superiores, esto es, el mundo anímico y espiritual, para juzgar después el mundo físico desde el punto de vista científico espiritual.

Hablar de los mundos superiores en la época actual de nuestra cultura, es algo difícil, porque ésta se distingue sobre todo por el conocimiento y la conquista del mundo corpóreo. Todas nuestras palabras han recibido su impronta y su significado en relación con el mundo corpóreo; sin embargo, es necesario adoptar estas palabras usuales, para poder partir de cosas conocidas. Con esto queda abierta la puerta al malentendido, para aquellos que se fían demasiado de sus sentidos externos. Muchas cosas pueden expresarse mediante símiles y señalarse apenas; pero así tiene que ser, porque estas semejanzas son uno de los medios por los cuales el hombre es dirigido, al principio, hacia los mundos superiores, las que, al mismo tiempo, le facilitan el acceso a ellos. De este ascenso hablaremos en uno de los siguientes capítulos, donde trataremos del desarrollo de los órganos de percepción anímicos y espirituales. En el principio, los hombres deben tomar nota de los mundos superiores por medio de semejanzas; únicamente después de esto,

podrán tratar de dirigir su mirada directamente hacia ellos.

Como las materias y las fuerzas que componen y rigen nuestro estómago, nuestro corazón, nuestros pulmones y nuestro cerebro, etc., provienen del mundo corpóreo, así nuestras cualidades anímicas, nuestros impulsos, deseos, sentimientos, pasiones y sensaciones, provienen del mundo anímico. El alma del hombre es una parte de este mundo anímico, así como su cuerpo es una parte del mundo físico corpóreo. Si se quisiera indicar en qué cosa el mundo corpóreo difiere del anímico, sería preciso decir que en este último, en todas las cosas y seres es mucho más sutil, más movable, más plástico que el primero; pero es necesario tener siempre presente que entrando en el mundo anímico vamos a encontrar un mundo totalmente nuevo y diferente del físico. Entonces, si aquí se habla de más grosero y de más sutil, será necesario recordar que empleamos términos de comparación, para dar una idea de cosas radicalmente diferentes de aquellas a que estos calificativos se aplican usualmente. Y así es con todo lo que se dice respecto del mundo anímico con palabras del mundo físico. Teniendo presente esto, se puede decir que las formas y los seres del mundo anímico, están constituidos de substancia anímica y regidos por fuerzas anímicas, de la misma manera como sucede en el mundo físico para las materias y fuerzas físicas.

Como las formaciones corpóreas tienen la característica de la extensión y el movimiento en el espacio, así las cosas y los seres anímicos tienen las características de la sensibilidad y del deseo impulsivo. Por esto el mundo anímico es llamado también el “mundo de los deseos”, usando una denominación que se refiere al mundo anímico del hombre. Es necesario, por tanto, tener presente que las cosas de dicha parte del mundo anímico que están fuera del alma humana, son del mismo modo, diversas de las fuerzas anímicas de éstas, tanto como las materias y las fuerzas físicas del mundo corpóreo exterior difieren de las partículas que componen el cuerpo humano. (Los términos impulso, deseos, pasión, son designaciones para la substancialidad del mundo anímico; esta substancialidad es llamada astral. Si se consideran especialmente las fuerzas del mundo anímico, se puede hablar como de esencia del deseó. Pero no hay que olvidar que la distinción entre fuerza y materia no puede ser tan demarcada como en el mundo físico. Un impulso suele ser llamado igualmente tanto fuerza como materia).

Para quien consigue por primera vez echar una mirada al mundo anímico, la diversidad con el mundo físico le ocasiona no poca confusión. Lo mismo se verifica también cuando un sentido físico, hasta entonces inactivo, se despierta. También el ciego de nacimiento, después de la operación que le

ha proporcionado la vista, debe aprender a orientarse en el mundo que anteriormente conocía sólo por medio del tacto. Por ejemplo, ve al principio los objetos dentro del ojo; más tarde los ve afuera, y todo le parece todavía como pintado sobre una superficie plana. Paulatinamente va comprendiendo la perspectiva, la distancia recíproca de los objetos, etc. En el mundo anímico rigen leyes totalmente diversas de las del mundo físico. Es verdad que muchas formas anímicas están relacionadas con la de otros mundos, como por ejemplo, el alma del hombre, tiene relación con el cuerpo físico y con el espíritu humano. Por eso, los procesos que pueden observarse en el alma humana sufren, al mismo tiempo, la influencia del mundo físico y del mundo espiritual. Es necesario tener en cuenta este hecho en las observaciones del mundo anímico y no deben considerarse como leyes anímicas, las que provienen de la influencia de otro mundo. Por ejemplo, cuando un hombre manifiesta un deseo, éste es siempre producto de un pensamiento, de una imagen del espíritu y, naturalmente, sigue las leyes de éste. Y como es posible establecer las leyes del mundo físico, haciendo abstracción de la influencia del hombre sobre los procesos físicos, del mismo modo se puede proceder para el mundo anímico.

Una diferencia importante entre los procesos anímicos y los físicos puede expresarse diciendo que la recíproca acción en los primeros, es mucho más interiorizada que en los segundos. En el espacio físico, por ejemplo, domina la ley de la fuerza de la propulsión. Si una bola de marfil choca contra otra que está inmóvil, esta otra comienza a moverse en una dirección que puede ser calculada por el movimiento y elasticidad de la primera. En el mundo anímico, la recíproca acción de dos formas que se encuentran, depende de sus cualidades interiores; si son afines, se interpenetran y, por decirlo así, se fusionan; pero si sus naturalezas son opuestas, se rechazan. En el espacio corpóreo, por ejemplo, existen, para la vista, determinadas leyes; los objetos lejanos se ven, en razón de la perspectiva, empequeñecidos. Si miramos una avenida arbolada, los árboles más distantes, por ley de perspectiva, aparecen mucho más cerca unos de otros de los que nos están más próximos. En el espacio anímico, en cambio, todas las cosas, próximas o lejanas, aparecen al clarividente distanciadas de acuerdo con la naturaleza interior de ellas. Esta es, naturalmente, una fuente de múltiples y variados errores para quien entra en el espacio anímico y quiere aplicar en él las leyes del mundo físico a que está habituado.

Para orientarse en el mundo anímico es indispensable, ante todo, aprender a distinguir las distintas categorías de sus formas, como en el mundo

físico se distinguen los cuerpos sólidos, los líquidos y los gaseosos; pero para llegar a esto, es necesario conocer las dos fuerzas fundamentales que ahí tienen mayor importancia; podemos llamarlas la simpatía y la antipatía. La categoría de un cuerpo anímico se determina precisamente, según el modo con que estas fuerzas fundamentales operan en él. Llamamos simpatía a la fuerza con que un cuerpo anímico atrae a otros, manifiesta afinidad con los mismos y busca confundirse en ellos; y llamamos antipatía a la fuerza opuesta, de repulsión, de exclusión, con la cual los cuerpos anímicos afirman su propia identidad. La parte que una forma anímica manifiesta en el mundo anímico depende de la medida en que una u otra de esas fuerzas fundamentales exista en ella. Podemos distinguir entonces, tres primeras categorías de formas anímicas, según como operan en ellas la simpatía y la antipatía: difieren por la proporción recíproca, bien determinada, de la simpatía y la antipatía, que haya en ellas; estas dos fuerzas fundamentales existen en las tres clases. Examinemos una forma de la primera clase. Esta atrae otros cuerpos de su ambiente en virtud de la simpatía que le es inherente, pero además de esta simpatía, existe simultáneamente en ella la antipatía, mediante la cual rechaza lo que existe en el ambiente que lo rodea. Desde afuera, una forma semejante parecerá dotada solamente de fuerza de antipatía, lo que no es verdad. Contiene simpatía y antipatía, predominando ésta última. Tales formas representan, se diría, un papel egoísta en el mundo anímico, pues rechazan muchas formas y atraen bien pocas con simpatía hacia sí. Es por esto que atraviesan el espacio anímico como formas casi inmutables. La fuerza de simpatía que les es inherente las hace aparecer ávidas, pero esa avidez se muestra insaciable, imposible de satisfacer, porque la antipatía predominante rechaza tantas formas como le salgan al encuentro, que no le es posible llegar a satisfacerse.

Para comparar las formas anímicas de esta clase con algo del mundo físico, se podría decir que corresponden a los cuerpos sólidos físicos. Podemos llamar a esta región o categoría de la materia anímica la región del *deseo ardiente*; la cantidad de esta materia contenida en el alma de los animales y de los hombres, determina en ellos lo que llamamos los bajos impulsos sensuales y los preponderantes instintos egoístas. La segunda clase de formas anímicas comprende aquellas en las que las dos fuerzas fundamentales se mantienen en equilibrio, por tanto, la simpatía y la antipatía actúan con igual fuerza. Tales formas se presentan ante las otras con una cierta neutralidad, mostrándose afines con ellas pero sin atraerlas ni rechazarlas mayormente. No trazan, por decirlo así, un límite bien determinado entre ellas mismas y su ambiente,

dejándose influenciar continuamente por otras formas circundantes. Por esto pueden ser comparadas a las sustancias líquidas del mundo físico, y en lo que semejantes formas atraen a lo demás no se manifiesta avidez alguna. La acción de que se habla aquí existe, por ejemplo, cuando el alma humana tiene la sensación de un color. Si percibimos el color rojo, ante todo, recibimos un estímulo neutro que proviene del ambiente. Solamente cuando a tal estímulo se agrega el agrado del color rojo, entra en juego otra acción anímica. Las que producen un estímulo neutro son, precisamente, las fuerzas anímicas en las que la simpatía y la antipatía se encuentran en equilibrio. La substancialidad anímica que a tales formas se refiere, deberá considerarse como completamente plástica, fluida; no atraviesa el espacio anímico cargada de egoísmo, como la materia de la primera clase, sino que se muestra susceptible a impresiones de todas partes y afín a muchas formas que encuentra. Se la podría designar: *excitabilidad fluida*. El tercer grado de formas anímicas es aquel en que la simpatía predomina sobre la antipatía. Esta última tiene todavía como efecto una cierta tendencia hacia la separación egoísta, pero ésta cede ante la tendencia atractiva hacia las demás formas del ambiente. Representémonos una forma así en el espacio anímico: aparece como el centro de una esfera de atracción, la que se extiende sobre los objetos del ambiente circundante. Tales formas deben ser especialmente indicadas como substancia *de deseo*. Tal designación nos parece apropiada, porque existiendo antipatía que se manifiesta en forma más débil que la simpatía, la atracción se ejerce de modo que tiende a llevar los objetos atraídos a la esfera de aquella forma. Con esto la simpatía adquiere también un tono de fundamental egoísmo. Esta substancia de deseo puede ser comparada a los cuerpos aeriformes o gaseosos del mundo físico, porque igual que éstos, tiene la tendencia a expandirse en todas direcciones.

Los grados superiores de substancialidad anímica se caracterizan porque una de sus fuerzas fundamentales, la antipatía, se retira completamente, quedando activa tan sólo la simpatía. Esta puede, ante todo, hacerse valer entre los mismos elementos de la forma anímica. Estos elementos ejercen atracción recíproca entre sí; la fuerza de la simpatía en lo interno de una forma anímica se manifiesta en lo que llamamos placer, y cada disminución de simpatía interna conduce a la indiferencia, esto es, por tanto, un placer disminuido, como el frío no es otra cosa que disminución de calor. Placer e indiferencia son, precisamente, lo que forma en el hombre el mundo de los sentimientos en un sentido restringido. Sentir no es otra cosa que la actividad del alma dentro de sí misma, y del modo cómo los sentimientos de *placer o*

disgusto actúan en el alma, depende lo que llamamos su bienestar.

En un grado todavía más elevado, están las formas anímicas en las que la simpatía no está confinada en los límites de la propia vida. Se distinguen de los otros tres grados más bajos, como ya se distinguía el cuarto, porque en aquéllos la simpatía no tiene que oponerse a la antipatía antagónica. Sólo por medio de estas clases superiores de substancia anímica, la gran variedad de formas anímicas puede unirse y formar un común mundo anímico. Mientras existe antipatía, la forma anímica tiende a reforzarse y enriquecerse en el interés de su propia vida. Cuando la antipatía calla, lo demás es aceptado como una manifestación, una exteriorización. Esta forma más elevada de materia anímica, representa en el mundo anímico poco más o menos, el mismo papel que la *luz* en el espacio físico. Hace de manera que una forma anímica absorba por amor a ella la existencia y la esencia de las otras o, en otras palabras, se deja iluminar por ellas. Los seres anímicos se despiertan a la verdadera vida anímica en cuanto extraen materia de estas regiones más elevadas: sus vidas obtusas se abren en la obscuridad hacia lo exterior, se iluminan e irradian luz propia en el espacio anímico; la actividad lenta, sorda en lo interno, que querría aislarse a fuerza de antipatía en el lugar donde están presentes las substancias de las regiones más bajas, resulta *fuerza* y vivacidad, que surge en lo interno y se expande por fuera en amplias ondas. La excitabilidad fluida de la segunda región se hace más activa solamente cuando dos formas anímicas se encuentran, fundiéndose entonces una en la otra. Pero en este caso, es indispensable contacto directo, mientras en las regiones más elevadas reinan la radiación y la expansión libres. La naturaleza esencial de esta región ha sido exactamente descrita como una irradiación, porque la simpatía que se desarrolla obra de tal modo, que bien se puede emplear el término irradiación, referente a la acción de la luz. Como una planta languidece en un sótano, así las formas anímicas perecen cuando se ven privadas de las regiones más elevadas. La luz anímica, fuerza anímica activa, y la verdadera *vida anímica*, en sentido más restringido, pertenecen a estas regiones, y de éstas son comunicadas a los seres anímicos.

Debemos entonces distinguir tres regiones inferiores y tres superiores en el inundo anímico, y una intermedia, la cuarta, de modo que podemos dar un esquema divisorio del mundo anímico de la siguiente manera:

- 1° Región de la avidez ardiente.
- 2° Región de la excitabilidad fluida.
- 3° Región de los deseos.

- 4° Región del placer y del disgusto.
- 5° Región de la luz anímica.
- 6° Región de la fuerza anímica activa.
- 7° Región de la vida anímica.

En las tres primeras regiones, las formas anímicas adquieren sus propiedades, según la proporción de simpatía y antipatía; en la cuarta región, la simpatía obra en las formas anímicas mismas; en las tres superiores, la fuerza de la simpatía se hace cada vez más libre, las sustancias anímicas de estas regiones se expanden resplandecientes y vivificantes a través de todo el espacio anímico, despertando lo que de otro modo se perdería en la propia existencia egoísta.

Podrá parecer superfluo, pero para mayor claridad, se hace presente que estas siete partes del mundo anímico no representan regiones separadas entre sí.

Como las sustancias sólidas, líquidas y gaseosas del mundo físico se interpenetran recíprocamente, así lo que hemos llamado la sed ardiente, la excitabilidad fluida y la fuerza del mundo de los deseos se interpenetran en el mundo anímico. Por lo demás, como el calor compenetra los cuerpos físicos y como la luz los ilumina, así sucede en el mundo anímico con respecto al placer y al disgusto que lo compenetran y a la luz anímica que lo ilumina, y similarmente se comportan la fuerza anímica activa y la verdadera luz anímica.

II. EL ALMA EN EL MUNDO ANÍMICO DESPUÉS DE LA MUERTE

El alma es el eslabón entre el espíritu del hombre y su cuerpo. Sus fuerzas de simpatía y de antipatía, por su proporción y relación recíproca, producen las exteriorizaciones del alma: deseos, excitaciones, placer y dolor, etc., no obran solamente entre una y otra forma anímica, sino que se manifiestan también con respecto a los seres de los otros mundos, esto es, del físico y del espiritual. Mientras el alma mora en el cuerpo toma parte en lo que ocurre en éste. Cuando las funciones físicas del cuerpo se cumplen regularmente, se produce en el alma placer y bienestar, y disgusto y dolor se derivan del hecho contrario. El alma participa también de la actividad del espíritu; mientras un pensamiento le causa alegría, otro puede despertarle horror, mientras un juicio exacto encuentra su aprobación, otro, falso, le proporciona disgusto. Podemos decir también, que el grado de evolución de un hombre depende de la inclinación de su alma hacia una u otra de aquellas direcciones; cuanto más su alma simpatice con las manifestaciones del espíritu, tanto más será¹ perfecto, y estará tanto más lejano de la perfección, cuanto más las inclinaciones de su alma se satisfagan con las funciones del cuerpo.

El espíritu es el centro del hombre; el cuerpo es el mediador a través del cual el espíritu observa y conoce el mundo físico y actúa en él; el alma es la mediadora entre el espíritu y el cuerpo. Es ella la que, de la impresión física originada en el oído, mediante la vibración del aire, despierta la sensación del sonido y experimenta el placer producido por él. Todo esto es comunicado por ella al espíritu, quien adquiere así la comprensión del mundo físico. Un pensamiento que surge en el espíritu es transformado por el alma en deseo de realización, y sólo así, mediante la ayuda del instrumento corpóreo, puede ser traducido en acción. El hombre puede cumplir su misión solamente si se hace dirigir por el espíritu en todas las acciones. El alma, por sí misma, puede dirigir sus inclinaciones tanto a lo que es físico como hacia lo que es espiritual. Puede, por decirlo así, tender sus tentáculos tanto hacia el mundo físico como hacia lo que es espiritual. Cuando los sumerge en el mundo físico, su ser es compenetrado y coloreado por la naturaleza física y como el espíritu puede actuar en el mundo físico sólo por medio del alma, se le da así al

espíritu dirección hacia lo físico; sus formas son atraídas por las fuerzas del alma hacia lo físico. Si observamos a un hombre poco evolucionado, vemos que las inclinaciones de su alma dependen de las funciones del cuerpo. Encuentra placer, únicamente, en las impresiones que produce el mundo físico sobre sus sentidos. Consecuentemente, su vida intelectual es arrastrada también hacia esa esfera; sus pensamientos sirven únicamente para satisfacción de las necesidades de la vida física. La Seidad Espiritual, que vive de encarnación en encarnación, tendrá que ser dirigida cada vez más por el espíritu, sus conocimientos deberán ser determinados por el espíritu de la verdad eterna y sus acciones dirigidas por la bondad eterna.

La muerte, considerada como un hecho del mundo físico, significa un cambio de las funciones del cuerpo físico; éste cesa de ser, por su propia constitución, el intermediario entre el alma y el espíritu. El cuerpo se muestra entonces completamente sujeto en sus funciones al mundo físico y a sus leyes; el cuerpo pasa a formar parte del mundo físico donde se desintegra. Sólo estos procesos físicos del cuerpo pueden ser observados con nuestros sentidos físicos, en tanto que, en el período que sigue a la muerte, escapa a nuestros sentidos lo que ocurre entonces al alma y al espíritu. Verdaderamente, también durante la vida, el alma y el espíritu son accesibles a nuestros sentidos sólo en cuanto se manifiestan exteriormente en procesos físicos. Semejante manifestación no es posible después de la muerte; por consiguiente, la observación con los sentidos físicos y la ciencia fundada en la misma no pueden decirnos nada sobre el destino del alma y del espíritu después de la muerte. Aquí empieza el campo del conocimiento superior, que se basa en la observación de los procesos que se verifican en el mundo anímico y en el espiritual. Cuando el espíritu se ha liberado del cuerpo físico, queda todavía unido al alma, y como durante la vida física el cuerpo tenía al espíritu alado al mundo físico, así ahora el alma lo tiene ligado al mundo anímico. Pero en éste no se encuentra el verdadero ser primordial del espíritu; el mundo anímico le sirve solamente para relacionarlo con el campo de sus acciones, esto es, con el mundo físico. Para comparecer en una nueva encarnación en forma más perfecta, el espíritu debe atraer fuerza e incremento del mundo espiritual. Empero, como estaba vinculado al mundo físico mediante el alma, está ligado a un ser anímico que está compenetrado y coloreado por la naturaleza de las cosas físicas, y por esto, él mismo ha recibido la tendencia hacia esa dirección. Después de la muerte, el alma ya no está ligada con el cuerpo, sino únicamente con el espíritu. Ella vive entonces en un ambiente anímico y sufre solamente la influencia de las fuerzas del mundo anímico. Y a esta vida del

alma, en el mundo anímico, queda desde entonces vinculado el espíritu, del mismo modo que durante la encarnación física lo estaba al cuerpo. El momento de la muerte del cuerpo está determinado por las leyes del mismo. Conviene decir, en general, no que el alma y el espíritu abandonan el cuerpo, sino más bien que el cuerpo es liberado cuando sus fuerzas no son ya capaces de obrar en el sentido de la organización humana. Iguales son las relaciones entre el alma y el espíritu. El alma deja libre al espíritu para que vuelva a los mundos superiores espirituales, cuando ya sus tuerzas no pueden actuar en el sentido de la organización del alma humana. El espíritu quedará libre en el momento en que el alma haya abandonado a la disolución a aquello que era capaz de experimentar solamente en el cuerpo y conservará lo que puede continuar viviendo con el espíritu. Esta parte restante, si bien ha sido experimentada en el cuerpo, é impregnada como fruto del espíritu, es lo que el alma con el espíritu en el mundo puramente espiritual. Por tanto, para aprender a conocer el destino del alma, después de la muerte, es necesario examinar el proceso de su disolución. El alma tenía la misión de dirigir al espíritu hacia las cosas físicas. Desde el momento que cumplió con este deber toma la dirección hacia lo espiritual. En realidad, dada la naturaleza de este deber, el alma debería ser sólo espiritualmente activa, en seguida que el cuerpo la abandona, cuando ya no puede funcionar como anillo de conjunción. Y lo sería de hecho, si durante su vida en el cuerpo físico no hubiera sido influenciada por el mismo y atraída a las tendencias propias de éste. Sin esta coloración que el alma adquiere de su unión con el cuerpo inmediatamente de la separación del mismo, sólo seguiría las leyes del mundo espiritual anímico, sin esta tendencia ulterior hacia lo físico. Y esto ocurriría si en el momento de la muerte el hombre hubiera perdido todo interés por el mundo terreno, si hubiera satisfecho todos los deseos, todas las ansias que se conectaban con aquella existencia que ha abandonado. Pero si no es así, todo aquello que de tales deseos haya quedado, queda adherido al alma.

Para no dar lugar a confusiones, es indispensable aquí distinguir con todo cuidado entre las cosas que vinculan al hombre al mundo, de manera que puedan ser compensadas en una encarnación futura y las que lo vinculan a una determinada encarnación, es decir, a la última. Las primeras serán compensadas por las leyes del destino o del karma; de las últimas, el alma puede liberarse en el período que sigue a la muerte.

A la muerte sucede, para el espíritu humano, un período en el que el alma se despoja de sus inclinaciones hacia la existencia física, para continuar después sólo el cumplimiento de las leyes del mundo anímico y dejar en

libertad al espíritu. Naturalmente, este período será tanto más prolongado cuanto más adherida esté el alma al mundo físico. Este será breve para el hombre que tuviera poco apego a las cosas de la vida terrena, siendo de larga duración para quien haya ligado todos sus intereses a la vida física, de modo que a su muerte sobrevivan todavía en el alma, sus deseos, sus pasiones, etcétera.

Podemos hacernos fácilmente una idea del estado del alma en el tiempo que sigue a la muerte, tomando un ejemplo un poco grosero: el de un glotón. Este era dichoso con los placeres del paladar que le proporcionaban los manjares escogidos. El placer que éste gustaba, naturalmente, no es cosa que pertenezca al cuerpo, sino al alma: en ésta vive el placer y la ansiedad por procurárselo. Para satisfacer tal deseo, es necesario, sin embargo, el correspondiente órgano corpóreo, el paladar, etc. Después de la muerte, el alma no pierde enseguida esos deseos, pero ya no tiene el órgano corpóreo que era el medio para satisfacerlos; el hombre se encuentra entonces en la misma condición, por una razón ciertamente diversa, pero que tiene efectos semejantes y aun más intensos, del de un ser que sufriera sed ardiente en una región donde no hubiera agua. Así el alma, sufre agudas penas por la falta de placer, por haber perdido el órgano corpóreo mediante el cual podía procurárselo. Lo mismo sucede para todo aquello que el alma desea y que puede ser satisfecho, únicamente, por medio de los órganos corpóreos. Tal estado de ardiente privación persiste hasta que el alma aprende a no desear más lo que puede satisfacer solamente por medio del cuerpo. El tiempo que se pasa en semejante estado se puede llamar la región de la ansiedad, bien que no se trata de un *lugar* determinado.

Cuando el alma, después de la muerte, entra en el mundo anímico, queda sujeta a las leyes del mismo. Estas leyes actúan sobre el alma, y de la acción de las mismas depende la manera como se anulan sus tendencias hacia el mundo físico; el efecto de las leyes será diverso según las cualidades de las substancias y de las fuerzas anímicas a cuyo dominio ha sido llevada el alma. Cada una de estas cualidades hará valer, a su modo, su influencia purificadora. El proceso que aquí se desarrolla consiste en que todo cuanto existe de antipatía en el alma, es gradualmente vencido por las fuerzas de la simpatía, y en que esta misma simpatía es intensificada hasta el mayor grado. Por medio de este más elevado grado de simpatía con todo el mundo anímico, el alma, por decirlo así, se funde, se identifica con él; entonces el egoísmo del alma se agota completamente y cesa de existir como ser que tiende a la existencia física sensible, liberando así al espíritu. El alma continúa entonces su obra de

purificación a través de las regiones descritas del inundo anímico, hasta que en la región de la perfecta simpatía se unifica enteramente con el mundo anímico. Se explica que el espíritu permanezca ligado al alma hasta el último momento de la liberación de esta última, porque durante su vida con el espíritu se hizo completamente afín con ella. Tal afinidad es mucho más íntima que la que existe entre el espíritu y el cuerpo, porque con este último el espíritu está vinculado por medio del alma, mientras que con ésta está directamente conexo. En realidad, el alma es la vida misma del espíritu. Por esto, el espíritu no permanece ligado al cuerpo en vías de descomposición, sino al alma, la que poco a poco se libera de las tendencias hacia el mundo físico. Estando el espíritu inmediatamente conexo al alma, puede sentirse separado de la misma, sólo cuando ésta se ha unificado con el mundo anímico general.

Al mundo anímico como morada del hombre, inmediatamente después de la muerte, se le designa la región de los deseos. Los distintos sistemas religiosos que han conservado en sus doctrinas un recuerdo de esas condiciones, lo conocen también con el nombre de purgatorio, de “Fuego Purificador”, etcétera.

La región más baja del mundo anímico es la del deseo ardiente. Es ahí, después de la muerte, donde se elimina del alma todo aquello que existe de ansias egoístas más groseras, relacionadas con la vida física más baja; porque es, precisamente, por medio de estas ansias que el alma siente la acción de las fuerzas de esta región anímica. Las ansias no satisfechas que han quedado de la vida física, ofrecen el punto de apego; las simpatías de semejantes almas se extienden solamente a lo que puede alimentar su ser egoísta y son ampliamente superadas por la antipatía que se derrama sobre todo lo demás. Aquellos deseos tienen atinencia sólo con los placeres físicos que no pueden ser satisfechos en el mundo anímico. A causa de esta imposibilidad de satisfacción, la avidez llega al más alto grado, pero por esta misma imposibilidad tiene necesariamente que extinguirse en forma gradual. Las ansias ardientes se consumen poco a poco; el alma comprende por experiencia que la destrucción de tales deseos es el único medio para impedir el dolor que ellas le proporcionan. Durante la vida física se da siempre nueva satisfacción a los deseos; en tales casos, el dolor de las ansias es disimulado por una especie de ilusión. Pero después de la muerte, en el “Fuego Purificador”, aquel dolor se manifiesta abiertamente, las almas pasan por la experiencia de la insatisfacción y en ese estado se ponen tristes, lúgubres. Pero se comprende que están sujetos a ese estado solamente quienes en la vida física se inclinaron hacia los deseos más groseros. Las naturalezas que tienen pocos deseos,

atraviesan esta región sin darse cuenta, porque no tienen afinidad alguna con ella. Hay que decir que las almas son influenciadas por aquella “ansia ardiente” más prolongadamente, cuanto mayor afinidad han adquirido durante la vida física con este ardor, resultando entonces proporcionalmente más necesaria su purificación. Esta purificación no debe ser considerada un sufrimiento en el mismo sentido en que una experiencia análoga sería considerada en el mundo físico como dolor. El alma misma anhela la purificación después de la muerte, porque solamente por medio de ella puede eliminar su imperfección. Otra categoría de procesos en el mundo anímico, está constituida de manera que la simpatía y la antipatía se equilibran; y si un alma humana después de la muerte, se encuentra en semejante estado, es influenciada por tales procesos durante un tiempo. Este estado es producido por la dedicación completa a las minucias externas de la vida q por la alegría buscada en las impresiones pasajeras de los sentidos. Los hombres viven en ese estado tanto cuanto dependen de aquéllas las tendencias de su alma. Como ellas se dejan influenciar por cualquier minucia del momento, y como sus simpatías no se dirigen de modo particular hacia cosa alguna, las impresiones pasan rápidamente. Todo lo que no pertenece a ese mundo baladí resulta antipático a semejantes personas.

Cuando después de la muerte el alma pasa este estado sin hallar los objetos físicos necesarios para darle satisfacción, naturalmente este estado termina por extinguirse. Se comprende que la privación que precede a la extinción completa, es dolorosa para el alma, y que esta condición penosa es una buena escuela para destruir la ilusión en la cual el hombre vivió durante la vida física.

Una tercera categoría del mundo anímico se relaciona con los procesos en los que predomina la simpatía: son aquellos en los que prevalece la naturaleza del deseo; su influencia se extiende a las almas que conservan aún después de la muerte una atmósfera de deseos. También éstos se apagan gradualmente por la imposibilidad de ser satisfechos.

En la región del placer y del dolor que ya hemos designado como cuarta, el alma es sometida a pruebas especiales. Mientras el alma mora en el cuerpo, toma parte en todo aquello que al cuerpo se refiere; con él se relaciona el sucederse del placer o del dolor. El cuerpo le proporciona las sensaciones de bienestar y de placer o de malestar y dolor. Durante la vida física el hombre siente su cuerpo y lo identifica con él, que es llamado el sentimiento de sí mismo y está basado, precisamente, en este hecho; cuanto mayor es en una persona la tendencia hacia el mundo de los sentidos, tanto más el sentimiento

de sí mismo tendrá esta característica. En cambio, después de la muerte, como falta el cuerpo físico, objeto de este sentimiento de sí mismo, el alma, en la cual ese sentimiento ha quedado, se siente entonces, completamente vacía y tiene la sensación de haberse perdido a sí misma. Esta sensación perdura hasta que el alma reconoce que el verdadero hombre no es el cuerpo físico. La influencia de esta región cuarta, destruye por tanto, la ilusión del *yo* corpóreo. El alma aprende a no considerar a la corporeidad como parte esencial; ha sido curada y purificada en su tendencia hacia la corporeidad. Con esto, el alma ha superado lo que la tenía sometida fuertemente al mundo físico y puede desplegar libremente las fuerzas de la simpatía que irradian hacia el exterior. Ha renunciado, por así decir, a sí misma, y está pronta a fundirse plena de simpatía en el mundo anímico universal.

Conviene mencionar aquí que las experiencias de esta región, son sentidas de manera especial por los suicidas. Ellos abandonan de un modo nada natural su cuerpo físico, quedando inalterados todos los sentimientos inherentes al mismo. En la muerte natural paralela con la decadencia del cuerpo, va la desaparición parcial de los sentimientos que le son conexos, pero en los suicidas, se agrega a la pena causada por la sensación de súbito vacío, la de los deseos y las pasiones no satisfechas que lo han empujado al suicidio.

La quinta región del mundo anímico es la de la luz anímica. Ahí, la simpatía hacia lo demás tiene destacada importancia. Tienen afinidad con esta región las almas que durante la vida física no se dedicaron simplemente a la satisfacción de las necesidades inferiores, sino que sintieron dicha y placer con el mundo circundante. Se purifica en esta región, por ejemplo, la pasión por la Naturaleza, en cuanto tuvo un carácter de pura satisfacción de los sentidos. Sin embargo, es necesario distinguir bien esta pasión por la Naturaleza, de aquella vida superior en la Naturaleza que tiene un carácter espiritual y que busca al Espíritu que se manifiesta en las cosas y en los procesos naturales. Esta manera de sentir a la Naturaleza, forma parte de las cosas que desarrollan el espíritu mismo, dejando en él una impronta duradera. Es necesario hacer diferencias de este sentido de la Naturaleza, del goce que tiene por fundamento los sentidos. Respecto a esto, el alma tiene necesidad de purificación, como con respecto a todas las demás tendencias que tienen su raíz únicamente en la vida física. Muchas personas consideran ideales aquellas instituciones que sirven al bienestar físico y también al sistema educativo que tiende, sobre todo, a procurar el bienestar. No se puede decir de ellos que sirvan solamente a los impulsos egoístas, pero no obstante, sus almas son dirigidas al mundo de los sentidos y deberán ser curadas por medio de la

fuerza de simpatía que domina en la quinta región del mundo anímico, donde faltan estos medios exteriores de satisfacción. El alma aprende ahí, gradualmente, que aquella simpatía debe tomar otros caminos; y esos caminos, por virtud de la simpatía con el ambiente anímico, se encuentran en la efusión del alma en el espacio anímico. En la misma región se purifican también las almas que piden, en compensación de sus prácticas religiosas, un acrecentamiento de su bienestar personal, ya sea que sus deseos contemplen paraísos terrestres o celestes. Encuentran ese paraíso en el mundo anímico, pero solamente con la finalidad de comprender su valor negativo. Todos los casos expuestos aquí, naturalmente, son ejemplos de purificación que tienen lugar en la quinta región; se podría aumentar su número indefinidamente.

En la sexta región, que hemos llamado de la fuerza anímica activa, ocurre la purificación de las almas ansiosas de actividad cuya acción no tiene carácter egoísta, pero que no obstante, tiene su fundamento en la satisfacción que proporciona a los sentidos. Naturalezas así constituidas, pueden dar la impresión de idealistas, mostrándose capaces de sacrificios; pero, consideradas más profundamente, su interés consiste en aumentar el placer de los sentidos. Muchas naturalezas de artistas o de los que se dan a la actividad científica por placer, pertenecen a esta categoría. Lo que los ata al mundo físico es la opinión de que arte y ciencia existen para procurar semejantes placeres.

Finalmente, la séptima región, la de la verdadera vida anímica, libera al hombre de sus últimas tendencias hacia el mundo físico sensible. Cada una de las precedentes regiones anímicas absorbe del alma lo que le es afín. Todavía está en el espíritu la idea de que su actividad debe ser enteramente dedicada al mundo de los sentidos. Hay personas de condición elevada que aun no piensan en otra cosa que en los acontecimientos del mundo físico. Este punto de vista suele ser llamado materialista. Esta creencia tiene que ser destruida, y de hecho lo es en la séptima región. Ahí, esas almas advierten que, en la verdadera realidad, no existen cosas para su modo de ver materialista, por lo que dichas creencias del alma se disuelven como la nieve al sol. Entonces, el ser anímico es absorbido por el mundo al que pertenece y el espíritu, libre de ataduras, se eleva a aquellas regiones para vivir en el único ambiente que le es propio. El alma ha terminado durante la última vida terrena con la misión que se había impuesto y lo que esta misión tenía de atadura para el espíritu se ha disuelto con la muerte. Habiendo el alma superado hasta lo último que le quedaba de la vida terrena, se ha restituido a su propio elemento. Por esta descripción se ve que las experiencias del mundo anímico, lo mismo que los

estados de la vida del alma después de la muerte, toman un aspecto tanto menos desdichado, para aquélla, cuanto en mayor medida el hombre, se haya despojado de lo que, por su unión terrena con la corporeidad física, se le adhiere por directa afinidad. Según haya sido el curso de vida física, la permanencia del alma será más o menos prolongada en una u otra de las regiones descriptas. Ahí, donde se siente afinidad, el alma se detiene hasta que tal afinidad se extingue; donde no existe afinidad el alma pasa indiferente, sin ser influenciada. En este capítulo se describen en líneas generales, solamente, las características fundamentales del mundo anímico y de la vida del alma en dicho mundo; así serán también las descripciones del mundo del espíritu, que seguirá a éste. Un examen más profundo de otras características de estos mundos superiores excedería los límites señalados a este libro. Porque como en dichos mundos las relaciones del espacio y el curso del tiempo son absolutamente distintos a los del mundo físico, es necesario, para poder comprenderlos, hablar detalladamente. A este respecto, se dan noticias importantes en el libro *Ciencia Oculta*.

III. EL MUNDO DEL ESPÍRITU

Antes de pasar a estudiar las fases ulteriores del peregrinaje del espíritu, es necesario observar la región en que éste entra: es el mundo del espíritu. Este mundo es de tal manera diferente del mundo físico que todo lo que se diga parecerá pura fantasía al que sólo confía en sus sentidos físicos. Lo que ya fue dicho con respecto al mundo anímico, tiene aquí mayor valor; es indispensable valerse de la semejanza para describirlo, pues nuestro lenguaje, que se aplica exclusivamente a la realidad sensible, no es ciertamente rico en vocablos apropiados para el mundo espiritual. Por esto, rogamos al lector que considere muchas de las cosas que aquí se dirán, como simples indicaciones encaminadas a dar una idea aproximada. Todo lo que se describirá es de tal manera distinto del mundo físico, que sólo es posible presentarlo de esa manera. El mismo autor tiene siempre presente cuán poco corresponden sus palabras a la verdadera experiencia en este campo, por causa de lo imperfecto de nuestros medios de expresión, exclusivamente propios del mundo físico.

Ante todo, es necesario advertir que el mundo espiritual está tejido por las substancias (también la palabra substancia, naturalmente se emplea aquí en sentido figurado), de que está constituido el pensamiento humano. Pero el pensamiento, así como vive en el hombre, es sólo una pálida imagen, una sombra de su verdadera entidad. El pensamiento que surge en la mente del hombre es, en relación a la verdadera entidad correspondiente en el mundo espiritual, como la sombra de un objeto con respecto al objeto mismo. Cuando en una persona se ha despertado el sentido espiritual, percibe realmente las entidades del pensamiento, como el ojo físico ve una mesa o una silla; el individuo anda en un ambiente de seres-pensamiento. El ojo físico percibe, por ejemplo, un león, y el pensar, basado en lo sensible, percibe solamente el pensamiento león como una sombra, como una imagen. El ojo espiritual ve en el mundo del espíritu el pensamiento león de una manera tal real como el ojo físico ve un león físico. También aquí, podemos recurrir a la comparación ya empleada, cuando hablábamos del mundo anímica: esto es, que lo mismo que al ciego de nacimiento, después de operado, el mundo se le aparece en un instante con nuevas cualidades de colores y de luces, así, a quien aprenda a emplear el ojo espiritual, el ambiente le parece lleno de un mundo nuevo, el mundo de los pensamientos vivientes o de los seres espirituales. Ante todo, en

este mundo se ven los arquetipos espirituales de todos los objetos y de todos los seres existentes en el mundo físico y en el mundo anímico. Representémosnos un cuadro presente en la mente del pintor, antes de ser pintado en la tela, y nos servirá de comparación para lo que aquí se entiende con el nombre de arquetipo. Poco importa si el pintor ha tenido o no en la mente un tal arquetipo de su cuadro antes de pintarlo, y que éste, en cambio, se vaya completando durante el trabajo práctico. En el verdadero mundo espiritual existen tales arquetipos para cada cosa, y los objetos y seres físicos son copia de dichos arquetipos. Es fácil comprender que quien se fía únicamente de sus sentidos físicos, sea incrédulo en este mundo de los arquetipos y sostenga que éstos no son más que abstracciones que la razón se ha formado de la confrontación entre los objetos físicos; como él no puede ver en aquel mundo superior, conoce el mundo del pensamiento solamente en sus abstracciones. Ignora que al clarividente, esos seres espirituales, le son tan familiares como a él le son su perro o su gato y que aun el mundo de los arquetipos tiene una realidad mucho más intensa que el mundo de los sentidos.

Ciertamente, la primera mirada en este mundo espiritual produce una impresión todavía más confusa que la vista del mundo anímico, porque los arquetipos, en su verdadera forma, se asemejan muy poco a sus copias físicas y son otro tanto diferentes, también, de sus sombras, esto es, de los pensamientos abstractos. En el mundo espiritual todo se halla en actividad y en continuo movimiento, en continua creación.

No existe reposo o una permanencia estable en un lugar como en el mundo físico, porque los arquetipos son seres creadores; son los constructores de todo lo que se genera en el mundo físico y en el anímico; sus formas cambian rápidamente y en cada arquetipo existe la posibilidad de asumir innumerables formas especiales. De ellos mismos, en cierto modo, hacen brotar las formas particularizadas, y apenas ha nacido una, el arquetipo se dispone a originar otra. Los arquetipos tienen entre sí relaciones de afinidad; no actúan aislados, sino que uno tiene necesidad del otro para la creación. A menudo colaboran muchísimos arquetipos con el propósito de producir uno u otro ser en el mundo físico o anímico.

Además de lo que se puede percibir en el mundo espiritual por medio de la visión espiritual, existe en él también otra experiencia que se puede designar como una audición espiritual. Tan pronto el clarividente asciende del mundo anímico al espiritual, los arquetipos que percibe resultan también sonoros. Este sonido es un proceso puramente espiritual. Debemos representárnoslo sin asociarlo al pensamiento del sonido físico. El observador

se siente entonces, sumergido en un mar de sonidos. Y en estos sonidos, en estas resonancias espirituales, se expresan los seres del mundo espiritual. Las leyes primarias de su existencia, sus recíprocas relaciones y afinidades, se expresan en el acorde de sus armonías, en el ritmo y la melodía. Lo que en el mundo físico es comprendido por la mente como ley, como idea, se presenta aquí, al oído espiritual, como espiritualidad musical. Los pitagóricos llamaban a esta percepción del mundo espiritual, “la música de las esferas”. Para quien ha abierto el oído espiritual, la música de las esferas no es meramente cosa imaginaria o alegórica, sino que es una realidad espiritual, bien conocida por él. Pero si queremos formarnos un concepto de esa música espiritual, debemos alejar de nosotros toda idea de música pertinente a los sentidos, como la percibida por el oído físico.

Se trata aquí de percepción espiritual y como tal debe permanecer mufla para el oído material. En las descripciones que ahora siguen, dejaremos de lado, para mayor simplificación, toda referencia a la mencionada música espiritual; será necesario tener presente que todo lo que describiremos con el nombre de imágenes o cosa luminosa es, al mismo tiempo, sonoridad. A cada color, a cada percepción de luz, corresponde un sonido espiritual, y a toda combinación de colores corresponde una armonía, una melodía, etc. Se requiere tener presente también que donde predomina la sonoridad no cesa absolutamente la percepción del espíritu; antes bien, a la luminosidad se agrega la sonoridad. En las páginas siguientes donde se habla de arquetipos, es preciso agregar siempre la idea de sonidos primordiales. Hay también otras percepciones que, por analogía, se pueden indicar como sabor espiritual, etc.

Pero no continuaremos con la descripción de estos procesos, porque al referir algunos modos de percibir tomados del conjunto del mundo Espiritual, intentamos solamente despertar una representación de ese mundo.

Es necesario distinguir las distintas especies de arquetipos. En el “mundo espiritual” es indispensable distinguir un cierto número de grados o regiones para poder orientarse. Bien entendido que aquí también, como en el mundo anímico, no es necesario representarse las distintas regiones como superpuestas por estratos, sino interpenetrándose recíprocamente. **La primera región** contiene los arquetipos del mundo físico, hasta donde éste no está dotado de **vida**. Encontramos aquí los arquetipos de los minerales y de las plantas: pero de éstas, sólo la parte puramente física, no teniendo en cuenta la vida que hay en ellas. Encontraremos también los arquetipos de las **formas** físicas de los animales y de los hombres. Con esto no termina todo lo que se encuentra, en esta región, sino que escogemos para ilustrarla los ejemplos más

comunes. Esta región constituye, por decirlo así, los cimientos fundamentales del mundo espiritual, pudiéndose comparar con la tierra firme de nuestro globo físico. Es la masa continental del mundo espiritual. Comprenderemos su relación con el mundo de los cuerpos físicos valiéndonos de una comparación; nos daremos una idea aproximada del modo siguiente: figurémonos un espacio cualquiera circunscripto, ocupado por cuerpos físicos de todo género. Ahora imaginémonos ese lugar sin esos cuerpos físicos y, en su lugar, los espacios huecos correspondientes a esas formas, y representémonos los intersticios entre estas cavidades, que antes estaban vacíos, llenos ahora de formas distintas, que están en la más variada relación con los cuerpos que antes existían. Esto, aproximadamente, es el aspecto de la región más baja del mundo de los arquetipos; en él encontramos como espacios vacíos, y las cosas y los seres toman cuerpo en el mundo físico y en los intersticios entre los mismos se desarrolla la movida actividad de los arquetipos (y de la *música espiritual*). Cuando tiene lugar la encarnación física, esas cavidades son, en cierto modo, llenadas de sustancias físicas. Quien mirara al mismo tiempo con el ojo físico y el espiritual en el espacio, vería los cuerpos físicos y, entre ellos, la activa movilidad de los arquetipos creadores. **La segunda región** del mundo espiritual contiene los arquetipos de la vida: pero esta vida forma aquí una perfecta unidad. Como elemento líquido esa vida llena el mundo espiritual y como si fuera sangre lo compenetra con su pulsación. Podemos compararlo con el mar y con las aguas de la tierra física; pero la forma como está distribuida, verdaderamente, es más semejante a la distribución de la sangre en el cuerpo animal, que a la de los mares y los ríos. Este segundo grado del mundo espiritual se puede llamar vida fluida, formada de sustancia mental. En ella se encuentran las fuerzas primordiales creadoras de todo lo que se manifiesta en la realidad física como seres dotados de vida. Aquí se hace manifiesto que toda vida es una unidad, que la vida en el hombre está emparentada a la vida de todas las demás criaturas. **La tercera región** del mundo espiritual es la de los arquetipos de todo lo anímico. Aquí estamos en un elemento mucho más tenue y más sutil que en el de las dos primeras regiones. La llamaremos por analogía, la región aérea del mundo espiritual. Todo lo que acontece a las almas de los otros dos mundos encuentra aquí su contraparte espiritual; todas las sensaciones, los sentimientos, los instintos, las pasiones, etc., subsisten aquí una vez más con modalidad espiritual. Los dolores y los placeres de los seres en los otros dos mundos, en esta región se manifiestan como procesos atmosféricos. Los anhelos de un alma humana se manifiestan aquí como una ligera brisa; un desahogo pasional como una

corriente tempestuosa. Quien es capaz de formarse representaciones de esta región, percibe profundamente los suspiros de cada criatura con sólo observar atentamente. Se puede decir, por ejemplo que hay fenómenos semejantes a temporales furiosos con relámpagos y truenos; y buscando la causa se encontrará que en esas tempestades espirituales se expresan las pasiones desencadenadas en una batalla librada sobre la tierra. Los arquetipos de **la cuarta región** no se refieren directamente a los otros mundos. Son, en cierto modo, entidades que reinan sobre los arquetipos de las tres regiones inferiores y que regulan su cooperación. Sus actividades, por consiguiente, consisten en reordenar y agrupar á los arquetipos subordinados. La actividad en esta región es, por consiguiente, más vasta y completa que la de las regiones inferiores.

La quinta, la sexta y la séptima regiones son esencialmente distintas de las anteriores: porque los seres que ahí moran proveen a los arquetipos de las regiones precedentes los impulsos para su actividad. En ellas se encuentran las fuerzas creadoras de los arquetipos mismos: quien sea capaz de ascender a estas regiones, llega a conocer los propósitos que son el fundamento de nuestro mundo. *(De todo lo que al principio se ha dicho sobre la dificultad de expresarse con palabras adecuadas es fácil comprender que el término "propósito" empleado aquí se ha adoptado simplemente por analogía. No se trata absolutamente del resurgimiento de la antigua doctrina utilitaria).* Aquí los arquetipos existen apenas como gérmenes vivientes, prontos a asumir las más variadas formas de seres-pensamiento. Tales gérmenes transportados a las regiones inferiores, se inflan, por decirlo así, y asumen las formas más -diversas. Las ideas, mediante las cuales la mente humana resulta creadora en el mundo físico, son el reflejo o la sombra de aquellos seres-pensamiento embrionarios del mundo espiritual superior. Quien tenga el oído espiritual abierto, cuando se eleva de las regiones inferiores del mundo espiritual a las superiores, advierte que los sonidos y las armonías se transforman en un lenguaje espiritual. Percibe entonces la palabra espiritual mediante la cual los objetos y los seres le manifiestan su propia naturaleza, no solamente en armonía musical, sino en palabras. Le revelan, como se suele decir en la ciencia espiritual, sus nombres eternos.

Hay que tener presente que estos seres-pensamiento embrionarios son de naturaleza compleja: de los elementos del mundo mental ha sido extraído solamente el involucro, y éste encierra el verdadero núcleo vital. Ahora hemos llegado al límite extremo de los tres mundos; porque ese núcleo procede de mundos todavía más elevados. Más arriba, donde hemos dado la descripción de los distintos cuerpos del hombre se ha hablado ya de ese mundo vital y,

como parte constitutiva del mismo hemos indicado el Espíritu Vital y el Hombre-Espíritu. También para los otros seres del Universo existen núcleos vitales semejantes, que provienen de los mundos espirituales y son puestos en los tres mundos, de los que hemos tratado, para que cumplan su misión. Seguiremos ahora el peregrinaje ulterior del espíritu humano a través del mundo espiritual en el intervalo entre dos encarnaciones; haciendo esto, se nos presentarán otra vez claramente las condiciones y las particularidades de *aquel mundo*.

IV. EL ESPÍRITU EN EL MUNDO DEL ESPÍRITU DESPUÉS DE LA MUERTE

Cuando el espíritu humano, en el camino que recorre entre dos encarnaciones, ha atravesado el mundo de las almas, entra en el mundo de los espíritus para morar ahí hasta que esté maduro para una nueva existencia física. El verdadero sentido de su permanencia en el mundo espiritual, se comprenderá si se interpreta exactamente el propósito de todo el peregrinaje del hombre a través de sus encarnaciones. Durante el tiempo en que está revestido de un cuerpo físico, actúa y crea en el mundo físico, pero lo hace como ser espiritual. Imprime a las formas físicas, a las sustancias y a las fuerzas físicas, lo que su espíritu ha ideado y producido. Tiene, por tanto, como mensajero del mundo espiritual, el deber de incorporar el espíritu al mundo físico. Solamente por el hecho de haberse encarnado, el hombre puede ser activo en el mundo corpóreo: tiene que asumir el cuerpo físico como un instrumento para poder actuar a través del cuerpo sobre el mundo físico, y para que lo físico pueda actuar sobre él. Pero siempre, lo que actúa a través del cuerpo físico del hombre, es el espíritu. De él surgen las iniciativas, las direcciones para la acción en el mundo físico.

Mientras el espíritu actúa en el cuerpo físico, no puede vivir como espíritu, en su verdadera forma; no puede más que transparentar, por decirlo así, a través del velo de la existencia física, porque, verdaderamente, la vida del pensamiento humano pertenece al mundo espiritual, y su verdadera forma está velada cuando se manifiesta en el mundo físico. Se puede decir también, que la vida del pensamiento en el hombre físico es un reflejo, una imagen o una sombra del verdadero ser espiritual a que pertenece. Así, durante la vida física, el espíritu, mediante el instrumento corporal, entra en reciprocidad de relaciones con el mundo corpóreo terrestre. Si bien uno de los propósitos que debe realizar el espíritu humano, mientras pasa de encarnación a encarnación, consiste precisamente en su acción en el mundo físico, es claro que no podría cumplir ese propósito si viviese una sola vez en la existencia corpórea, porque los propósitos de la misión terrestre no pueden ser desarrollados y adquiridos en la encarnación corpórea, así como no se crea el plan de un edificio sobre el lugar mismo de la construcción donde trabajan los obreros. Como tal plan debe ser ejecutado en el estudio del arquitecto, de igual modo los planos y los

propósitos de la acción sobre la Tierra, son elaborados en la región de los espíritus. El espíritu humano, entre dos encarnaciones, torna a vivir siempre a esa región para presentarse de nuevo al trabajo en la vida física, enriquecido de cuanto lleva consigo de aquella región. Como el arquitecto en su estudio traza los planos del edificio, de acuerdo con las leyes arquitectónicas, etc., sin manejar ladrillos ni argamasa, así también el arquitecto de la obra humana, esto es, el espíritu o *yo* superior, debe perfeccionar sus facultades y sus propósitos en el mundo espiritual, según las leyes vigentes allá, para ponerlos en práctica más tarde en el mundo físico. Solamente si el espíritu humano vuelve siempre de nuevo a morar en su propio reino, podrá también ser capaz de llevar el espíritu al mundo terreno, por medio de los instrumentos físicos corpóreos. Sobre el campo de acción físico el hombre aprende a conocer las propiedades y las fuerzas, del mundo físico: durante su actividad en él recoge experiencias y aprende lo que se necesita para trabajar en ese mundo. Aprende a conocer las propiedades de la substancia en la que debe incorporar sus pensamientos y sus ideas; pero estos pensamientos, estas ideas, no las puede extraer de la materia, de manera que el mundo físico es para él, al mismo tiempo, el campo para actuar y aprender. En el mundo espiritual, lo que ha sido aprendido es transformado en capacidades activas del espíritu. Para hacer este hecho más claro, continuaremos sirviéndonos de la comparación mencionada anteriormente. El arquitecto traza los planos de una casa que luego se lleva a cabo. Con esto el arquitecto adquiere una cantidad de variadas experiencias que concurren a aumentar su capacidad. Cuando tenga necesidad de preparar otros planos, todas esas experiencias serán utilizadas por él, de manera que los nuevos planos, con respecto a los precedentes, aparecerán enriquecidos de todo lo que el arquitecto ha aprendido de los primeros. Así sucede en las encarnaciones consecutivas de los hombres. En el intervalo que media entre dos encarnaciones, el espíritu vive en su reino; ahí se entrega por entero a las exigencias de la vida espiritual, puede perfeccionarse y desarrollarse en todas las direcciones, libre entonces de la corporeidad física; y lleva en este desarrollo los frutos de las experiencias recogidas en las encarnaciones precedentes. De este modo, la atención del espíritu está siempre dirigida hacia el campo de sus deberes terrestres, y trabaja siempre para perfeccionar la Tierra, que es el campo de su actividad, en la evolución que le es necesaria. El espíritu trabaja sobre sí mismo para poder cumplir sus servicios con más perfección en la Tierra, en cada sucesiva encarnación. En verdad esto sólo nos da una imagen general de las encarnaciones humanas; no da una idea exacta, sino más o menos aproximada de la realidad.

Alguna vez, por circunstancias especiales, puede verificarse que la nueva vida de un hombre resulta mucho menos perfecta que la precedente, pero generalmente tales irregularidades son compensadas en las encarnaciones sucesivas.

La evolución del espíritu en el mundo espiritual se cumple con la adaptación a las distintas regiones del mismo. La vida propia del hombre se identifica poco a poco, con cada una de las regiones que atraviesa, asumiendo temporariamente sus propiedades. Las distintas regiones, de ese modo, compenetran al ser con su esencia, con el propósito de que así reforzado y enriquecido, actúe de nuevo en el mundo físico. En la primera región del mundo espiritual, el hombre está rodeado por los arquetipos espirituales de los objetos terrestres. Durante la vida terrena aprende a conocer las sombras de tales arquetipos por sus propios pensamientos. Pero lo que sobre la Tierra es solamente pensado, en esta región es experimentado. El hombre, en tales regiones, está circundado de pensamientos, pero éstos son verdaderas entidades. Lo que percibía en la vida terrena con los sentidos, ahora se le presenta con la correspondiente forma-pensamiento. Pero el pensamiento no se muestra como una sombra oculta detrás de los objetos, sino como realidad viva que genera los objetos. El hombre se encuentra, diremos así, en el laboratorio de lo; pensamientos, donde los objetos terrestres son formados y plasmados. En el mundo espiritual todo es actividad vital y movimiento: aquí el mundo de los pensamientos *está a la abra* como mundo de los seres vivientes, es mundo creativo y formativo; aquí se ve cómo es fundado lo que se ha experimentado en la vida terrestre. Como en el cuerpo físico hemos experimentado los objetos de los sentidos como realidad, así, ahora, como espíritu, experimentamos las fuerzas formativas espirituales como realidad. Entre los seres-pensamiento que aquí existen, el hombre puede encontrar también el pensamiento de su propia corporeidad física. Se siente separado de esta última, siente que sólo la entidad espiritual le pertenece; y cuando percibe el cuerpo como en el recuerdo, no ya en forma de ser físico, sino como ser pensamiento, entonces comprende que el cuerpo pertenece al mundo exterior. Aprende a considerar el cuerpo como algo que forma parte del mundo exterior, como una parte de éste. Por esto, el hombre ya no considera más su corporeidad como separada del resto del mundo y como cosa más afín a su *yo*: siente todo el mundo externo, inclusive también sus encarnaciones corpóreas, como una unidad. Nuestras propias encarnaciones se funden aquí con el resto del mundo en una unidad. En aquella región se contemplan los arquetipos de la realidad física corpórea como una unidad, a la cual nosotros mismos hemos

pertenecido. Por medio de las observaciones, aprendemos a conocer poco a poco nuestras afinidades, nuestra identidad con el mundo que nos circunda. Aprendemos a decir: “Todo lo que se extiende ante ti, en torno a ti, ha sido tú mismo”. Pero éste es uno de los pensamientos fundamentales de la antigua sabiduría vedanta de los hindúes. El sabio se apropia durante la vida física lo que los otros experimentan solamente después de la muerte. Esto es, aprende a comprender la idea de que él mismo es afín a todas las otras cosas; la idea se expresa con la frase: “Tú eres aquello”. En la vida terrena esto es un ideal al que puede dedicarse la vida del pensamiento, pero en el mundo espiritual es un hecho inmediato que resulta siempre más claro mediante la experiencia espiritual. El hombre adquiere en esta morada cada vez más la conciencia de pertenecer, en su verdadera entidad, al mundo espiritual. El se ve a sí mismo como espíritu entre espíritus, como parte de los espíritus, primordiales; y oye en sí mismo las palabras del Espíritu Primordial, “Yo soy el Espíritu Primordial” (la sabiduría vedanta se expresa así: “Yo soy Brahmán”, esto es, pertenezco como un miembro a aquel Ser Primordial del que provienen todos los seres”). Como se ve, lo que durante la vida terrena es comprendido como un pensamiento que es apenas como una sombra, lo que es la meta de toda sabiduría, es directamente experimentado en el mundo espiritual; aun más, podemos decir que es pensado en la vida terrena, únicamente, porque es un hecho real en la existencia espiritual.

Así el hombre, durante su existencia espiritual, contempla como desde un observatorio más elevado, se podría decir desde afuera, las condiciones y los hechos que lo rodeaban durante su jornada por la Tierra; y en la región más baja del mundo espiritual vive en esta actitud con respecto a las condiciones terrenas que más inmediatamente se relacionan a la realidad física corpórea. Por ejemplo, un hombre nace en la Tierra, en una familia, en un pueblo, en una determinada nación, según las circunstancias que se le presentan en el mundo físico, hará conocimientos y amistades, tendrá una u otra ocupación, condiciones todas que determinarán las circunstancias de su vida terrena y lo vuelve a encontrar durante su vida en la primera región del mundo espiritual como entidad pensamiento viviente. De una determinada manera lo revive una vez más, pero lo revive en su aspecto activo espiritual. Los afectos de familia que profesaba, la 'amistad que sentía por los demás, vuelven a vivir en él, surgen de su interioridad; sus capacidades se acrecientan en aquella dirección: lo que en el espíritu humano actúa como fuerza de afecto por la familia o por los amigos, es reforzado; el hombre estará más tarde en la otra vida terrena perfeccionado bajo este concepto. En cierto modo los hechos

de la vida terrena maduran en esta región más baja del mundo espiritual como frutos; y en el hombre cuya atención estaba enteramente absorbida por los hechos corrientes de la vida, se sentirá afín con esta región durante la mayor parte de su vida espiritual entre dos encarnaciones. En el mundo espiritual se encuentran los hombres con los cuales se ha vivido en el mundo físico. Como se separa del alma lo que provenía de la vida física, así también el vínculo que unía a las almas en la vida física se disuelve de todo lo que significaba acción en el mundo físico. Pero perdura más allá de la muerte, hasta en el mundo espiritual, todo lo que el alma era para el alma en la vida física. Es natural que las palabras adecuadas para las condiciones físicas no pueden reproducir con precisión lo que tiene lugar en el mundo espiritual. No obstante, con respecto a esto, se puede decir que es exacta la afirmación de que las almas que estuvieron vinculadas en la vida física se encuentran nuevamente en el mundo espiritual, para proseguir en común la vida de conformidad con aquel mundo. La segunda región es aquella en la cual la vida en conjunto del mundo terrestre se desliza como un ser-pensamiento comparable a lo que podríamos llamar el elemento fluido del mundo espiritual. Mientras contemplamos el mundo, revestidos de un cuerpo físico, la vida nos parece ligada a seres vivientes aislados, pero en el mundo espiritual, la vida está separada de éstos y circula por toda la región, en cierto modo, como sangre vital. La vida es en aquel mundo la unidad viviente, presente en todas las cosas. Durante la vida terrestre sólo un reflejo de esta unidad se muestra al hombre, y este reflejo se manifiesta en cada forma de devoción que “el hombre dedica al conjunto, a la unidad y armonía del mundo. De este reflejo deriva la vida religiosa de los hombres. El hombre se da cuenta que el verdadero sentido de la existencia, no está en las cosas separadas y pasajeras; considera a éstas como símbolos, como imágenes de lo eterno, o de una unidad armónica hacia la cual eleva la mirada con veneración y le ofrece ritos y ceremonias religiosas. En el mundo espiritual se manifiesta, no como un reflejo, sino en su verdadera forma, como ser-pensamiento viviente; y el hombre puede realmente unirse a la unidad que él ha adorado sobre la Tierra. En esta región se manifiestan los frutos de la vida religiosa y de todo lo que tiene afinidad con ella. El hombre aprende a conocer por experiencia espiritual, que su destino individual no es el de estar separado de la comunidad a que pertenece. En esta región se desarrolla en el hombre la capacidad de reconocerse a sí mismo como parte de un todo; y adquieren nueva fuerza sus sentimientos religiosos. En esta región, una buena parte de la existencia entre dos encarnaciones, los hombres con sentimiento religioso y los que durante su vida observaron una elevada moral,

reencarnarán con iguales capacidades intensificadas en la misma dirección.

Mientras en la primera región se está junto con las almas con las cuales en la vida anterior se estaba unido por los vínculos estrechos del mundo físico, en la segunda región, en cambio, se penetra en el campo de todos aquellos con los cuales estaba unido en sentido más amplio, por la comunidad de ideales y de religión, por ejemplo. Conviene decir que las experiencias espirituales de las regiones precedentes permanecen en las siguientes, de manera que el nombre no es abstraído a los vínculos de la familia y de los amigos, cuando penetra en la vida de la segunda región o de las siguientes. Las regiones del mundo espiritual no están separadas como compartimientos, sino que se interpenetran, y el hombre se experimenta a sí mismo en una nueva región, no porque haya entrado en alguna forma exterior, sino porque ha adquirido la facultad interior que lo vuelve apto para percibir lo que antes no percibía.

La tercera región del mundo espiritual contiene los arquetipos del mundo anímico. Todo lo que vive en aquel mundo existe en forma de seres-pensamiento; se encuentran los arquetipos de las pasiones, de los deseos, de los sentimientos, etc., pero aquí, en el mundo espiritual, ningún elemento de egoísmo se apega a lo anímico. Como en la segunda región del mundo espiritual, la vida forma una unidad, así aquí, en la tercera región, todas las pasiones, los deseos, placeres y disgustos, forman una unidad. Las pasiones y los deseos de los demás no son ahí distintos de los propios; las sensaciones y los sentimientos de todos los seres constituyen un mundo común que circunda y contiene todo lo demás, lo mismo que la atmósfera física rodea nuestra Tierra. La tercera región representa, en cierto modo, la atmósfera de la región de los espíritus. Ahí fructifica todo lo que realizó el hombre, durante su vida terrestre, en servicio de la comunidad, con devoción altruista para con sus semejantes. Por medio de esos servicios, por medio de esa devoción, el hombre ha vivido en un reflejo de la tercera región del mundo del espíritu. Los grandes benefactores de la humanidad, las naturalezas que con abnegación prestaron grandes servicios a la comunidad, han adquirido esta capacidad en esta región, después de haber merecido en encarnaciones precedentes, el privilegio de estar más íntimamente vinculadas a la misma.

Es evidente que las tres regiones del mundo espiritual hasta ahora descritas están en relación con los mundos inferiores a ellas, esto es, con el mundo físico y el anímico, porque ellas contienen los arquetipos o seres-pensamiento vivientes, que en los mundos inferiores adquieren existencia corpórea anímica. Solamente con la cuarta región entramos en el verdadero lugar puro de los espíritus, pero aún éste no lo es todavía en el verdadero

sentido de la palabra. Se distingue de las tres regiones inferiores, porque en éstas se encuentran los arquetipos de las condiciones físicas y anímicas que el hombre encontró en los mundos físico y anímico, antes que el mismo ejercite allí influencia alguna. Las relaciones de la vida ordinaria están condicionadas a las cosas y a los seres que el hombre encuentra en el mundo, y las cosas transitorias de este mundo atraen la mirada del hombre y lo llevan hacia los eternos fundamentos primordiales. Y también los demás seres vivientes a los cuales dedica sus pensamientos altruistas, no existen por obra del hombre, pero por obra de él existen en el mundo las creaciones del arte, de la ciencia, de la técnica, del gobierno, etc., en suma, todo lo que él ha traído al mundo como producción original de su espíritu; de todo esto, sin su trabajo, no existirían en el mundo las reproducciones físicas. Pues bien, los arquetipos de estas creaciones puramente humanas se encuentran en la cuarta región del mundo espiritual. Todo lo que el hombre produce en sus actividades científicas, ideas y formas artísticas o descubrimientos técnicos durante la vida terrena, en la cuarta región produce sus frutos; y de esta fuente es de donde extraen sus impulsos los artistas, los doctos, los grandes inventores durante su permanencia en el mundo espiritual, acreciendo su genio para contribuir en la encarnación siguiente al mayor progreso de la cultura humana. No debe representarse esta cuarta región como si tuviera importancia, únicamente, para los hombres de destacadas condiciones. Tiene importancia para todos los hombres. Durante la vida física, todos los intereses de los hombres que trascienden a los deseos y a los fines de la vida ordinaria, tienen fuente primordial precisamente en esa región. Si el hombre, en el tiempo que media entre la muerte y un nuevo nacimiento, no permaneciera en aquella región, no tendría en una vida ulterior ningún interés en salir del círculo restringido de su vida personal, para entregarse a los intereses generales de la humanidad. Antes ha sido dicho que esa región aún no puede ser llamada mundo espiritual, en el sentido estricto de la palabra, y lo repetimos porque en la existencia espiritual de los hombres en esa región tiene también influencia el grado de cultura general de la humanidad, al tiempo de su muerte. Ellos pueden, en el mundo de los espíritus, gozar de los frutos de lo que han podido hacer según predisposiciones y según el grado de evolución del Estado o de la nación a que pertenecían.

En las regiones todavía más elevadas del mundo espiritual, el espíritu humano está libre de todo vínculo terreno. Ascende al verdadero mundo espiritual, donde experimenta las intenciones, y la meta que el espíritu se había prefijado en la vida terrena. Todo lo que ya ha sido realizado representa

solamente una copia desleída de las intenciones y los fines más elevados. Cada cristal, cada planta, cada animal, y también, todo lo que se efectúa en el campo de la creación humana, no nos da más que una débil imagen del verdadero propósito del espíritu; y el hombre, durante sus encarnaciones, puede vincularse únicamente con estas imágenes imperfectas de aquellos intentos y de aquellos fines perfectos. El hombre mismo, durante una de sus encarnaciones, no puede ser más que una pobre reproducción de aquello que en el reino espiritual se quería que fuese. Lo que él es verdaderamente, como espíritu, en el mundo espiritual, se manifiesta solamente cuando, en el intervalo entre dos encarnaciones, asciende a la quinta región del mundo espiritual. En esta región él es verdaderamente *él mismo*. Es, precisamente, aquello que en las múltiples encarnaciones obtiene una existencia exterior. En tal región, el verdadero *yo* del hombre puede expandirse libremente en todas las direcciones. Este *yo*, por tanto, es aquello que reaparece como Uno en cada encarnación y lleva consigo las capacidades que se han desarrollado en las regiones inferiores del mundo espiritual, transportando así los frutos de las vidas precedentes a las que siguen. El es el portador de los resultados de las encarnaciones anteriores. Por ello, el *yo*, cuando permanece en la quinta región del mundo espiritual, está en el reino de los intentos y de los designios. Como un arquitecto adquiere experiencia de las imperfecciones en que incurre en sus trabajos e introduce en los nuevos planos lo que en el transcurso del tiempo ha ido perfeccionando, así también el *yo* se despoja, en la quinta región, de los resultados de sus vidas anteriores, que se refieren a imperfecciones de los mundos inferiores, y fecunda los intentos del mundo espiritual del que participa, con los resultados de las vidas pasadas. Es evidente que la fuerza que es extraída de aquella región, es proporcional a los resultados dignos de ser acogidos en el Reino de los intentos, que el *yo* ha adquirido durante su encarnación. Un *yo* que durante la vida terrena ha procurado realizar los intentos del espíritu, mediante una activa vida de pensamiento, o mediante una sabia obra de amor, habrá adquirido grandes derechos en aquellas regiones; en cambio, quien se ha dado enteramente a las cosas del momento y ha vivido sólo en lo que es transitorio, ciertamente que no ha sembrado nada que pueda representar parte alguna en los intentos de la eterna ordenación del mundo.

Solamente esa mínima parte de las acciones del *yo* que se extendió más allá de los intereses del día, puede desarrollar su fruto en las regiones superiores del mundo espiritual, pero no es necesario creer que aquí se trata de lo que procura gloria terrena o algo semejante; no, precisamente se trata de lo

que en las circunstancias más pequeñas de la vida conduce a la conciencia de que cada cosa tiene su importancia para el eterno devenir de la existencia. Es necesario familiarizarse con la idea de que en esta región, el hombre debe juzgar de manera diferente que en la vida física. Por ejemplo, si el hombre ha adquirido poco de lo que tiene afinidad con esta quinta región, surge en él el estímulo para tener el impulso en la siguiente vida terrena, que le permitirá desenvolverse de manera que el destino (karma) de la misma, muestre el correspondiente efecto de esa deficiencia. Lo que después, en la siguiente vida terrena, desde el punto de vista de aquella misma vida, se manifiesta como destino doloroso — y como tal será quizá muy deplorado por el hombre — en cambio, en esta región del mundo espiritual, es considerado como una suerte absolutamente necesaria. Como el hombre, en la quinta región, vive en su verdadero *yo*, se encuentra por encima de todo lo que en los mundos inferiores lo envuelve durante sus encarnaciones. El es ahí lo que fue siempre y lo que será siempre durante el curso de sus encarnaciones. Vive en la esfera de los intentos que regulan a las encarnaciones y que él incorpora a su propio *yo*. Mira retrospectivamente su pasado y siente que todo lo que ha experimentado formará parte de los intentos que llevará a cumplimiento en el futuro, se le presenta una especie de memoria de las vidas pasadas y la visión profética de las futuras. Se ve: aquello que más arriba hemos llamado Seidad Espiritual, en lo que ha evolucionado, vive en esta región con su correspondiente realidad: se desarrolla y se prepara para hacer posible, en una nueva encarnación, la realización de los intentos espirituales en la realidad terrena.

Cuando la Seidad Espiritual, después de una serie más o menos larga, de permanencias en el mundo espiritual, ha evolucionado hasta el punto de poder moverse libremente allá, considerará a aquel mundo cada vez más como su verdadera patria. La vida espiritual se le hará familiar, como al hombre corriente la vida en la realidad física, y los puntos de vista del mundo espiritual, desde entonces en adelante, tendrán sobre él acción determinante, y serán los únicos que, más o menos conscientemente adoptará para sus siguientes encarnaciones. La Seidad se puede considerar como parte integrante del orden universal divino; las limitaciones y las leyes de la vida terrena no afectan ya a su interno ser, y la fuerza para todo lo que lleva a cabo se la provee el mundo espiritual; pero el mundo espiritual es una Unidad; quien vive en él, sabe cómo el Eterno ha creado el pasado y cómo desde el Eterno mismo se determina la dirección del porvenir. La perspectiva del pasado se amplía y se perfecciona. Un hombre que llega a este grado de evolución se fija la meta a que ha de llegar en la próxima encarnación y desde el mundo

espiritual influye sobre su propio porvenir, de manera que éste se cumpla conforme a la Verdad y al Espíritu. Un hombre así, durante el intervalo entre dos encarnaciones, se encuentra en presencia de todos aquellos seres sublimes, ante la mirada de los cuales se manifiesta sin velos la Sabiduría Divina, porque él ha ascendido hasta la altura en la cual puede comprenderlos. En la sexta región del mundo espiritual el hombre cumple sus acciones de acuerdo a la verdadera naturaleza del mundo, porque ya no busca lo que le beneficia, sino lo que debe sobrevenir según el justo curso de la ordenación del mundo. La séptima región del mundo espiritual conduce al límite extremo de los tres mundos. El hombre se encuentra aquí frente a los núcleos vitales que de los mundos superiores son transportados a los tres mundos que hemos descripto, para cumplir el deber que se les ha asignado. El hombre, al llegar al límite de los tres mundos, se reconoce entonces a sí mismo en su propio núcleo vital. De esto se deduce que para él, los enigmas de aquellos tres mundos deben quedar resueltos; abarca con la mirada la vida toda de estos mundos. En las condiciones ordinarias de la vida física, el alma no es consciente de las capacidades por virtud de las cuales pasa en el mundo espiritual las experiencias aquí descriptas. Estas facultades, trabajan en las profundidades inconscientes del alma, los órganos corpóreos que forman nuestra conciencia del mundo físico. Esta es precisamente, la razón por la cual resultan invisibles en este mundo. También el ojo no ve a sí mismo, porque en él actúan las fuerzas que hacen visibles las otras cosas. Si se quiere juzgar en cuánto una vida humana, entre el nacimiento y la muerte, puede ser el resultado de vidas terrenas precedentes, es necesario tener en cuenta, que un punto de vista fundado sobre esta misma vida, tal como al principio nosotros la recibimos, no ofrece ninguna posibilidad de juicio. Para tal punto de vista, una vida terrena podría parecer dolorosa o imperfecta; en cambio, con respecto a estas condiciones con todo su dolor y toda su imperfección, debe resultar como consecuencia de vidas anteriores, si se observan desde afuera en esta vida terrena. Cuando el alma se encamina por el sendero del conocimiento, en el sentido que se describirá en uno de los próximos capítulos, se libera de las condiciones de la vida corpórea y así llega a percibir en imágenes las experiencias por que pasa entre la muerte y el nuevo nacimiento. Esta percepción da la posibilidad de describir los procesos del mundo espiritual, de la manera como lo hemos esbozado aquí. Esta descripción, en su justa luz, es posible, solamente si no se descuida el tener presente que toda la disposición del alma es distinta en el cuerpo físico de lo que es en el puro experimentar espiritual.

V. EL MUNDO FÍSICO Y SU RELACIÓN CON EL MUNDO ANÍMICO Y ESPIRITUAL

Las cosas y los seres del mundo anímico y del mundo espiritual, no pueden ser percibidas por los sentidos físicos ordinarios. Lo que forma el objeto de esta percepción sensible pertenece a un tercer mundo, que debe sumarse a los dos mundos ya descritos. Durante su existencia terrena, el hombre vive contemporáneamente en los tres mundos; percibe las cosas del mundo físico y actúa sobre ellas. Las cosas del mundo anímico actúan en él mediante sus fuerzas de simpatía y de antipatía; su alma provoca también en el mundo anímico vibraciones u ondas por medio de sus inclinaciones, sus repulsiones, sus deseos y sus pasiones. Pero la esencia espiritual de las cosas se refleja en el mundo de los pensamientos del hombre, y él mismo, como ser espiritual pensante, es habitante del mundo espiritual y compañero de todo lo que vive en esta región del Universo. Es evidente, entonces, que el mundo de los sentidos es solamente una parte de todo cuanto circunda al hombre; esta parte emerge del ambiente circundante general, con una cierta apariencia de autonomía, porque los sentidos la pueden percibir, mientras a los mismos sentidos se les escapa la parte anímica y espiritual, aunque éstas también pertenezcan a este mundo. Como un trozo de hielo flotante en el agua, es también materia igual a la del líquido que lo rodea difiriendo únicamente por ciertas propiedades particulares, así los objetos de los sentidos son materia semejante a la de los mundos circundantes, anímico y espiritual, y se distinguen solamente por ciertas cualidades que los hacen perceptibles a los sentidos físicos. Son, hablando en parte figuradamente, objetos anímicos y espirituales condensados; y es, precisamente, por efecto de esta condensación que los sentidos los pueden conocer. Y como el hielo es una de las formas en que el agua existe, así todos los objetos de los sentidos son solamente una forma en la que existen las cosas anímicas y espirituales. Una vez bien comprendido esto, es también fácil comprender cómo, análogamente a la transformación del agua en hielo, el mundo espiritual puede pasar al anímico y éste al físico.

Este punto de vista explica también por qué el hombre es capaz de formarse pensamientos sobre las cosas físicas. Hay una pregunta que debería presentarse a todo el que piensa. ¿Qué relación existe entre el pensamiento

que el hombre se forma de una piedra, por ejemplo, y la piedra misma?. Esta pregunta se presenta con particular claridad ante el espíritu de los que penetran profundamente en la naturaleza exterior de las cosas; sienten la armonía entre el mundo del pensamiento humano y la estructura y el orden de la naturaleza. El astrónomo Kepler habla de esta armonía de la manera siguiente: “Es verdad que la incitación de lo divino a los hombres para que estudien astronomía está escrito en el mundo, no con palabras, sino con los hechos mismos, ya que existe correspondencia de los conceptos y de los sentidos humanos con el concatenamiento de los cuerpos y de los estados celestes”.

Solamente porque las cosas del mundo de los sentidos no son más que entidades espirituales condensadas, el hombre — que mediante su pensamiento se eleva hasta estas entidades espirituales — puede comprender las cosas con su pensamiento. Las cosas sensibles derivan del mundo espiritual, son solamente otra forma de las entidades espirituales; y cuando el hombre se forma un pensamiento sobre las cosas, su interioridad se vuelve de la forma física al arquetipo espiritual de las mismas cosas. El comprender una determinada cosa mediante el pensamiento, es un proceso que podemos comparar a aquel mediante el cual un cuerpo sólido es antes licuado en el fuego, para que el químico pueda después estudiarlo en su forma líquida. En las diversas regiones del mundo espiritual se encuentran los arquetipos espirituales del mundo sensible. En la quinta, sexta y séptima regiones, los arquetipos se presentan todavía como puntos germinativos vivientes; en las cuatro regiones inferiores se forjan en formas espirituales. Son estas formas espirituales que el hombre percibe como en un pálido reflejo, cuando mediante el pensamiento quiere llegar a la comprensión de las cosas sensibles: quien aspira a comprender espiritualmente el mundo que lo circunda, se preguntará cómo aquellas formas espirituales se han condensado para construir el mundo sensible. El ambiente que es accesible a la observación humana, se diferencia en cuatro grados bien distintos entre sí: el mineral, el vegetal, el animal y el humano. El reino mineral es percibido mediante los sentidos y comprendido mediante el pensamiento. Cuando formamos un pensamiento referente a un cuerpo mineral cualquiera, tenemos ante nosotros dos cosas: el objeto sensible y el pensamiento. De conformidad con esto, es necesario representarnos que el objeto sensible es un ser-pensamiento condensado. Ahora bien, un ser mineral actúa sobre otro ser iliberal de manera externa; puede chocar y moverla, calentarla, iluminarla, disolverla, etc.; este modo de actuar exteriormente puede expresarse mediante pensamientos; el hombre puede formarse pensamientos sobre el modo que, conforme a las leyes, los cuerpos minerales

actúan externamente unos sobre otros. De este modo, sus propios pensamientos se amplían hasta formar una imagen mental del conjunto del mundo mineral y esta imagen mental es un reflejo de la imagen primordial de todo el mundo sensible mineral. Se encuentra en su conjunto en el mundo espiritual.

En el reino vegetal, a la influencia externa de un objeto sobre otro, se agregan los fenómenos del crecimiento y el de la reproducción. La planta crece y produce nuevo; seres semejantes a ella. A lo que se presenta al hombre en el reino mineral, viene a agregarse aquí la vida.

La simple reflexión sobre este hecho nos resultará particularmente instructiva; la planta tiene en sí el poder de darse a sí misma su forma viviente y de reproducir esta forma en un ser semejante a ella. Y en el medio, entre el género de sustancias minerales sin forma específica, como se nos muestra, por ejemplo, en los gases y en los líquidos, etc., y las formas vivientes del mundo vegetal, existen las formas de los cristales. En los cristales tenemos el pasaje del mundo mineral amorfo a la facultad de producir formas vivientes en el reino vegetal. En este proceso exterior sensible de formación, tanto en el reino mineral como en el reino vegetal, se ve la condensación sensible de ese proceso, puramente espiritual, que tiene lugar cuando los gérmenes espirituales de las tres regiones superiores del mundo espiritual se transmutan en las formas espirituales de las regiones inferiores. Al proceso de cristalización, corresponde, en el mundo espiritual, como su arquetipo, el pasaje del germen espiritual amorfo, a la figura dotada de forma. Si este pasaje llega a un grado de condensación que permite la percepción de los sentidos, entonces se muestra en el mundo físico como proceso mineral de cristalización. En la vida vegetal también, hay un germen espiritual dotado de forma, pero aquí el ser formado ha conservado la capacidad viviente de dar la forma, mientras que en el cristal, el germen espiritual, al adquirir la forma, ha perdido la facultad plasmadora; el cristal ha agotado su energía en la adquisición de su forma. La planta, en cambio, posee una forma y tiene, asimismo, la facultad plasmadora. La vida vegetal ha conservado esa capacidad de los gérmenes espirituales de las regiones superiores del mundo espiritual. La planta, por tanto, es forma, como el cristal, siendo también fuerza plasmadora. Además de la forma que los seres primordiales han asumido en la planta, es también activa en esta última forma la que lleva la impronta de los seres espirituales de las regiones superiores. Sin embargo, sólo es perceptible a los sentidos lo que la planta expresa en su forma definida; los seres plasmadores que dan a esta forma la vitalidad, existen en el reino

vegetal de un modo que los sentidos físicos no los pueden percibir. El ojo físico ve a la planta pequeña de hoy y, después de algún tiempo, nota su crecimiento; pero la fuerza plasmadora que ha hecho de una pequeña planta una planta grande, es invisible para nuestros ojos. Este ser de fuerza plasmadora representa la parte activa invisible del mundo vegetal; los gérmenes espirituales han descendido un grado para obrar en el reino de la forma. En la ciencia espiritual se habla de los reinos elementales. Si las formas primordiales que no tienen todavía forma alguna, se indican como primer reino elemental, entonces los seres-fuerza invisibles para los sentidos, que actúan como artífices del crecimiento vegetal, pertenecen al segundo reino elemental. En el reino animal, a su capacidad de crecimiento y de reproducción, se agregan las sensaciones y los impulsos; éstas son manifestaciones del mundo anímico; un ser dotado con estas propiedades pertenece al mundo anímico, recibe impresiones del mismo, y por ellas lleva a cabo acciones. Ahora bien, toda sensación, todo impulso que surge en un ser animal, proviene de las profundidades del alma animal. La forma es más duradera que la sensación o el impulso. Se puede decir que la vida de los sentimientos es a la forma viviente más duradera, como la forma variable de la planta es a la forma rígida de los cristales. La planta, en cierto modo, se agota en la fuerza plasmadora, agrega siempre nuevas formas a sí misma durante su vida — primero las raíces, después las hojas, las flores, etc. —; el animal, en cambio, llega a una forma en sí definitiva y en esta forma desarrolla una vida variada de sentimientos y de impulsos; y esta vida tiene su existencia en el mundo anímico. Como la planta es lo que crece y se reproduce, el animal es lo que siente y desarrolla sus impulsos. Esto, para los animales, representa el elemento amorfo que se manifiesta en formas siempre nuevas. Asumen al fin, sus procesos arquetípicos en las regiones más elevadas del mundo espiritual, pero desenvuelven su actividad en el mundo anímico. Así en el reino animal, además de aquellos seres-fuerza, invisibles a los sentidos, que dirigen el crecimiento y la reproducción, existen otros seres que han descendido a un grado más bajo en el mundo anímico. En el reino animal, por tanto, existen como artífices que producen las sensaciones y los impulsos, seres sin forma que revisten involucros anímicos; son los verdaderos arquitectos de las formas animales; la región a la que pertenecen es llamada por la ciencia espiritual, el tercer reino elemental. El hombre, además de las facultades ya indicadas para las plantas y para los animales, posee la de perfeccionar sus sensaciones, transformándolas en ideas y pensamientos y de regular sus impulsos por medio del razonamiento. El pensamiento, que en la planta se manifiesta como

forma y en el animal como fuerza anímica, en el hombre se presenta en su propia forma, es decir, como pensamiento. El animal es alma, el hombre es espíritu. La entidad espiritual ha descendido todavía un grado más; mientras en el animal ésta plasmaba el alma, en el hombre, en cambio, ha penetrado hasta el mundo de la materia sensible. El espíritu está realmente presente en el cuerpo, sensible, humano y, precisamente, porque aparece revestido de lo físico, sólo se manifiesta como débil reflejo que es el pensamiento, representando la entidad espiritual. Por intermedio del órgano físico del cerebro, se manifiesta en el hombre el espíritu, y éste es la esencia íntima del hombre. El pensamiento es la forma que la entidad espiritual amorfa asume en el hombre, así como en la planta asume forma y en el animal alma. Por esto, el hombre, como ser pensante que es, no depende para su construcción de ningún reino elemental fuera de sí mismo; su reino elemental trabaja en su cuerpo físico. Por el solo hecho de que el hombre es un ser que tiene forma y sentimiento, trabajan en él los elementales del mismo género de los que actúan en las plantas y en los animales. Pero el órgano del pensamiento, en el hombre, se desarrolla totalmente desde el interior de su cuerpo físico. En el organismo mental del hombre, en su sistema nervioso, que ha llegado a la formación de un perfecto cerebro, tenemos ante nosotros, materialmente visible, lo que en las plantas y en los animales trabaja como seres-fuerza suprasensibles. De esto resulta que, mientras el animal tiene la sensación de sí, el hombre en cambio posee la conciencia de sí. En el animal, el espíritu se siente como alma, pero no se comprende todavía a sí mismo como espíritu. En el hombre, el espíritu se reconoce a sí mismo como espíritu, pero, por hallarse condicionado a lo físico, sólo se reconoce como un reflejo muy débil del espíritu, como pensamiento. En este sentido, el mundo triple se subdivide del modo siguiente:

1. Reino de los seres arquetipos amorfos (primer reino elemental);
2. Reino de los seres creadores de forma (segundo reino elemental);
3. Reino de los seres anímicos (tercer reino elemental);
4. Reino de las formas creadas (formas cristalinas);
5. Reino que resulta perceptible a los sentidos en las formas, alrededor de las cuales trabajan los seres creadores de la forma (reino vegetal);
6. Reino que resulta también físicamente perceptible a los sentidos en las formas, en la que no obstante son activos, además de los seres creadores de la forma, los que desenvuelven su actividad en

- el alma (reino animal);
7. Reino en el que las formas son perceptibles a los sentidos, en el que actúan los seres creadores de la forma y los seres activos en el alma y en los que el espíritu se forja en forma de pensamiento, en el mundo físico (reino humano).

De todo esto se ve cómo las partes constitutivas fundamentales del hombre encarnado se relacionan con el mundo espiritual. Debemos considerar el cuerpo físico, el cuerpo etérico, el cuerpo anímico sensible y el alma racional como arquetipos del mundo espiritual condensados en el mundo de los sentidos. El cuerpo físico es el resultado de una condensación del arquetipo humano que hace a éste perceptible a los sentidos. Por esto podemos también designar al cuerpo físico como una entidad del Primer Reino Elemental condensado, al punto de ser físicamente visible. El cuerpo etérico debe su existencia a que la forma generada de la manera que hemos indicado, es mantenida móvil mediante una entidad, no perceptible a los sentidos físicos, pero cuya actividad se extiende al reino de los sentidos. Si se quisiera caracterizar de un modo más completo, semejante entidad, sería indispensable decir que tiene su origen primordial en las regiones más elevadas del mundo del espíritu, que se forja en la segunda región, para ser arquetipo de la vida, y como tal actúa en el mundo de los sentidos. De la misma manera, la entidad que construye el cuerpo anímico sensible, es originaria de las regiones más elevadas del mundo espiritual, se forja en la tercera región de éste, para ser arquetipo del mundo anímico, y actúa como tal en el mundo de los sentidos. El alma racional empieza a formarse, porque en la cuarta región del mundo espiritual el arquetipo del hombre pensante se transforma en pensamiento y, como tal, actúa directamente, como ser pensante, en el mundo de los sentidos. De este modo, el hombre está en el mundo de los sentidos; así el espíritu trabaja en torno a su cuerpo físico, a su cuerpo etérico y a su cuerpo anímico sensible. Así este espíritu se manifiesta en el alma racional. Mientras en torno a los tres principios inferiores del hombre colaboran los arquetipos en forma de seres, que en cierto modo le son extraños, en su alma racional es el hombre mismo quien trabaja conscientemente sobre sí mismo. Los seres que trabajan en el cuerpo físico son los mismos que forjan el reino mineral; en su cuerpo etérico trabajan los seres que son activos en el reino vegetal; y en su cuerpo anímico sensible trabajan los seres que viven de manera invisible y no perceptible en el reino animal, pero que extienden su actividad en todos estos reinos.

Así, los diversos mundos cooperan en sus acciones; el mundo en el cual el hombre vive es la expresión de esta colaboración.

Cuando se ha comprendido de esta manera el mundo de los sentidos, se nos abre la posibilidad de comprender a otros seres de género diferente a los que existen en los cuatro reinos de la Naturaleza ya mencionados. Como ejemplo podemos citar a la entidad que es llamada espíritu de los pueblos, espíritu nacional. Esta no se manifiesta de manera inmediata, perceptible a nuestros sentidos: pero vive y desenvuelve su actividad en las sensaciones, en las inclinaciones, en los sentimientos que son comunes a toda una nación. Se trata, por tanto, de un ser que no se encarna físicamente; pero como el hombre construye su cuerpo con materia visible y tangible, plasma también su cuerpo con materia extraída del mundo anímico. Este cuerpo anímico del espíritu nacional es como una nube en la cual viven los componentes de una nación; su acción se manifiesta en las almas de todos los hombres, pero él no se deriva de aquellas almas. Para quienes no se representan el espíritu nacional de este modo, éste viene a ser como una figura esquemática, privada de esencia y de vida, una pura abstracción. Y lo mismo se puede decir, de otro ser que se llama el espíritu de la época. De este modo la vista espiritual se extiende sobre una gran variedad de seres, inferiores y superiores, que viven en torno al hombre, sin que él los perciba con los sentidos. Quienes poseen la facultad de la visión espiritual perciben estos seres y pueden describirlos. Pertenecen a los géneros inferiores de esos seres los designados por los ocultistas con los nombres de salamandras, sífides, ondinas, gnomos, etc. Naturalmente, tales descripciones no deben tomarse como representaciones de la realidad en que están fundados. Si lo fuesen, entonces el mundo que con ellos tratamos de describir no sería espiritual, sino absolutamente material. Estas son claras ilustraciones de una realidad espiritual que sólo se puede describir de este modo, es decir, por medio de analogías. Quienes admiten solamente la realidad de lo que se puede percibir con los sentidos, consideran a tales seres como parte de una desordenada fantasía y de la superstición. Naturalmente que estos seres no pueden ser visibles para los ojos físicos, porque no tienen un cuerpo físico. La superstición no consiste en creerlos reales, sino en creer que esos seres puedan aparecer en forma física. Seres de esas formas cooperan en la construcción del mundo y se los encuentra apenas se penetra en las regiones de los mundos superiores, inaccesibles a los sentidos físicos. Los que ven en tales descripciones la imagen de realidades espirituales no son unos supersticiosos; lo son en cambio, los que creen en la existencia física de esas imágenes y también los que niegan el espíritu, porque creen que tienen el

deber de negar las imágenes sensibles. Debemos mencionar también, ciertos seres que no descienden hasta el mundo anímico, porque su envoltura está constituida solamente de substancia del mundo espiritual; el hombre los percibe y se hace su compañero al despertarse la vista y el oído espiritual. Este despertar le hace comprensible muchas cosas, que de otro modo miraría sin poderlas comprender: desaparece la obscuridad en torno a él y descubre las causas primordiales cuyos efectos se manifiestan en el mundo de los sentidos. Comprende entonces lo que negaba cuando le faltaba la vista espiritual o ante lo cual debía contentarse con la frase: “Existen muchas más cosas entre el cielo y la tierra de lo que enseña la ciencia corriente”. Las personas espiritualmente sensibles experimentan cierta inquietud cuando adivinan alrededor de sí mismos la existencia de un mundo diferente del físico, tienen un vago presentimiento y se adelantan vacilantes como ciegos en medio de cosas físicas y visibles. Sólo una clara visión de estas regiones más elevadas de la existencia y la penetración consciente en todos los procesos de las mismas, puede dar al hombre la seguridad de sí mismo y de conducirlo a la meta. Por medio de la visión de lo que es inaccesible a los sentidos físicos, el hombre amplía su ser de manera de sentir la vida que ha transcurrido hasta entonces como un sueño sobre las cosas de este mundo.

VI. LAS FORMAS-PENSAMIENTO Y EL AURA HUMANA

Se ha demostrado que las cosas de cada uno de los tres mundos, adquieren realidad para el hombre, solamente cuando éste adquiere la capacidad y los órganos para percibirlos. Ciertos procesos, en el espacio, el hombre los percibe como fenómeno de luz, únicamente porque tiene el ojo bien construido. Lo que es real, se manifiesta a un ser en proporción a su propia receptividad. Por tanto, nunca se debe decir que es real solamente lo que uno puede percibir; muchas cosas, para cuya percepción nos faltan los órganos, pueden ser reales. El mundo anímico y el espiritual son reales tanto como el mundo físico; son más reales aun que el mundo físico, en sentido mucho más elevado. Es verdad que ningún ojo físico puede ver los sentimientos o las ideas; no obstante, éstos son reales; y como el hombre, mediante sus sentidos externos, percibe el mundo físico que tiene ante sí, del mismo modo, mediante sus sentidos espirituales, percibe los sentimientos, los impulsos, los instintos, los pensamientos. Precisamente como por medio del ojo físico, ciertos procesos en el espacio son vistos como fenómenos de colores, así también los procesos anímicos y espirituales mencionados, pueden percibirse mediante los sentidos internos como fenómenos análogos a las manifestaciones de los colores físicos. El sentido más recóndito de esto puede ser comprendido verdaderamente por quien ya ha entrado en el sendero del conocimiento, del que trataremos en el próximo capítulo, y que por esto ha desarrollado sus sentidos internos. A un hombre de éstos le resultan suprasensiblemente visibles los fenómenos anímicos en el mundo anímico circundante y los fenómenos espirituales en el mundo espiritual; para él, los sentimientos que experimenta en los demás seres, irradian de estos últimos como proyecciones luminosas; los pensamientos a los que dirige su atención fluyen a través del espacio espiritual. Para este observador, el pensamiento de una persona que se refiere a otra, no es una cosa imperceptible, sino un proceso que se percibe. El contenido de un pensamiento vive como tal sólo en el alma del que lo ha pensado; pero este contenido produce efectos en el mundo espiritual, y éstos representan el proceso perceptible para el ojo espiritual. El pensamiento parte como una realidad efectiva de una persona y se dirige hacia otra. El modo como este pensamiento actúa sobre otra persona es experimentado como un

proceso perceptible en el mundo espiritual. Así, en quien se han despertado los sentidos superiores, el hombre físicamente perceptible es sólo una parte de todo el hombre. Este hombre físico es el centro de los efluvios anímicos y espirituales. No se pueden dar más que indicaciones superficiales del mundo tan variado que se abre a quien ha adquirido la visión de los mundos superiores. Por ejemplo, un pensamiento humano que no vive habitualmente más que en la comprensión mental de los oyentes, se presenta como un fenómeno coloreado, espiritualmente perceptible, y su color corresponde al carácter del pensamiento. Un pensamiento que surge de un impulso sensual del hombre, tiene una coloración absolutamente distinta del que nace del interés que éste manifiesta por la ciencia pura, por la belleza superior o por la eterna bondad. Los pensamientos relacionados con la vida de los sentidos, atraviesan el mundo anímico (*Las explicaciones que se dan aquí se prestan, naturalmente, a muchos malentendidos. Al final de esta nueva edición volveremos con algunas observaciones sobre el asunto*) diversamente coloreados de rojo, mientras que aparecen con un bello amarillo, los pensamientos por medio de los cuales el pensador se inclina a concepciones más elevadas. Un pensamiento que se deriva de un amor devoto, resplandece con una bellísima coloración rosada. Y así como el contenido del pensamiento, también la mayor o menor precisión del mismo, se expresa por la forma suprasensible con que se manifiesta. Mientras el pensamiento preciso de un pensador, se manifiesta en formas y contornos bien determinados, una idea confusa se manifiesta, en cambio, como una figura nebulosa, de contornos imprecisos.

La entidad anímica y espiritual del hombre, de tal manera aparece como una parte suprasensible del conjunto de la entidad humana.

Llamamos *aura humana* a las manifestaciones coloreadas, perceptibles solamente a los sentidos superiores, que irradian en torno al cuerpo físico del hombre y lo envuelven como en una nube, de forma, aproximadamente, ovoidal. La extensión de esta aura es diferente en los distintos hombres, pero, término medio, se puede decir que el hombre completo aparece el doble más alto y cuatro veces más ancho del físico.

Dentro de esta aura fluctúan los colores más variados, y este ondular refleja fielmente, con la variedad de sus colores, la vida interna del hombre. Ciertas cualidades constantes, sin embargo, como ciertos talentos o hábitos, o determinadas propiedades del carácter, se expresan en colores fundamentales, también constantes.

Los hombres que se encuentran lejos de las experiencias del Sendero

del Conocimiento, que se expone en el próximo capítulo de este libro, quizá no podrán darse cuenta de lo que se entiende por el aura que aquí se describe. Ellos podrán creer que los colores de que se habla, se presentan ante el alma, como un color físico ante los ojos. Un color anímico semejante no sería más que una alucinación. Y la ciencia espiritual nada tiene que hacer con las impresiones de género alucinatorio, y no se trata absolutamente de esto en las descripciones que se han dado. Para llegar a una idea exacta, es necesario tener presente lo que sigue. El alma experimenta ante un color físico, no solamente la impresión física, sino que recibe también, una experiencia anímica. Esta experiencia anímica es diversa según que el alma perciba, por medio del ojo, una superficie amarilla o una azul. Se puede llamar a esta experiencia, un vivir en el amarillo o un vivir en el azul. El alma que se ha encaminado por el Sendero del Conocimiento, experimenta en amarillo ante las experiencias anímicas activas de los demás seres; y experimenta en azul ante las disposiciones del alma que tienden a la abnegación y a la devoción. Lo que es esencial, no es el hecho que el vidente, frente a la idea de otra alma, vea lo azul, así como ve este azul en el mundo físico, sino que es esencial que tenga una experiencia que lo autorice a llamar azul a aquella idea, así como el lumbré físico puede llamar azul a una cortina. Por lo demás, es esencial que el clarividente sea consciente de que esta experiencia suya se verifique independientemente del cuerpo, de manera que acoja la posibilidad de hablar del valor y del significado de la vida anímica en el mundo que no es percibido por medio del cuerpo humano. Si bien es absolutamente necesario tener presente también este significado de su descripción, para el vidente, es completamente natural hablar de azul, amarillo, verde, etc. en el aura.

El aura es muy distinta según los diferentes temperamentos y las diferentes disposiciones de los hombres, como varía también según los grados de evolución espiritual. El hombre completamente dominado por sus impulsos animales, tiene un aura muy distinta del que vive mucho en las ideas: es esencialmente distinta el aura de una persona de tendencia religiosa, de la de una completamente absorbida por las trivialidades de la vida cotidiana. Agréguese que todas las disposiciones momentáneas, todos los dolores, las alegrías, las inclinaciones, se expresan también en el aura.

Para aprender a conocer el significado de los colores, es preciso confrontar el aura de las diversas experiencias anímicas. Veamos, para empezar, las experiencias anímicas fuertemente improntadas de aspecto pasional. Estas pueden ser divididas en dos clases diversas: unas en que el afecto es determinado principalmente por la naturaleza animal y, otras, en que

el afecto se manifiesta en la forma más meditada, que ha sido fuertemente influenciada por la reflexión. En las primeras se observa una preponderancia de colores pardo y rojo amarillento, en diversas gamas que atraviesan el aura en determinadas direcciones. En las otras, aquellas capaces de afectos más delicados, aparecen en los mismos puntos colores rojo amarillento claro y verde. Es fácil comprobar que al aumentar la inteligencia, los colores verdes se hacen mucho más abundantes. Personas muy inteligentes, pero que se dan enteramente a la satisfacción de sus deseos animales, tienen en su aura mucho verde que, sin embargo, muestra huellas, más o menos, visibles de marrón o rojo marrón. Las personas menos inteligentes muestran una gran parte de su aura recorrida por movimientos rojo oscuro o rojo sangre oscuro.

Esencialmente distinta de aquellas de naturaleza pasional, es el aura de las personas tranquilas, reflexivas, ponderadas. En ellas, escasamente se ven los colores oscuros o rojizos, mientras resaltan más numerosas las tonalidades del verde. En los grandes pensadores, el aura muestra un color fundamental de un verde simpático, agradable. Esto también se verifica en las personas de las cuales se puede decir con certeza que saben adaptarse a cualquier circunstancia de la vida.

Los colores celestes se presentan en el aura de las personas devotas y se intensifican a medida que el hombre empeña su *yo* en el servicio de una causa. También desde este aspecto podemos distinguir dos categorías de personas completamente distintas: las de naturaleza no habituada a desarrollar su fuerza, pensamiento, diríase almas pasivas que no pueden agregar nada a la corriente de los acontecimientos del mundo, fuera de su bonhomía; el aura de éstas resplandece en un bello celeste. De este mismo color son las de naturaleza devocional y religiosa, las de las almas piadosas y las de los que desenvuelven su actividad en una vida dedicada a la beneficencia. Si tales personas están dotadas también de una viva inteligencia, entonces en sus auras se alternan las corrientes celestes, con otras verdes, o el mismo color azul asume un tinte verdoso. Es característico de las almas activas, en contraste con las pasivas, en las que el interior de sus auras celestes es compenetrado, diríamos, por tonalidades más claras. Las naturalezas ingeniosas, los inventores, los que tienen ideas luminosas y fértiles, irradian casi como de un centro interior coloraciones más claras. Esto se verifica en el más alto grado en las personas que son llamadas sabias, sobre todo, en las que están llenas de ideas fructíferas. En general, todo lo que indica una actividad espiritual, toma más bien la forma de rayos que se proyectan del interior, mientras que todo lo que deriva de la vida animal tiene formas de nubecillas irregulares que

fluctúan en el aura.

Según sean las ideas que surjan de la actividad que el alma ponga al servicio de los impulsos animales o al desinterés, ideales u objetivos, las respectivas auras presentan coloraciones diversas. La mente imaginativa que emplea todas sus ideas solamente para la satisfacción de sus pasiones sensuales, manifiesta en su aura el matiz rojo azulado oscuro; el aura de una persona que pone sus pensamientos al servicio de intereses objetivos o generales se presenta en cambio con coloraciones claras, rojicelestes. Una vida espiritual, de noble devoción y capacidad de sacrificio, se caracteriza por el color rosa o violeta claro.

Y no sólo la disposición fundamental del alma, sino también los afectos y los impulsos transitorios y otras experiencias interiores, manifiestan sus fluctuaciones en los colores del aura. Una explosión súbita de cólera violenta produce ondas rojas. Un sentimiento de dignidad ofendida que determina un desahogo momentáneo, puede manifestarse con la aparición de nubes verde oscuro. Las manifestaciones de colores, por lo demás, no se evidencian solamente como nubes irregulares, sino que se pueden manifestar también como figuras más o menos regulares y bien circunscriptas. Así, por ejemplo, en un acceso de miedo, el aura se muestra toda atravesada por estrías onduladas de tonos celestes con chispitas rojiazuladas. En otra persona, en cambio, que espera con ansiedad un acontecimiento cualquiera, se ve el aura continuamente atravesada, del centro a la periferia, por estrías de color rojo azulado.

Para quien esté dotado de exacta percepción espiritual, es fácil descubrir cada impresión que un hombre recibe desde afuera. Las personas que fácilmente se excitan por cualquier influencia externa, muestran un continuo relampaguear de pequeños puntos y manchitas rojiazuladas en su aura, mientras que en las personas que no tienen sentimientos vivaces, estas manchitas se muestran de un color amarillo anaranjado o un amarillo agradable. Las personas distraídas tienen en el aura manchitas azuladas que tienden al verde, de formas más o menos variables.

Quien tenga bien desarrollada la visión espiritual puede distinguir, en la fluctuante y radiante aura del hombre, tres géneros de manifestación coloreada. Existen ciertos colores que tienen más o menos el carácter de opacidad, que son apagados, si bien comparados con los colores perceptibles a nuestros ojos físicos, parecen ligeros y transparentes. Pero en el mundo suprasensible semejantes colores hacen al espacio que ocupan relativamente opaco, lo llenan de formas nebulosas. Un segundo género de colores lo

proporcionan los que son, diríamos, solamente luz: iluminan el espacio que ocupan, resultando por esto un espacio luminoso. Completa monte distinto de estos dos es el tercer género de estos fenómenos coloreados; tienen un carácter radiante, resplandeciente, chispeante. Estos fenómenos coloreados no sólo iluminan el espacio en que se encuentran, sino que lo hacen resplandeciente, radiante. En estos colores hay algo activo, algo móvil, es un continuo generarse como de sí mismo, mientras los otros dos, tranquilos y sin esplendor. Por la presencia de los dos primeros géneros de colores el espacio es llenado como por una substancia sutil, líquida, que queda inmóvil, mientras el tercer género lo llena de una vida siempre nuevamente encendida de actividad permanente.

Estos tres géneros de colores en el aura humana no están, como se podría suponer, separados y dispuestos uno junto a otro en el espacio, sino que se interpretan de las maneras más variables. En el mismo punto del aura se encuentran los tres géneros entrelazados al mismo tiempo, así como se puede ver y oír al mismo tiempo en un cuerpo físico, como por ejemplo, una campana. En consecuencia, resulta que el aura humana es un fenómeno extraordinariamente complicado, porque se podría decir que hay tres auras, una dentro de la otra, que se interpenetran. Pero se puede llegar a aclarar la impresión dirigiendo la atención alternativamente sobre una de estas tres auras. En el mundo suprasensible, se efectúa entonces, un procedimiento análogo al que se realiza en el mundo físico, cuando por entregarse completamente a la impresión de una melodía se cierran los ojos. El vidente tiene, en cierto modo, tres órganos distintos para los tres géneros de colores del aura; y para observar esto sin ser estorbado, puede abrir uno u otro de estos órganos y cerrar los otros dos. Puede darse también el caso, que en un clarividente se haya desarrollado uno solo de estos órganos, por ejemplo, el que corresponde al primer género de colores; verá entonces solamente una de las auras, y las otras dos quedarán invisibles para él. Así también, otra persona puede tener la facultad de percibir las dos primeras y no la tercera. El grado más elevado de la facultad clarividente consiste en que un hombre pueda percibir las tres auras, ser capaz de dirigir por un estudio especial, alternativamente, su atención sobre una u otra.

Esta triple aura es la expresión que puede percibirse por los sentidos suprasensibles de la entidad-hombre; en ella se manifiestan las tres partes: cuerpo, alma y espíritu.

La primera aura refleja la influencia que el cuerpo del hombre ejerce sobre su alma. La segunda caracteriza la vida propia del alma que se ha

elevado por encima de lo que estimula directamente los sentidos, pero que no se ha dedicado todavía al servicio de lo eterno. La tercera, finalmente, refleja el dominio que el Espíritu eterno ha adquirido sobre el hombre perecedero. Sin embargo, cuando se dan descripciones del aura, como aquí se ha hecho, es necesario tener siempre presente que semejantes cosas no sólo son difíciles de observar, sino, sobre todo, difícilísimas de describir. Por esto, las explicaciones deberían ser recibidas como simples sugerencias.

Para el vidente, las propiedades de la vida anímica se expresan por las características del aura. Si se le presenta un aura cuya vida está toda dedicada a satisfacer los impulsos y deseos momentáneos de sus sentidos y los estímulos externos, descubrirá la primera aura con los colores más estridentes, mientras la segunda sólo está débilmente desarrollada, con pocos colores, y la tercera aura apenas esbozada. Quizá sólo se encienda en uno y en otro punto una chispa como un indicio de que también en aquel hombre, lo eterno existe en germen, pero que está sofocado por la acción descrita de los sentidos. A medida que el hombre se libera de su naturaleza impulsiva, menos evidente y predominante se hace su primera aura. En cambio, se acrece cada vez más la segunda, llenando consecutivamente con su fuerza luminosa el cuerpo coloreado en el cual vive el hombre físico. Y cuanto más el hombre se empeña en ser un Servidor de lo Eterno, tanto más se manifiesta la tercer aura maravillosa, aquella parte que da testimonio del grado en que el hombre pertenece al mundo espiritual, porque a través de esta parte del aura humana, el *yo* divino irradia en el mundo terreno. Los hombres en los que esta aura está bien desarrollada, son las antorchas, las luces mediante las cuales la Divinidad ilumina a este mundo. Ellos evidencian por medio de esta parte del aura humana, hasta qué punto han aprendido a vivir, no para sí mismos, sino para lo que es eternamente Verdadero, Bello y Bueno, y que mediante ásperas luchas han llegado a obtener que su *yo* inferior se sacrifique en el altar de la Gran Obra Universal.

Así, en el aura humana, se expresa lo que el hombre ha hecho de sí mismo durante el curso de sus encarnaciones.

Las tres partes del aura contienen todos los colores de gradaciones muy diferentes; el carácter de éstas cambia con el progreso evolutivo del hombre. En la primera parte del aura la vida impulsiva, poco evolucionada, se muestra con todos los colores del rojo al azul, pero estos colores son opacos, turbios. Los colores rojos acentuados indican los deseos sensuales, los placeres carnales, los fuertes deseos de gozo del paladar y del estómago. Los colores verdes se hallan, sobre todo, en las naturalezas inferiores que tienden a la

apatía y a la indolencia, que se dedican ávidamente a cualquier goce rehuendo al mismo tiempo los esfuerzos que podrían requerirse para la satisfacción de los mismos. Cuando las pasiones tienden violentamente hacia una meta, que las facultades adquiridas no son capaces de conseguir, se presentan en el aura colores verde-marrón y amarillentos. En algunas esferas de la vida moderna se cultiva precisamente esta especie de aura.

El sentimiento personal, arraigado en las tendencias más bajas y que representa el grado ínfimo del egoísmo, se revela en el aura con colores que varían del amarillento poco definido al marrón. Sin embargo, es evidente que la vida puramente animal e impulsiva alguna vez puede asumir también un carácter simpático. La espontaneidad para el sacrificio, por ejemplo, se encuentra muy desarrollada en el reino animal; esta cualidad se hace evidente en toda su perfección en el afecto materno natural. Semejantes impulsos inegoístas se manifiestan en la primera aura, con un rojo claro o con varias gradaciones de rojo. La pusilanimidad, la vileza, el temor por las impresiones físicas, se reconocen en el aura por la presencia de colores entremezclados de azul y marrón o de azul y gris.

La segunda aura muestra también gradaciones variadísimas de colores. El color marrón y anaranjado nos indica presuntuosidad fuertemente arraigada, orgullo y ambición. La curiosidad se muestra por manchas rojo-amarillentas. El amarillo claro intenso, refleja los pensamientos bien determinados e inteligencia, mientras el verde expresa una comprensión aguda de la vida práctica y del mundo. Por ejemplo, los niños que aprenden fácilmente, muestran mucho verde en esta parte de su aura. Un amarillo verdoso en la segunda aura, parece indicio de buena memoria. El color rosado indica una naturaleza benévola, afectuosa, mientras el celeste es signo de devoción. Cuanto más ésta se aproxima al ardor religioso, tanto más el celeste se transforma en violeta. El idealismo y un concepto serio, superior de la vida, se revela con el índigo (añil).

En la tercera aura, finalmente, los colores fundamentales son el amarillo, el verde y el azul. El amarillo claro aparece cuando el pensamiento está completamente ocupado por ideas elevadas, amplias, que comprenden los detalles como parte del conjunto del orden divino universal, y si estos pensamientos son intuitivos y enteramente exentos de representaciones sensorias, el amarillo adquiere reflejos de oro. El verde expresa amor hacia todos los seres, el azul es signo de capacidad de sacrificio a favor de todos los seres. Si esta última virtud se intensifica en una fuerte voluntad de ponerse activamente al servicio del mundo, el celeste se transforma en violeta claro. Si

en una persona muy evolucionada subsisten todavía orgullo y ambición como últimos vestigios del egoísmo personal, junto a los colores amarillos se observan otros, que tienden al anaranjado. No obstante, es necesario observar que en esta parte del aura los colores son muy diferentes de los que el hombre está habituado a ver en el mundo de los sentidos; al clarividente se le presenta tal esplendor, tal belleza sublime, que nada en el mundo corriente puede servirle de comparación. Esta descripción del aura no puede ser juzgada exactamente, por quien no atribuye la mayor importancia al hecho de que la visión del aura debe representar amplitud y enriquecimiento de todo lo que se percibe en el mundo físico, una amplitud que tiende a reconocer la forma de la vida del alma que, más allá del mundo sensible, tiene realidad espiritual. Toda esta descripción nada tiene de común con la percepción alucinatoria del aura que quiere indicar el carácter y el pensamiento de un hombre; ella tiende, en cambio, a extender el conocimiento del mundo espiritual y no tiene nada que hacer con el arte equívoco de descubrir el alma de los hombres por su aura.

EL SENDERO DEL CONOCIMIENTO

Todo hombre puede adquirir por sí mismo el conocimiento de la Ciencia Espiritual de la que se habla en este libro. Lo que se expone en estos escritos nos da una imagen mental de los mundos superiores y, bajo cierto aspecto, es el primer paso hacia la visión propia, porque el hombre es un ser-pensamiento y puede encontrar el Sendero del Conocimiento, únicamente si se sirve del pensamiento como punto de partida. Si se le presenta a su inteligencia una imagen de los mundos superiores, esto no le resultará inútil, aun cuando por el momento sea solamente una narración de hechos superiores, de los que no puede todavía tener la visión propia. Porque los mismos pensamientos que se le proveen, representan una fuerza que seguirá actuando en el mundo de sus pensamientos. Esta fuerza obrará en él de manera que despertará los gérmenes latentes. Se equivoca quien considere inútil abandonarse a semejantes imágenes del pensamiento, porque juzgue al pensamiento como algo abstracto, no viviente. En cambio, el pensamiento es una fuerza viva, y mientras para quien posee el conocimiento superior, éste le resulta una expresión inmediata de las cosas vistas en el espíritu, el pensamiento, en cambio no actúa en aquellos a quienes es comunicado, como un germen que lleva el fruto del conocimiento. Quien en la búsqueda de conocimientos superiores, despreciando el trabajo mental, quisiera recurrir a otras fuerzas de la naturaleza humana, no se daría cuenta que el pensar es precisamente, la capacidad más elevada que el hombre posee en el mundo de los sentidos. Por tanto, a quien interroge acerca de cómo se pueden adquirir los conocimientos superiores de la Ciencia Espiritual, se le debe contestar que empiece a instruirse por medio de las enseñanzas que puede recibir de otros sobre esos conocimientos. Y si objetase que quiere observar por sí mismo, y que no le interesa saber lo que los otros han visto, lo responderemos que, asimilar lo que los otros refieren, es precisamente el primer paso del conocimiento: A esto se podría replicar que entonces se obliga a tener una fe ciega. No, absolutamente; cuando se nos comunica una observación, no se trata de fe o de incredulidad, sino de acoger libremente y sin prejuicios lo que se nos refiere. El verdadero investigador espiritual, no reclama absolutamente que sus palabras sean recibidas con fe ciega. Entiende exponer simplemente, lo que ha experimentado en regiones más elevadas de la existencia y da cuenta

de sus experiencias, pues él sabe también, que el recibir lo que él refiere de sus experiencias y la compenetración de los pensamientos del auditorio, de lo que él comunica, constituye para los que lo oyen una fuerza viva que favorece su desarrollo espiritual.

El asunto de que ahora se trata podrá ser comprendido exactamente, si se reflexiona que todo conocimiento de los mundos anímico y espiritual, yace en las profundidades del alma humana, de donde se le puede extraer por medio del Sendero del Conocimiento. Pero es posible comprender, no sólo lo que por nosotros mismos hemos extraído de las profundidades del alma, sino también, lo que los otros han extraído, aun cuando todavía no estemos preparados para encaminarnos por el Sendero del Conocimiento. Un juicio espiritual exacto despierta en las posibilidades del alma, no ofuscada por prejuicios, las fuerzas de la comprensión. Lo que inconscientemente sabemos se encuentra con el hecho espiritual descubierto por otra persona. Y este encuentro no es fe ciega, sino que es la exacta acción del sano juicio del hombre. Esta sana comprensión debería ser considerada para el conocimiento del mundo espiritual, como un punto de partida mucho mejor que las inciertas concentraciones místicas y cosas por el estilo, las que a menudo son consideradas mejores de lo que la sana razón puede reconocer, cuando le es presentada por la verdadera investigación espiritual.

Nunca se insistirá bastante sobre la necesidad de entregarse al trabajo continuo del pensamiento, cuando se desea desarrollar las facultades para el conocimiento superior; y es tanto más necesario insistir, porque muchos que aspiran a convertirse en videntes, estiman poco el trabajo serio y lleno de abnegación del pensamiento. Nos dicen, a menudo, que el pensar beneficia bien poco, que todo está en el sentimiento u otras cosas parecidas. A este propósito es útil decir que nadie puede convertirse en vidente en el sentido más elevado, vale decir, en verdadero vidente, si antes no ha adquirido la práctica íntima de la vida del pensamiento. A este respecto, muchas personas se dejan guiar por la indolencia interior. No se dan cuenta que esa indolencia se disfraza bajo el aspecto de desprecio del pensamiento abstracto o de las especulaciones ociosas. Pero desconoce el pensamiento quien lo confunde con una secuela vana de ideas abstractas. Tales ideas abstractas podrían matar fácilmente el conocimiento suprasensible, pero el pensamiento vital y enérgico es, en cambio, su fundamento; ciertamente sería mucho más cómodo si se pudiera llegar a la facultad de la videncia superior sin el esfuerzo del pensamiento — y realmente a muchos les placía —; pero son indispensables para alcanzarla, una firmeza interna y una seguridad de alma, a las que se llega

solamente por medio del pensamiento. Sin éste, sólo se llega a la inquieta vacilación, a las imágenes falaces, a un engañoso ludibrio del alma, que podrá proporcionar placer a alguien, pero que nada tiene que hacer con la verdadera penetración en los mundos superiores. Si, por lo demás; se piensa cuan grandes experiencias espirituales realiza el hombre que realmente entra en los mundos superiores, se comprenderá fácilmente que este asunto tiene también otro aspecto. Para ser un vidente se necesita tener salud perfecta de vida anímica y no hay mejor cuidado para esta salud que el hábito de la seria reflexión. Y aun esa salud anímica puede sufrir graves perturbaciones, si los ejercicios para adquirir un grado de evolución superior no están fundados sobre la base del pensamiento. Como es cierto que la facultad de la clarividencia confiere al hombre que piensa recta y exactamente, mejor salud y mayores aptitudes para la vida, es, asimismo, cierto, que toda tentativa de desarrollo forzado por quien siente al mismo tiempo aversión al trabajo de pensar, como todo soñar sobre este campo, conduce a lo fantástico y a una equivocada actitud frente a la vida. Quien quiera desenvolver dentro de sí los conocimientos superiores, observando cuanto se ha dicho, no tendrá nada que temer. Jamás se debería tentar su desarrollo sin estas precauciones. Ellas tienen que ver con el alma y el espíritu solamente; si so las observa, resulta absurdo hablar de cualquier género de influencia dañosa para la salud corpórea.

Ciertamente, es nociva la incredulidad infundada, porque actúa como fuerza que repele en quien atiende y le impide recibir los pensamientos fecundadores. No se necesita fe ciega para abrir los sentidos superiores, sino una actitud mental dispuesta a acoger el mundo del pensamiento científico espiritual. El investigador espiritual se presenta a su discípulo invitándolo: “No creas lo que te digo, pero piénsalo; conviértelo en el contenido de tus pensamientos, porque entonces los míos te conducirán al reconocimiento de la verdad que contienen”. Esta es la actitud del investigador espiritual, no hace más que estimular, pero la fuerza para conocer la verdad surge de la misma interioridad del discípulo. En este sentido es como se debe emprender el estudio de las concepciones científico-espirituales. Quien puede esforzarse a concentrar en ellas sus pensamientos, puede estar seguro que en tiempo más o menos breve, lo conducirán a la visión directa. En lo que se acaba de decir, está indicada la primera cualidad que debe desarrollar, necesariamente, el que quiera llegar a la visión directa de los hechos superiores. Entendemos decir, la cualidad de acoger sin reserva y sin prejuicios lo que se ha manifestado de la vida humana, y también del mundo extraño al hombre. Quien se aproxima a

un hecho cualquiera del mundo con un juicio ya formado en la vida transcurrida, rechaza, por causa de este juicio, la influencia imparcial y serena que aquel hecho podría ejercer sobre él. El discípulo debe aprender a transformarse, en todo momento, en un receptáculo, en el que el mundo nuevo se pueda verter. Son fértiles en conocimiento para nosotros, sólo los momentos en que calla nuestro juicio, toda nuestra crítica. No importa, por ejemplo, cuando encontramos a otra persona, que seamos más sabios que ella. El niño más ignorante tiene algo que revelar al más grande de los sabios; pero si éste se acercara al niño con un juicio ya formado sobre su sabiduría, este mismo concepto de su sabiduría se interpondría como un vidrio opaco entre él y lo que aquel niño podría revelar. ***(Precisamente por esta declaración bien se ve que la recomendación de acoger sin reservas, no implica eliminar el propio concepto o abandonarse a la fe ciega, puesto que semejante exigencia no es admisible ni ante un niño).***

Para comprender las revelaciones del mundo de los demás, se requiere una absoluta abnegación interna; y si alguien quiere examinar hasta qué grado posee este don, hará dentro de sí mismo sorprendentes descubrimientos. Quien quiera entrar en el Sendero del Conocimiento superior debe ejercitarse en desvanecer su *yo* con todos sus prejuicios. Cuanto más lo consiga, tanto más las cosas podrán, entonces, penetrar en él; sólo los grados más elevados de esta dedicación desinteresada hacen al hombre capaz de asimilar los hechos espirituales superiores que lo rodean por todas partes. Es posible desarrollar en nosotros conscientemente esta facultad; se puede, por ejemplo, probar de abstenerse completamente de todo juicio sobre las personas de nuestro ambiente, de borrar de nosotros la idea de atracción y repulsión, de estúpido o de inteligente, que estamos habituados a aplicar en nuestras apreciaciones y, en cambio, intentar comprender a las personas simplemente, así como son. El mejor medio para ejercitarse es el de comenzar con personas que nos son antipáticas; es necesario suprimir con todas nuestras fuerzas esta nuestra antipatía y dejarnos influenciar sin preconceptos de lo que ellos hacen. Igualmente, encontrándonos en circunstancias que provocan nuestro juicio, debemos procurar la supresión de tal juicio y exponernos a las impresiones con la mayor imparcialidad. ***(Esta atención desprejuiciada nada tiene que ver con la fe ciega. No se trata de creer ciegamente, sino de no anteponer un juicio ciego a la influencia viviente).*** No conviene hablar de las cosas y de los acontecimientos, sino dejar que ellos nos hablen a nosotros. Es necesario extender este procedimiento al mundo de nuestros propios pensamientos y suprimir en nosotros lo que forma éste o aquel pensamiento, para permitir a lo

que está fuera de nosotros que forme nuestros pensamientos. Sólo procediendo con la más rigurosa seriedad y tenacidad en estos ejercicios, podremos llegar a la meta del conocimiento superior; el que desprecie los ejercicios, evidentemente no conoce su valor, pero quien tenga experiencia en estas cosas sabe que la devoción y la carencia de preconceptos, son verdaderos generadores de fuerza. Como el calor producido en la caldera de vapor se transforma en fuerza motriz en la locomotora, así este ejercicio de dedicación espiritual desinteresado, se transforma en el hombre en fuerza visiva en los planos espirituales.

Mediante este ejercicio, el hombre se hace capaz de acoger todo lo que lo circunda, y a esta capacidad se unirá también la de la exacta apreciación. Mientras el hombre mantenga la tendencia de dar excesiva importancia a sí mismo en menoscabo del mundo que lo circunda, cerrará para sí la entrada al conocimiento superior. Quien ante cada acontecimiento o cada cosa del mundo, se abandona al dolor o al placer que le acarrea, está todavía a merced de la exagerada apreciación de sí mismo, porque de su placer o de su dolor, no aprende nada de aquellas cosas, pero sí algo referente a sí mismo. Por ejemplo, si sentimos simpatía por una persona, lo que sentimos es, simplemente, nuestra propia relación con ella. Si en el modo de juzgar o comportarnos seguimos libremente este sentimiento de placer o de simpatía, entonces, ponemos nuestro modo de ver en primera línea y tratamos de imponerla a los demás; queremos introducirnos en el mundo tal cual somos, en vez de recibirlo desprejuiciadamente, permitiendo que se exprese de conformidad a las fuerzas que en él son activas. En resumen, procediendo así, nos mostramos tolerantes sólo con lo que corresponde a nuestro carácter, y contra todo lo demás, movemos fuerzas repulsivas.

Mientras el hombre se encuentre vinculado con el mundo de los sentidos, rechazará sobre todo, las influencias que no sean sensibles. El discípulo debe desarrollar la facultad de conducirse con las cosas y los hombres de conformidad con sus caracteres, apreciando en cada uno su valor y su importancia. Simpatía y antipatía, placer y disgusto, deben asumir un nuevo papel. De ningún modo se quiere que se deban extirpar estos sentimientos y hacerse insensible a la simpatía o a la antipatía. Por el contrario, a medida que uno desarrolla en sí la facultad de no permitir que a cada sentimiento de simpatía o de antipatía siga inmediatamente un juicio o una acción, tanto más delicada se hará su sensibilidad. Experimentará que su simpatía y su antipatía asumen un carácter más elevado cuando aprenda a contener las que ya existen en él. Así también, una cosa que antes nos era

poco simpática, está dotada de cualidades ocultas, y las revela cuando el hombre no sigue su conducta y sus sentimientos egoístas. El que haya progresado en esta dirección tendrá una sensibilidad más delicada que los demás, porque no permite a su *yo* personal, entorpecer su receptividad. Toda tendencia seguida ciegamente, disminuye en nosotros la facultad de ver las cosas que nos rodean en su verdadera luz. Siguiendo de tal manera una tendencia, atravesamos el medio ambiente, en lugar de abrírnos a él y sentirlo en su verdadero valor.

Cuando el hombre ya no reacciona con una respuesta o una acción egoísta a cada placer o disgusto, a cada simpatía o antipatía, se hace también independiente de las cambiantes impresiones del mundo exterior. El placer que se siente por un objeto, nos hacen dependientes del mismo, nos perdemos en él. Un hombre que se pierde en el dolor, en la alegría de las diferentes impresiones, no puede recorrer el Sendero del Conocimiento superior. Debe acoger el placer y el dolor desapasionadamente; entonces cesa de perderse en los mismos y comienza, en compensación, a comprenderlos. Un placer al cual nos abandonamos devora nuestra existencia desde el momento en que nos entregamos a él. Deberíamos servirnos del placer, únicamente, para llegar por medio de él, a comprender mejor la cosa que en nosotros despierta placer. Lo que importa no es el hecho que aquella cosa nos proporcione placer; debemos experimentar placer, y por medio de él, debiéramos conocer la naturaleza de la cosa.

El placer debería ser para nosotros, únicamente, el indicio que en aquella cosa existe una cualidad para proporcionar placer, y deberíamos aprender a conocer esa cualidad. Si nos detenemos en el placer y nos dejamos absorber por él, somos nosotros mismos los que nos consumimos, pero si el placer es para nosotros una ocasión para experimentar una cualidad de aquella cosa, nuestro íntimo ser se enriquece por medio de esta experiencia. Por tanto, para el discípulo, placer y disgusto, alegría y dolor, deben ser sólo ocasiones mediante las cuales se instruya acerca de las cosas. De tal manera no se hace insensible al placer o al dolor, sino que se eleva por encima de ellos para que se le revele la naturaleza de las cosas. Quien progresa en esta dirección aprenderá a conocer qué maestros son el placer y el dolor; sentirá como los demás seres y recibirá así la revelación de la íntima naturaleza de ellos. El discípulo jamás se dice a sí mismo: “¡Oh, cuánto sufro!” y también “¡Cuánto gozo!” sino que dice: “¿Qué me dice el dolor?”. “¿Qué me dice la alegría?” y se abandona para que el placer y el dolor del mundo exterior actúen sobre él. De esta manera se desarrolla en el hombre una actitud completamente nueva

con respecto a las cosas. Mientras antes reaccionaba con una acción en uno o en otro sentido a cada impresión, según que ésta le procurara alegría o dolor, ahora, en cambio, el placer y el dolor son para él los órganos mediante los cuales las cosas le dicen lo que ellas mismas son por su naturaleza. Alegría y dolor, antes simples sentimientos, se han convertido, ahora, en él en órganos de los sentidos, mediante los cuales percibe el mundo exterior. Así como el ojo, cuando ve algo, no actúa él mismo, sino que deja que actúe la mano, así también la alegría y el dolor no hacen ningún efecto en el discípulo, en cuanto se sirve de ellos como medio de conocimiento, sino que ellos reciben las impresiones, y lo que ha sido experimentado por medio del placer y del dolor, es lo que lleva a la acción. Si el hombre se ejercita de manera de hacer que la alegría y el dolor se conviertan en órganos de transmisión, éstos le construirán en el alma los verdaderos órganos mediante los que se le abrirá el mundo anímico. El ojo, sirve al cuerpo sólo en cuanto éste es un órgano de transmisión para las impresiones físicas: alegría y dolor se convertirán en los ojos del alma cuando cesen de tener para nosotros un valor propio y empiecen a revelar, a nuestra alma, la de los extraños. Mediante las facultades expuestas, el que busca el Sendero se pone en actitud de dejar actuar sobre sí, lo que realmente existe en el mundo que lo circunda, sin la influencia perturbadora de sus peculiaridades. Debe, no obstante, adaptarse al ambiente espiritual de una manera adecuada. Como ser pensante, pertenece al mundo espiritual; podrá serlo de un modo conveniente sólo si en sus investigaciones espirituales da a sus pensamientos el curso correspondiente a las leyes eternas de la Verdad, a las leyes de la Región de los Espíritus; sólo así esta región podrá ejercer su influencia y revelar su naturaleza. El hombre no alcanza a la Verdad si se abandona a los pensamientos que continuamente atraviesan su *yo*, porque estos pensamientos toman la dirección que les da su origen en la naturaleza física. Los pensamientos de un hombre que se abandona a la actividad mental de su cerebro corpóreo, se presentan desordenados y confusos. Aparece un pensamiento y desaparece repentinamente desalojado por otro. Quien escucha atentamente la conversación de dos personas, o se observa imparcialmente a sí mismo, puede hacerse fácilmente una idea de esta masa confusa y cambiante de pensamientos. Mientras el hombre se dedique solamente a satisfacer la vida de los sentidos, esta corriente confusa de pensamientos tendrá siempre que ser puesta en orden por los hechos de la realidad. Por confusa que sea nuestra manera de pensar, la vida cotidiana impone a nuestras acciones las leyes que corresponden a la realidad. Por ejemplo, si con nuestros pensamientos nos formamos una idea confusa de una

ciudad, luego, si queremos efectuar un recorrido por ella, tenemos que adaptarnos a los hechos existentes; un mecánico podrá entrar en su taller con un torbellino de ideas e imágenes, pero las leyes de las máquinas lo conducirán a proceder de acuerdo a las mismas. En el mundo de los sentidos, los hechos ejercen continuamente un poder correctivo sobre el pensamiento. Si nosotros creamos en la mente una idea falsa de un fenómeno físico, por ejemplo, de la forma de una planta, la realidad se nos presenta en seguida y establece el orden de nuestro pensar. Pero la cosa es diferente cuando observamos nuestra relación con las regiones superiores de la existencia. Estas se revelan solamente si entramos en sus mundos con un pensamiento rigurosamente ordenado. En aquellos mundos, nuestro pensamiento debe darnos un punto de partida exacto y seguro; de otra manera nos resultará imposible encontrar el verdadero camino, porque las leyes espirituales activas en aquellas regiones no están condensadas en forma físico-corpórea y no pueden ejercer en nosotros la coerción que antes hemos señalado. Nos será posible seguir aquellas leyes sólo si tienen afinidad con nuestras propias leyes, es decir, a las de todo ser pensante; por tanto, tenemos que ser nuestros propios guías. De consiguiente, el discípulo debe tener el dominio de sus pensamientos y disciplinarlos rigurosamente; sus pensamientos deben perder gradualmente el hábito de seguir su curso ordinario, para asumir, en cambio, el carácter íntimo del mundo espiritual. A este respecto, el discípulo debe vigilarse de continuo, y dominarse. Sus pensamientos no se deben suceder unos a otros arbitrariamente, si no que deben desenvolverse de conformidad al exacto contenido del mundo de los pensamientos; el pasaje de una idea a otra debe corresponder a las rigurosas leyes de la lógica. El hombre, como pensador, debe ser la imagen de estas leyes lógicas y debe excluir del curso de sus ideas todo lo que no proceda de estas leyes. Si un pensamiento preferido se le presenta, debe rechazarlo si obstaculiza el curso regular del pensamiento; si un sentimiento personal tiende a imponer a sus pensamientos una determinada dirección que no sea la inherente, debe suprimirlo. Platón exigía a los que solicitaban ingresar a su escuela, que antes siguieran un curso de matemáticas; y en realidad, esta ciencia, con sus rigurosas leyes que no siguen el curso ordinario de los fenómenos de los sentidos, es una excelente preparación para el que busca el Sendero. Si se quiere progresar en esta ciencia, se debe renunciar a todo arbitrio personal, a toda distracción. El discípulo que busca el Sendero se prepara para su misión superando por espontánea voluntad toda actividad arbitraria del pensamiento. Aprende a seguir, únicamente, las exigencias del pensamiento. Así debe aprender a

proceder en toda operación mental que deba servir al conocimiento espiritual. De manera que la vida mental misma debe ser una imagen de los juicios y conclusiones de la ciencia matemática. Adoptará esta manera de pensar dondequiera que se encuentre. Entonces las leyes del mundo espiritual fluirán en él, las mismas que pasan a través de él sin dejar rastro alguno cuando sus pensamientos tienen el carácter confuso habitual. De este modo, el pensar regulado lo conduce de puntos de partida seguros hasta la verdad más arcana.

Estas indicaciones no deben ser interpretadas unilateralmente. Si bien las matemáticas son excelentes para disciplinar el pensamiento, se puede también llegar al pensar puro, sano y lleno de vida, sin cultivar las matemáticas.

El discípulo debe aplicar la misma disciplina a que somete su pensamiento, también a sus acciones. Ellas deberán seguir, sin sufrir la influencia perturbadora de su personalidad, las leyes de lo que es noble, bello y Eternamente Verdadero. Estas leyes deben servirle siempre de dirección. Al comenzar a realizar algo, considerado justo por él, no debe abandonar la obra emprendida, aunque no satisfaga su sentimiento personal. Así también, no debe continuar por ese camino porque él le procure satisfacción, cuando se dé cuenta que no está de acuerdo con las leyes de la Belleza y de la Verdad eternas. En la vida ordinaria, los hombres se dejan llevar en sus actos por lo que les satisface personalmente, o por las ventajas que les proporciona. Haciendo así, imponen su tendencia personal al curso de los acontecimientos del mundo; no ponen, en efecto, las verdades correspondientes a las leyes del mundo espiritual si no satisfacen las exigencias de su arbitrio. El hombre, obra de acuerdo con el mundo espiritual únicamente cuando sigue las leyes de ese mundo. De lo que se realiza sólo por sentimiento personal, no resultan fuerzas que puedan constituir una base para el conocimiento del espíritu. El buscador del conocimiento, no sólo debe preguntar: ¿qué es lo que proporciona ventajas?, ¿cómo me procuraré el éxito?. Sino que debe pedir: ¿qué es lo que he reconocido como bueno?. La renuncia al fruto de las acciones por la persona misma, la renuncia a todo arbitrio personal, son las severas leyes que debe imponerse. Entonces recorrerá los senderos del mundo espiritual y todo su ser se compenetrará de estas leyes, se libertará de toda influencia del mundo de los sentidos, mientras su Hombre- Espíritu se liberta de los involucros inferiores. Así progresa hacia el espíritu y, así, se espiritualiza a sí mismo. No se puede decir: ¿qué beneficios me reportan todos los propósitos de seguir, únicamente, las leyes de lo verdadero, cuando a lo mejor estoy equivocado sobre lo que es lo verdadero?. Lo que importa es la intención, el

propósito. También quien se equivoca en la misma aspiración a lo verdadero, halla una fuerza que puede apartarlo del sendero equivocado y conducirlo al buen camino; y la misma objeción: ¿podría también equivocarme? es una duda que perturba y demuestra que el hombre no tiene fe en la fuerza de la verdad; porque es, precisamente, importante que se abandone impersonalmente, dejándose conducir por el espíritu, antes que proponerse una meta, partiendo de un punto de vista personal, egoísta. No es el deseo egoísta del hombre el que puede dictar leyes a la verdad, sino que esta misma verdad debe dominar al hombre, debe compenetrar todo su ser y convertirlo en una verdadera imagen de las eternas leyes del mundo espiritual. Debe, él mismo, rebosar de estas leyes eternas para difundirlas en la vida. El discípulo debe tener completo dominio sobre su voluntad, como sobre todos sus pensamientos; de este modo, con modestia, y sin presuntuosidad, se convertirá en un mensajero del mundo de lo bello y de lo verdadero. Convirtiéndose en esto, asciende a formar parte del mundo del espíritu y se eleva gradualmente en su evolución. No se puede llegar a la vida espiritual sólo por medio de la contemplación, sino que es necesario llegar a experimentarla verdaderamente.

Si el discípulo observa las leyes expuestas aquí, las experiencias anímicas que se refieren al mundo espiritual asumirán en él un carácter absolutamente nuevo. No sólo vivirá en ellas. No sólo tendrán importancia para su vida, sino que se transformarán en percepciones anímicas del inundo superior. En su alma, los sentimientos de placer y dolor, de alegría y disgusto, se convierten en órganos del alma, así como los ojos y los oídos en el cuerpo físico no tienen, simplemente, una vida en sí, sino que permiten imparcialmente, a las impresiones externas, que pasen a través de ellos. De esta manera, el discípulo adquiere la tranquilidad y la seguridad en la disposición del alma, necesaria para la investigación en el mundo espiritual. Una gran dicha ya no le arrancará gritos de entusiasmo, sino que será anunciadora de ciertas propiedades del mundo que antes no advertía; no altera su tranquilidad, y mediante ésta., los caracteres de la entidad apartadora de dicha, le serán revelados. Igualmente un dolor ya no sólo lo llenará de tristeza, sino que le indicará, además, las cualidades que posee el ser que le causa dolor. Como el ojo no pide nada para sí mismo, sino que indica el camino a seguir, así también, dicha y dolor, conducirán al alma por el tendero. Este es el estado del equilibrio anímico al que debe llegar el discípulo. Cuanto menos la dicha y el dolor repercutan con sus ondas en la vida interior del discípulo, tanto más contribuirán a formar los ojos para el mundo suprasensible. Mientras el hombre viva en la dicha y el dolor, éstos no le enseñarán a

conocer; pero cuando por medio de la alegría y el dolor aprenda a vivir, cuando por medio de ellos elimine el sentimiento personal, entonces se formarán en él los órganos de percepción, verá y conocerá por medio de ellos. No se debe creer que el discípulo se convierte en un hombre árido o indiferente. El placer y el dolor existen en él, pero cuando investiga el mundo espiritual son transformados, se convierten en ojos y oídos.

Mientras llevamos en el mundo una vida puramente personal, las cosas nos revelan solamente lo que las relaciona con nuestra personalidad, pero esto es la parte transitoria de ellas. Si nos separamos nosotros mismos, de nuestra parte transitoria, y vivimos con el sentimiento de nuestro *yo*, con nuestro *yo* en nuestra parte imperecedera, entonces aquéllas, nuestras partes transitorias, se convierten en medios de conocimiento; y lo que por este medio se nos revela es la parte imperecedera, eterna de las cosas. Esta relación entre lo eterno en nosotros y la parte eterna de las cosas, debe ser establecida por el discípulo. Antes de comenzar otros ejercicios, como los recientemente descritos, y también durante los mismos, el discípulo debe dirigir la mente a lo imperecedero. Cada vez que contemplamos una piedra, una planta, un animal o un hombre, debemos ver en todos ellos, la expresión de lo que es eterno, y preguntarnos: En la piedra transitoria y en el hombre mortal, ¿Qué es lo imperecedero?. ¿Qué quedará del fugaz fenómeno sensible?. Y no se crea que dirigiendo así el espíritu hacia lo eterno, se destruya en nosotros la contemplación serena, a el sentido para los valores de la vida cotidiana, y nos convierta en extraños a la realidad inmediata de las cosas, sino más bien, que cada hoja, cada pequeño coleóptero, nos revelará innumerables secretos si dirigimos sobre ellos, no sólo el ojo, sino también el espíritu a través del ojo. Cada reverberar, cada matiz de color, cada acento, permanecerá vivo y perceptible para nuestros sentidos; nada se pierde; por el contrario, salimos ganando, porque se nos añade nueva vida infinita. Y quien no sabe observar con el ojo hasta las cosas más pequeñas, tendrá pensamientos débiles, sin vida, y no llegará a la visión espiritual. Todo depende de la disposición interna que tomemos en esta dirección. El mayor o menor éxito, dependerá de nuestra capacidad. Debemos hacer lo que corresponde y dejar todo lo demás, a la evolución propia. Entre tanto, debemos contentarnos con mantener nuestra mente en lo que es imperecedero. Haciendo esto, precisamente, el conocimiento de lo imperecedero se revelará a nosotros; pero debemos esperar hasta que nos sea dado. A su tiempo será dado a los que saben esperar con paciencia y trabajar asiduamente. Mediante tales ejercicios, el hombre no tarda en darse cuenta del cambio radical que se opera en él. Aprende a dar a cada

cosa más o menos importancia según su mayor o menor relación con lo que es imperecedero, eterno. Llega a valorar y estimar el mundo de manera bien distinta de como lo hacía antes; sus sentimientos entran en una nueva relación con todo lo que lo rodea. Las cosas transitorias no lo atraen más sólo por sí mismas, como ocurría antes, sino también como símbolos y como partes de cosas eternas; y aprende a amar a este eterno que vive en cada cosa y se familiariza con él, como antes con las cosas transitorias. Pero no por eso se hace un extraño a la vida; antes bien, aprende a estimar todas las cosas en su verdadero valor. Hasta las cosas más efímeras de la vida no pasan sin ejercer una influencia en él, pero en la búsqueda del espíritu ya no se detiene en ellas, las reconoce en su limitado valor y las ve en su exacta luz. No es buen conocedor el que gusta vagar por las nubes y, así, malgastar la vida; quien verdaderamente ha adquirido el conocimiento superior sabe con clara visión y exacto sentido señalar el lugar que corresponde a cada cosa.

De este modo al discípulo se le abre la posibilidad de no seguir más las influencias incalculables del mundo sensible externo, que conducen su voluntad de un lado para otro. Mediante el conocimiento superior, ve lo que es eterno en las cosas; por medio de la transformación de su mundo interior, posee la facultad de percibir lo que es eterno. Para el discípulo, los siguientes pensamientos adquieren importancia especial. Cuando actúa por propia iniciativa, es consciente de actuar por iniciativa de lo que es eterno en las cosas; porque éstas manifiestan en él lo que es eterno en ellas. Consecuentemente, obra de acuerdo con el eterno orden del Universo, cuando dirige sus acciones de conformidad a lo eterno que vive en él. De este modo, sabe que no son las cosas externas las que lo dirigen, sino que él mismo es quien dirige tales cosas de acuerdo a las leyes inherentes a ellas, que son también las leyes de su propio ser. Esta actividad proveniente de lo interno es, solamente, un ideal al cual aspiramos. El logro de esta meta está aún muy lejano. Pero el discípulo debe tener la voluntad de discernir claramente este sendero; ésta es su voluntad de libertad, porque libertad es actuar por iniciativa propia, y esto se otorga sólo a quien extrae sus motivos de lo eterno. Quien no se comporta así, actúa por otros motivos que no son los inherentes a las cosas, con lo que se opone al orden universal, y éste obtendrá la victoria sobre él, vale decir, no podrá ocurrir en último término lo que el hombre se ha propuesto con su voluntad. No podrá llegar a ser libre. El arbitrio de cada ser destruye al ser mismo con la consecuencia de sus acciones.

* * *

Quien regule de esta manera su vida interna, progresará de grado en grado, en el conocimiento espiritual. Como fruto de sus ejercicios, se abrirá su ojo espiritual a las visiones del mundo sensible. Aprenderá el sentido de la verdad revelada en torno a las cosas de este mundo, y tendrá la confirmación mediante sus propias experiencias. Cuando haya llegado a esa etapa se le presentará una experiencia que sólo por ese sendero le puede ser concedida. De una manera cuyo significado sólo entonces le resultará claro, se le imparte la Iniciación por las Grandes Potencias y Maestros del género humano, convirtiéndose así en discípulo de la sabiduría. Cuanto menos se considera la Iniciación como constituida por una relación humana puramente exterior, tanto más exacta será la representación que se nos hace. Sólo podemos indicar brevemente aquí, qué cosa se desenvuelve entonces en el discípulo. Recibe una nueva patria, esto es, se ha convertido en un morador consciente del mundo suprasensible. La fuente del conocimiento espiritual está ahora en regiones más elevadas; la Luz de este conocimiento no la recibe más desde afuera, sino que él mismo se encuentra en el centro del manantial de esta Luz. Los problemas que presenta el Universo adquieren en él nueva luz. Ya no se comunica con las cosas forjadas por el espíritu, sino con el mismo espíritu plasmador. En los momentos del conocimiento espiritual la vida propia de la personalidad, subsiste todavía con el solo propósito de ser la representación consciente de lo Eterno. Desaparece toda duda de la existencia del espíritu que antes podía surgir en él, porque sólo puede dudar quien es engañado por las cosas, con respecto al espíritu que en las mismas actúa. Pero como el discípulo de la sabiduría es capaz ahora de comunicarse con el mismo espíritu, desaparece para él toda forma falsa cuya apariencia, él se figuraba antes que era el espíritu. La falsa forma con la cual nos representamos al Espíritu, es superstición. El iniciado está por encima de toda superstición, porque sabe cuál es la verdadera forma del espíritu. Liberación de los prejuicios de la personalidad, lo mismo que de las dudas y las supersticiones, es la característica de los que en el Sendero del Conocimiento han ascendido hasta el grado de discípulo. No hay que confundir esta unificación de la personalidad en la amplia vida espiritual, con el entrefundirse de la personalidad en el *espíritu universal*, que significa su aniquilamiento. Semejante *desaparición*, no tiene lugar en el caso de una verdadera evolución de la personalidad. Esta se conserva como personalidad en la relación que ha

conseguido con el mundo espiritual. No tiene lugar un sometimiento de la personalidad, sino el más elevado perfeccionamiento de ella. Si nos queremos hacer una imagen de esta unificación de cada espíritu con el espíritu universal, no corresponde adoptar la de varios círculos que se convierten en un círculo único, en el cual desaparecen; más indicado es tomar la imagen de muchos círculos, de los cuales cada uno, tiene un bien definido matiz de color; estos círculos, diversamente coloreados, se superponen recíprocamente, pero cada tonalidad de color permanece en la totalidad de su esencia. Ninguno pierde la plenitud de sus propias fuerzas.

No pretendemos dar aquí una ulterior descripción del Sendero; ella se ha dado en la obra “La Ciencia Oculta”, que es la continuación de este libro.

Una interpretación equivocada de lo que se dice en este libro, con respecto al Sendero del Conocimiento espiritual, puede muy fácilmente inducir a creer en una recomendación de las disposiciones del alma que llevan consigo al alejamiento de la experimentación directa, espontánea y activa de la existencia. A este respecto, es conveniente repetir que no se puede exigir que se haga extensiva a toda la vida, la disposición del alma que hace a esta última apta para experimentar directamente la realidad del espíritu. Para la investigación en la existencia espiritual, el investigador de la misma, puede llegar a adquirir el poder de conducir el alma a la indispensable abstracción de la realidad, que está sometida a los sentidos, sin que esta abstracción haga de él un hombre que se desentienda del mundo. Por otra parte, conviene también reconocer, que el conocimiento del mundo espiritual — no sólo de aquel conocimiento que se adquiere encaminándose por el Sendero, sino también lo que se consigue con la comprensión de las verdades científico-espirituales por medio del intelecto sano y libre de prejuicios — conduce también a un tenor de vida moral superior, a un conocimiento que responde más a lo verdadero de la existencia sensible, a la seguridad de la vida y a la salud interna del alma.

OBSERVACIONES Y NOTAS

Página 20. Hasta hace poco tiempo, hablar de fuerza vital era exhibirse como una persona carente de conocimientos científicos. Pero ahora la ciencia empieza a no considerar extraña la idea de esta fuerza vital, que había sido adoptada en la antigüedad. Al observar el curso de la evolución científica moderna, se reconoce que es más consecuente la lógica de quienes, teniendo en cuenta aquella evolución, no quieren aceptar la fuerza vital. La fuerza vital no pertenece absolutamente a lo que actualmente se designa como: “fuerzas de la Naturaleza”. Y quien no quiere elevarse hasta la adquisición de hábitos mentales y representaciones superiores a los de la ciencia actual, no debería hablar de fuerza vital. Solamente la manera de pensar y las premisas de la ciencia espiritual, ofrecen la posibilidad de acercarse a estas cosas sin contradicciones. Igualmente los pensadores que quieren formar sus opiniones, únicamente, sobre la base de la ciencia natural, han abandonado ahora la idea que en la segunda mitad del siglo XIX atribuía valor, para explicar los fenómenos vitales únicamente, a las fuerzas que son activas también en la naturaleza inanimada.

La obra de un investigador de la Naturaleza, de una autoridad como lo es Oscar Hertwig: “La evolución de los organismos. Una confutación a la teoría casual de Darwin”, es un fenómeno científico que arroja mucha luz sobre el asunto. Refuta la suposición que las simples relaciones de las leyes físicas y químicas bastan para formar lo que tiene vida. Y es también importante que, en el llamado Neovitalismo, se ha afirmado la opinión, que a su vez hace valer, para lo que es viviente, la acción de fuerzas determinadas, opinión sostenida también por los antiguos mantenedores de la fuerza vital. Pero nadie en este campo llegará a superar los conceptos esquemáticos abstractos, si no reconoce que en la vida, lo que con su acción trasciende en las fuerzas inorgánicas, puede ser observado solamente por la percepción que se eleva hasta la visión de lo suprasensible. No se trata de continuar aquel mismo conocimiento científico que ha sido aplicado a la ciencia natural en el campo de la vida, sino que se trata de llegar a un conocimiento de otra especie.

Página 20. Al hablar aquí del sentido táctil de los organismos

inferiores, no se entiende dar a este término el significado que se le da en las descripciones corrientes de los sentidos. Y hasta la exactitud de dicho término mucho se podría objetar, desde el punto de vista de la ciencia espiritual. Con “sentido táctil” se ha entendido decir más bien, una genérica facultad de percatarse de una impresión exterior, en oposición a ese modo especial de percibir que consiste en ver, oír, etcétera.

Página 24 y siguientes. Parecería que la forma en que se ha dividido a la entidad humana en tantos órganos, o principios, se basa en una consideración puramente arbitraria de sus partes, en los límites de la vida unitaria del alma. Pero a este respecto debe notarse que esta división en órganos, en la vida unitaria del alma, tiene el mismo significado que la aparición de los siete colores del arco iris, que se verifica cuando la luz atraviesa un prisma. Lo que el físico hace para explicar los fenómenos de la luz, cuando estudia el curso de este pasaje por el prisma y los siete matices de colores, se corresponde con lo que hace también el investigador espiritual con respecto a la entidad anímica. Las siete partes o miembros anímicos, no son simples distinciones de la inteligencia abstracta, como no lo son tampoco, los siete colores con respecto a la luz. En ambos casos, la división se refiere sobre la naturaleza íntima de los hechos; pero mientras las siete partes de la luz resultan visibles por medio de un dispositivo exterior, las siete partes del alma lo son, en cambio, por medio de la observación espiritual de la naturaleza del alma. La verdadera naturaleza del alma no puede ser comprendida sin el conocimiento de semejante estructura. Porque por medio de las tres partes: cuerpo físico, cuerpo vital y cuerpo anímico, el alma pertenece al mundo transitorio; por medio de las otras cuatro partes está enraizada en lo eterno. En el Alma Unitaria, lo transitorio y lo eterno están indivisiblemente unidos. Si no se comprende esa estructura, no se puede aprender a conocer la relación del alma con el conjunto del mundo. Nos podemos servir de otra comparación: el químico divide el agua en oxígeno e hidrógeno, estas dos sustancias no se pueden observar en el agua unitaria. Sin embargo, ellas tienen entidad propia; tanto el oxígeno como el hidrógeno forman combinaciones con otras sustancias. Así también, en la muerte, las tres partes inferiores del alma, forman combinaciones con la entidad mundial transitoria; las cuatro superiores, en cambio, se unen con lo eterno. Quien no quiere ocuparse de la estructura del alma, se parece a un químico que no quisiera saber nada de descomponer el agua en oxígeno e hidrógeno.

Página 24. Las descripciones científico-espirituales deben ser tomadas de manera precisa, porque su valor está en la exacta acuñación de las ideas. Por ejemplo, en la frase: “Ellos (los sentimientos, etc.), no son entretnejidos en él (es decir, en el animal) con pensamientos independientes que trascienden la experiencia inmediata”; quien descuide observar las palabras “independiente, que trasciende la experiencia inmediata” podría caer fácilmente en el error de suponer que aquí se quiera decir que en el sentimiento o en los instintos del animal no esté contenido algún pensamiento.

La verdadera ciencia espiritual se funda, precisamente, en un conocimiento que dice, que toda experiencia interior de los animales (por lo demás en toda existencia) está entretnejida de pensamientos. Con esta particularidad, que los pensamientos del animal, no son pensamientos independientes de un *yo*, que vive en el animal, sino que son pensamientos del *yo* colectivo animal, el cual debe ser considerado como un ser que domina al animal desde afuera. Este *yo* grupal no existe en el mundo físico como el *yo* del hombre, sino que actúa sobre el animal desde el mundo anímico que se describe en la página 54 y siguientes. (En “La Ciencia Oculta” se dan mayores detalles a este respecto). De lo que se trata es que, en el hombre, los pensamientos adquieren en él una existencia independiente, que no son experimentados indirectamente por el sentimiento, sino que son experimentados directa y anímicamente como pensamientos.

Página 27. Es necesario observar que cuando se dice que los niños pequeñuelos, dicen “Carlos es bueno”, “María quiero esto”, no importa mayormente a qué edad los niños adoptan la palabra *yo*, sino de saber cuánto ellos relacionan a esta palabra la correspondiente representación. Cuando los niños oyen la palabra empleada por los adultos, puede ocurrir que ellos también la empleen sin tener, no obstante, la representación del *yo*; Por lo demás, el tardío empleo de la palabra señala, indudablemente, un importante hecho evolutivo, esto es, el gradual desarrollarse de la representación del *yo*, desde el oscuro sentimiento del *yo*.

Página 29 y siguientes. En las obras “Cómo se obtiene el conocimiento de los mundos superiores” y en “La Ciencia Oculta” está descrito lo que realmente es la intuición. Si no se examina la cuestión con exactitud, se nos puede llevar fácilmente a encontrar una contradicción, entre el empleo que se hace de esta palabra en esos dos libros y el que se halla en la pág. 32 de este libro. Esta contradicción no existe para quien observa exactamente, que lo que

desde el mundo espiritual se revela al conocimiento suprasensible por medio de la intuición en toda su realidad, se manifiesta a la Seidad Espiritual en su forma más baja, lo mismo como la existencia exterior del mundo físico se manifiesta en el sentimiento.

Página 36 y siguientes. Sobre la reencarnación del espíritu y el destino. Con respecto a las observaciones de este capítulo, se debe reflexionar que, de la observación mental del curso de la vida humana misma y sin tener en cuenta los conocimientos científicos espirituales, como se describe en los demás capítulos, se ha intentado adquirir representaciones sobre la cuestión: hasta qué punto esta vida humana y su destino dan de sí mismos indicio de repetidas vidas terrestres. Estas representaciones parecerán, naturalmente, de valor muy dudoso para quien considera fundadas, solamente las representaciones que se refieren a una vida. Parecería necesario reflexionar también, que la descripción que se da, trata de establecer la opinión que este género habitual de representaciones no puede conducir, precisamente, a conocimiento sobre las causas del curso de la vida. Por esto se deben buscar otras representaciones, aunque parezcan contradecir a las habituales. Y se renuncia a buscar estas otras representaciones, sólo cuando uno se rehúsa, categóricamente, a aplicar la observación mental a un curso de procesos que pueden ser comprendidos sólo anímicamente, lo mismo como se la aplica a un curso de procesos que se desenvuelven en lo físico. Rehusándose a esto, no se concede valor alguno al hecho que un golpe del destino que afecta al *yo*, resulta, para el sentimiento, comparable al encuentro entre un recuerdo y una experiencia que es afín a la recordada. Pero quien trata de percibir cómo se experimenta realmente un golpe de la suerte, puede distinguir este experimentar, de las descripciones que necesariamente se dan por quien toma el punto de vista del inundo exterior, eliminando así, naturalmente, toda relación viva entre ese golpe del destino y el *yo*. Para semejante punto de vista, el golpe de la suerte aparece determinado, o por el acaso, o por una causa exterior. Como existen también golpes de suerte que, por decir así, constituyen una causa primordial en la vida del hombre y cuyas consecuencias sólo se verán más tarde, es tanto mayor la tentación a generalizar la interpretación, que sólo a ellos puede aplicarse sin tomar en cuenta alguna otra posibilidad. Esto sólo se empieza a tener en cuenta cuando las experiencias de la vida dan a las facultades representativas una dirección como la que se encuentra en Knebel, el amigo de Goethe, quien escribe en una carta: “Observando exactamente, se encontrará que en la vida de la mayor parte de

los hombres, existe un determinado plan, que les viene como preestablecido por su propia naturaleza, o por las circunstancias que los guían. Por variadas y mudables que puedan ser las condiciones de sus vidas, esto no obstante, al final se presenta como un todo, que en el fondo deja entrever una determinada concordancia... La mano del destino, por oculta que pueda estar en su acción, se hace evidente con precisión, tanto si es movida por causas externas como por estímulos internos; y hasta causas contradictorias se mueven frecuentemente en su dirección. Por confuso que resulte su curso, siempre se revela su razón y su dirección”. A una observación de este género, es fácil oponer objeciones, especialmente, por parte de personas que no quieren entregarse a las consideraciones de las experiencias anímicas de las cuales aquéllas se derivan. El autor de este libro cree haber trazado exactamente, en las consideraciones de las repetidas vidas terrenas y del destino, los límites dentro de los cuales se pueden formar las representaciones sobre causas de la conducción de la vida. Ha hecho presente, que la idea a la que estas representaciones conducen, sólo es determinada por estas últimas en forma de bosquejo y que ellas pueden sólo preparar mentalmente a lo que se debe encontrar por vía científico-espiritual. Pero esta preparación mental es una función interior del alma, la cual, si no valora erróneamente su alcance, si no quiere demostrar, sino simplemente ejercitar el alma, hace al hombre desprejuiciadamente receptivo a conocimientos, que, sin esta preparación, le parecerían absurdos.

Página 54. Lo que se dice brevemente en el último capítulo de este libro “El Sendero del Conocimiento”, con respecto a los órganos espirituales de percepción, está más ampliamente descrito en los libros “Cómo se obtiene el conocimiento de los mundos superiores”, “La Iniciación” y “La Ciencia Oculta”.

Página 74. Sería un error considerar que en el mundo espiritual haya continua inquietud, sólo porque no existe reposo, una estable morada en un lugar, como en el mundo físico. Donde están “los arquetipos seres creadores” no existe lo que se puede llamar reposar en un lugar; existe, en cambio, el reposo que es de género espiritual y que puede conciliarse con la movilidad activa. Se lo puede comparar a la serena satisfacción y beatitud del espíritu que se manifiesta en la actividad y no en la inacción.

Página 77. Es necesario adoptar la palabra “intentos” con respecto a las

potencias estimuladoras de la evolución cósmica, si bien este término puede inducirnos a representarnos a estas potencias simplemente como si tuvieran intenciones humanas. Se puede evitar este error, si en el empleo de semejantes palabras, que fatalmente tienen que ser tomadas del mundo humano, se las eleva a un significado de ellas en el cual se les quita todo lo que tienen de humano y estrechamente limitado y se les da en cambio el sentido que el hombre les confiere, aproximadamente, en los Casos de su vida, en los cuales se eleva por encima de sí mismo.

Página 77. Mayores detalles sobre la “Palabra Espiritual” se encuentran en “La Ciencia Oculta”.

Página 87. Cuando en este punto se dice: “desde lo eterno él puede determinar la dirección del futuro”, se entiende dar una indicación sobre el género especial de disposición de alma durante el tiempo que corresponde al período entre la muerte y un nuevo nacimiento. Un golpe del destino que (¡tuna al hombre en la vida del mundo físico, puede parecer a la disposición de alma de esta vida, algo completamente contrario a la voluntad del hombre; en cambio, en la vida entre la muerte y el nuevo nacimiento, domina en el alma una fuerza semejante a la voluntad, que dirige al hombre hacia la experiencia de este golpe del destino. El alma ve, por así decir, que de las vidas terrestres pasadas, le ha quedado una imperfección: una imperfección que proviene de una acción no bella, o de un pensamiento no bello. Surge en el alma, entre la muerte y el nuevo nacimiento, el impulso semejante a la voluntad de compensar la imperfección. El alma asume, por tanto, en su ser, la tendencia a lanzarse, en la vida futura terrestre, a una desgracia, para proporcionarse, por medio del sufrimiento de ésta, la deseada compensación. Después del nacimiento en el cuerpo físico, el alma, que es afectada por un golpe del destino, no sospecha que en la pura vida espiritual que precedió al nacimiento, ella se dirigió por sí misma hacia este golpe del destino. Por tanto, lo que parece completamente involuntario desde el punto de vista de la vida terrestre, ha sido decidido por el alma en lo suprasensible. “Desde la eternidad el hombre determina su propio porvenir”.

Página 97 y siguientes. El capítulo de este libro de “Las Formas-pensamiento y el Aura Humana”, verdaderamente es lo que más fácilmente se presta a malentendidos. Los sentimientos más opuestos encuentran en estas descripciones, óptimas oportunidades para objeciones. Uno se siente

fácilmente tentado a reclamar que las comunicaciones de los clarividentes, en este campo, se demuestren con pruebas que correspondan al método de representaciones de la ciencia natural. Se podría pretender que un número determinado de hombres que afirman ver la parte espiritual del alma, se pongan frente a otros hombres y dejen actuar sobre sí las auras de estos últimos; después, los clarividentes deberían decir qué pensamientos, sentimientos, etc., vieron en el aura de los hombres que estuvieron observando. Entonces, si sus revelaciones concuerdan, y si resulta que los hombres observados han tenido realmente los sentimientos y los pensamientos, etc., indicados por el clarividente, se podrá creer en la existencia del aura. Esto, ciertamente, corresponde al pensamiento de la ciencia natural. Pero es necesario considerar lo siguiente: el trabajo del investigador espiritual sobre su alma, que le confiere la facultad de la visión espiritual, está dirigido precisamente, a adquirir esta capacidad. No depende de él que en un caso particular perciba algo en el mundo espiritual ni qué cosa sea la percibida. Esto viene en él, como un don del mundo espiritual. No puede obligarlo a venir, debe esperar hasta que le sea dado. Su intención de procurarse la percepción, no puede ser jamás una de las causas que producen esta percepción. El método representativo de la ciencia natural, exige, para el experimento, precisamente, que se tenga esa intención. El mundo espiritual no permite que se le ordene. Si se tuviera que efectuar la prueba con éxito, debería ser el mundo espiritual quien la dispusiera. En aquel mundo, un Ser tendría que tener la intención de revelar los pensamientos de uno o de más hombres, a uno o más clarividentes. Ellos tendrían entonces, por incitación espiritual, que ser impelidos todos juntos a la observación. Así, ciertamente, sus comunicaciones concordarían. Por más que todo esto pueda parecer paradójico al puro pensamiento de la ciencia natural, sin embargo, es así. Los “experimentos” espirituales no pueden hacerse como los físicos. Si el clarividente recibe, por ejemplo, la visita de una persona extraña, no puede proponerse, sin más ni más, observar el aura de esa persona. Pero él ve el aura, si en el mundo espiritual existe un motivo para que ella se le manifieste. Con estas pocas palabras, se entiende poner de manifiesto cuánto malentendido hay en la observación indicada más arriba. La misión de la Ciencia Espiritual es indicar por cuál camino el hombre llegará a la visión del aura; por cuál camino, por tanto, él mismo puede proporcionarse la prueba de la experiencia de la misma. A quien quiere conocer, esta ciencia puede, por lo tanto, responderle: aplica a tu propia alma las condiciones necesarias para ver, y verás. Indudablemente, sería más cómodo si se exigiera del método

científico natural pudiera ser satisfecha; pero quien la pretenda, demuestra no tener conocimientos de los más elementales resultados de la ciencia espiritual.

Con la descripción del aura humana que se ha dado en este libro, no se ha querido satisfacer el gusto por las sensaciones relacionadas con lo suprasensible, y que, frente al mundo espiritual, se declara satisfecho sólo cuando se le presenta como “espíritu” algo que, en la representación, no se diferencia de lo sensible; frente a lo cual, puede cómodamente permanecer con sus representaciones en el campo de los sentidos. Lo que se ha dicho en la página 98 sobre la manera especial de cómo nos debemos representar el color del aura, podría ser apropiado para preservar esta descripción de .semejante malentendido. Pero quien aspira a ver rectamente en este campo, debe comprender que el alma humana, cuando experimenta lo espiritual y lo anímico, se pone, necesaria mente, ante la visión espiritual — no la sensible — de cuanto se refiere al aura. Sin una visión semejante, la experiencia su queda en lo inconsciente. No se debe confundir la visión figurada con la experiencia; pero es necesario darse cuenta claramente, que en esta misión figurada, la experiencia encuentra expresión completamente adecuada. No una expresión que el alma que observa, crea arbitrariamente, sino una expresión que se forma por sí, en la percepción suprasensible. Actualmente, se puede perdonar a un naturalista, que se considere autorizado a hablar de una especie de aura humana en la forma como habla el profesor, doctor Moritz Benedict, en su libro sobre la teoría “de la varilla y del péndulo”. “Hay hombres, aunque en número relativamente exiguo, que están conformados para la obscuridad. Una parte proporcionalmente grande de esta minoría ve en la obscuridad muchos objetos sin color, y solamente pocos, comparativamente, ven los objetos coloreados... Un número considerable de hombres de ciencia y de médicos fue examinado en mi cámara obscura por dos sujetos míos clásicamente conformados para la obscuridad... A los que fueron examinados por ellos no les pudo quedar alguna duda justificada sobre la exactitud de la observación y de la descripción... Ahora bien, las personas conformadas para la obscuridad, que perciben también los colores, ven ante ellos la frente y la coronilla de color azul y, asimismo, la parte derecha también azul y la izquierda color rojo, y algunos, amarillo anaranjado. Cuando observan la parte posterior de la cabeza, se verifica la misma división, los mismos colores”. Pero no se le perdona tan fácilmente al investigador espiritual que hable del aura. Aquí no se trata de juzgar estas comunicaciones de Benedict — que están entre las más interesantes de la ciencia natural moderna —, ni aprovechar una ocasión fácil, que a muchos les agrada tomar, para “disculpar”

a la ciencia espiritual por medio de la ciencia natural. Se trata solamente de indicar cómo un naturalista pueda llegar, en un caso determinado, a afirmaciones que no difieren gran cosa de las de la ciencia espiritual. Pero a este propósito es necesario observar que el aura, que se debe comprender espiritualmente y de lo cual se habla en este libro, es algo absolutamente distinto de lo que se investigaba por medios físicos y de la cual nos habla Benedict. Se cae, naturalmente, en un grave error si se cree que el aura espiritual pueda ser objeto de investigaciones hechas con los medios externos de la ciencia natural. Ella no es accesible más que a la mirada espiritual, que ha seguido el Sendero del Conocimiento, como se describe en el último capítulo de este libro. Pero se fundaría en un malentendido, si se quisiera sostener que la realidad de lo que se percibe espiritualmente, puede ser demostrada del mismo modo que lo que se percibe con los sentidos físicos.